



UNIVERSIDAD CATÓLICA ANDRÉS BELLO
FACULTAD DE HUMANIDADES Y EDUCACIÓN
ESCUELA DE COMUNICACIÓN SOCIAL
MENCIÓN PERIODISMO
TRABAJO DE GRADO

Huir hacia el sol
Semblanza de grupo de inmigrantes ucranianos en Venezuela

Tesista: Marisé Jhoan PÉREZ PALYZCHIN

Tutor: Sebastián de la Nuez

Caracas, 29 de abril de 2011

A mi Abu.

La primera ucraniana que conocí.

Donde estés, esto es para ti.

Agradecimientos

A Sebastián de la Nuez, mi tutor, por ser paciente, confiar en mí y en la historia que quise contar. Espero no defraudarlo.

A Carlota Fuenmayor, mi *madrina*, por guiarme, apoyarme cuando más lo necesité y por enseñarme valiosas lecciones de vida.

A Carlos Delgado, mi *padrino*, por ayudarme y guiarme cuando apenas comenzaba todo este viaje.

A Daylín Horruitiner, por regalarme un hermoso poema dedicado a este trabajo. También por su incondicional apoyo.

A mi mamá, por ser mi apoyo, mi compañía, mi mejor amiga. Por toda su comprensión, cariño y dedicación durante los cinco años de carrera y especialmente en este trabajo. Por ser la mejor compañera de tesis que pude tener.

A mi papá, por viajar conmigo por toda Venezuela buscando entrevistas. Por enseñarme que si comienzas algo, tienes que terminarlo.

A Alejandro Grasso, por ser el novio que soportó mi mal humor, mis enojos, mis malos momentos. Por todo el amor que necesité durante esta etapa.

A mi familia, por ser mi inspiración para realizar este trabajo.

A las familias Dmytrejchuk, Prokofiew y Bondarenko por abrirme la puerta de su casa, de sus vidas. Por permitirme retratar sus historias.

A mis primos, por ser como mis hermanos, por estar siempre conmigo apoyándome y acompañándome. Infinitas gracias.

A todos aquellos que siguieron a través de *facebook* toda la bitácora de este trabajo: Carlos Andrés, Diana, Gabriela Villaboy, Gabriela Aldorino, Tania, Nora, Yoly, Fede. A todos gracias por su apoyo incondicional y sus palabras.

A mis compañeras de carrera, Mafe y Grace, por estar siempre conmigo a pesar de que el destino nos dejó en caminos separados. Comparto con ellas este éxito.

A todos los profesores que contribuyeron con mi formación académica y profesional.

A todos los que, de una u otra forma, contribuyeron con la realización de este trabajo.

Gracias a todos.

*¿Qué provecho recibe el hombre
de todo su trabajo con que se afana debajo del sol? (1:3; 3:9)*

Respuesta: Ninguno. Está corriendo tras el viento (2:11; 5:16)

¿Qué cosas son un bien al hombre bajo el sol? (2:3)

*Respuesta: Tener el sustento y alegrarse en su trabajo y
del bien que éste le produce (2:24; 3:22; 5:18)*

Libro de Eclesiastés
(Antiguo Testamento)

Índice General

Introducción	7
II. El Método.....	11
III. Ficha técnica de la investigación	27
Formulación del problema.....	27
Justificación de la investigación.....	28
Hipótesis.....	29
Perfil del público lector o meta	29
Instrumento.....	29
Procedimiento.....	36
Mapa de actores.....	40
Limitaciones y logros	45
IV. Semblanza.....	47
Prefacio.....	49
José Pawlyschyn	55
Julia Herbot	100
Nicolás Dmytrejchuk	129
Nina Prokofiew	164
Conclusiones	200
Referencias.....	202

Introducción

Введение

En casa, cada 6 de enero en la mesa del comedor se encuentra un plato de trigo con miel, unas empanaditas hervidas y una bandeja con champiñones con papa. En casa, cada 6 de enero *Tato*¹ reza una oración, prueba una cucharada de trigo y nos invita a todos a comer.

Ese día, para mi familia no llegaron los Reyes Magos a visitar al Niño Jesús; se celebra su nacimiento². Desde niña nunca entendí el por qué de decir “feliz navidad” a comienzos de enero. Hoy comprendo que mi familia trajo desde Ucrania un cúmulo de tradiciones que ni siquiera 50 años después ha podido olvidar.

Huir hacia el sol parte del deseo personal de plasmar en papel una historia familiar que, junto a otras historias, logrará que permanezca viva la memoria de un grupo de inmigrantes ucranianos que llegó a Venezuela cargado de recuerdos y esperanzas de tener una vida mejor.

El censo realizado en Venezuela en el año 2001, llevado a cabo por el Instituto Nacional de Estadísticas (INE), presentó la cifra de 1.015.538 personas nacidas en el extranjero radicadas en Venezuela. La población total de Venezuela para ese año, según datos del mismo censo, era de 23.232.553. Esto se traduce a que el 4,4% de la población venezolana es inmigrante.

¹ Así se dice “papá” en ucraniano, pero en la familia todos nos acostumbramos a llamar a mi abuelo.

² Según el calendario juliano, por el cual se rige la iglesia Ortodoxa, la navidad es el 7 de enero.

Más de un millón de personas merece que su historia sea escuchada, y es necesario para los venezolanos saber por qué llegaron a este país y encontraron en él un lugar donde echar raíces.

Así, este trabajo pretende mostrar lo que representó para cuatro miembros de la comunidad ucraniana y sus familias el proceso de inmigración que vivieron luego de la Segunda Guerra Mundial, teniendo en cuenta causas, características, y la vida de cada uno de ellos luego de haber comenzado de nuevo en un lugar desconocido.

En un país con excelentes condiciones para el desarrollo de la agricultura, el comercio y la industria petrolera, los inmigrantes fueron elementos claves en la evolución de la economía en Venezuela. Esto representó un aspecto que algunos mandatarios venezolanos no dejaron de lado.

En este sentido, en 1831 se dio el primer paso hacia la política de inmigración en Venezuela. El Congreso de ese año promulgó un decreto autorizando al Poder Ejecutivo para promover la inmigración de canarios. Este fue el primer intento de abrir las puertas del país a los extranjeros, necesidad que surge desde el planteamiento de que la “pequeña población de la República no es proporcional a la vasta extensión de suelo” (Cuerpo de leyes de Venezuela, 1851: p. 92).

La escasa población existente en el país obligó al gobierno a plantearse la necesidad de generar una política de inmigración que atrajera a la mano de obra europea, específicamente canaria, para que trabajaran las grandes extensiones de tierra aptas para la agricultura, de las cuales disponía Venezuela.

En el año 1837 el Congreso extiende el Decreto de 1831 a todos los extranjeros que quieran ingresar al país. Desde entonces, muchos otros presidentes tuvieron la acertada visión de considerar a los inmigrantes como un importante factor para lograr el impulso de muchos sectores del país, puesto que no solo en la economía fueron de gran ayuda los extranjeros, sino también en el desarrollo de la intelectualidad, las artes, las ciencias y la política.

De esta forma, la relevancia de esta investigación recae en la importancia que tiene conocer la historia de estos inmigrantes, quienes llegaron a Venezuela buscando un futuro menos turbio que el que tenían asegurado en su país de origen. Conocer cómo fue el proceso de inmigración de estos personajes es un gran aporte a la historia de Venezuela, puesto que aquellos que decidieron radicarse en el país actuaron como piezas fundamentales de su desarrollo.

Pese a que existieron algunos grupos de ucranianos en Venezuela, con una destacada e importante labor en distintas áreas, su proceso de inmigración nunca fue objeto de estudio. *Huir hacia el sol* representa el punto de partida para generar el interés de quienes no conocen la historia de los ucranianos en el país.

Así, esta historia es contada en esta investigación mediante las vivencias y experiencias de cuatro inmigrantes ucranianos, que llegaron a Venezuela luego de la Segunda Guerra Mundial, y permanecieron en el país durante el resto de sus vidas.

Debido a que estas personas arribaron a al país siendo ya adultos, solo dos de ellos se encuentran aún vivos, así que los relatos salen desde su propia voz. Por otro lado, los dos personajes restantes fallecieron, por lo cual son sus familiares,

amigos y conocidos quienes tienen la labor de contar y reconstruir sus experiencias.

Y precisamente estos cuatro personajes son los protagonistas centrales de la semblanza presentada a continuación, la cual consta de un prefacio y cuatro capítulos. El primer capítulo está dedicado a José Pawlyschyn, quien llegó a Venezuela en 1950 al lado de su esposa Nadia, y aún permanece en el país viendo a su familia crecer.

Julia Herbot de Bondarenko es la protagonista del segundo capítulo, en el cual sus hijos, nietos y demás familiares cuentan cómo la tradición folklórica y cultural ucraniana ha permanecido en la familia a lo largo de más de 60 años.

El tercer capítulo está basado en la vida de Nicolás Dmitrejchuk, un ucraniano que pisó tierras venezolanas en 1948 y, aunque ya no se encuentra con vida, su familia recuerda lo que fue para él y su esposa convertirse en un venezolano más.

Por último, en el cuarto capítulo se pretende retratar el proceso inmigratorio de Nina Prokofiew, una ucraniana con sangre alemana que se siente orgullosa de permanecer en tierras caribeñas desde hace casi 60 años.

Finalmente, *Huir hacia el sol* intenta responder a la interrogante de cómo fue ese proceso de inmigración que vivieron los ucranianos en Venezuela, partiendo siempre desde las historias, anécdotas, vivencias y experiencias de sus propios protagonistas.

II. El Método

Метод

Huir hacia el sol presenta una semblanza de grupo basada en cuatro inmigrantes ucranianos que llegaron a Venezuela luego de la Segunda Guerra Mundial y permanecieron en el país durante el resto de su vida.

La investigación está comprendida en la Modalidad II: Periodismo de Investigación, según el Manual de Trabajos de Grado (2008) de la Universidad Católica Andrés Bello, la cual la define como una “indagación *in extenso* que conduce a la interpretación de fenómenos ya ocurridos o en pleno desarrollo utilizando métodos periodísticos” (p. 61). La inmigración de ucranianos a Venezuela representa el fenómeno a estudiar en este trabajo, partiendo del abordaje periodístico y utilizando las herramientas que ofrece el género.

Al mismo tiempo, este reportaje se encuentra en la Submodalidad 3: Semblanza, la cual es definida por el Manual de Trabajos de Grado (2008) como una “exploración profunda de la vida, pensamiento y contexto histórico-social de un personaje relevante en la vida nacional a través de conversaciones y revisión de fuentes documentales y vivas la cual permite ofrecer de él una visión integral” (p. 63).

Huir hacia el sol ofrece justamente una visión integral de cuatro personajes nacidos en Ucrania, tomando como aspecto fundamental y común entre ellos el proceso inmigratorio del cual fueron protagonistas luego de culminar la Segunda Guerra Mundial.

Si bien la semblanza no ha sido ampliamente conceptualizada, algunos autores se acercan a su definición bajo lo que se conoce como reportaje-perfil. Tal es el caso de Grijelmo (1997), quien habla de este género y lo define como aquel que “se ciñe a una persona” (...), considerando, por ejemplo, opiniones de “terceras personas que opinen sobre él” (p. 74).

Al referirse a una entrevista basada en una personalidad, se puede observar un punto de convergencia entre el reportaje-perfil y la semblanza, por lo cual muchos medios de comunicación y autores suelen utilizarlos como sinónimos.

La entrevista de personalidad es otro concepto cercano al de semblanza, actuando como género que le aporta herramientas y metodologías. Así, Dragnic (1993) señala que la entrevista de personalidad tiene como objetivo “lograr el reflejo de la personalidad del entrevistado” (p. 17).

Tanto el concepto de reportaje-perfil como el de entrevista de personalidad se ajustan claramente a los objetivos del reportaje de semblanza, aportando elementos que ayuden a definir este género emergente.

Otros autores sí ofrecen definiciones concretas de semblanza. Por ejemplo, Marín (2005) la define como aquella entrevista que “tiene como objeto principal hacer el relato escrito de un personaje” (p.139), donde el periodista, mediante el texto, “deberá darle al lector una idea —lo más completa posible— de quién es, cómo es y cómo piensa el personaje” (p. 140).

Del mismo modo, Benavides y Quintero (2004) definen la semblanza como “un reportaje acerca de una persona real con un tema de interés humano” (p.

165), teniendo el objetivo de “resaltar la individualidad de una persona y/o colocarla en un marco general simbólico” (p. 165).

Todos los conceptos anteriormente presentados ayudan a trazar el esquema a seguir de esta investigación, la cual trabaja con un número determinado de personas, sin ningún tipo de relevancia o prominencia, y las sitúa en un contexto social específico, representado por la situación en la cual se encontraba la comunidad ucraniana y Europa en ese momento, visto desde el fenómeno de la inmigración.

A pesar de que estas cuatro personas no poseen notoriedad pública, como se explicó anteriormente, el fenómeno social del cual fueron protagonistas los convierte en sujetos de una semblanza, puesto que sus historias ayudan a reconstruir cómo fue el proceso de inmigración de ucranianos a Venezuela luego de la Segunda Guerra Mundial.

La intención de *Huir hacia el sol* es mostrarle al lector, desde la visión que da el cristal del testimonio, cómo fue el proceso de inmigración que vivieron cuatro miembros de la comunidad ucraniana que decidieron permanecer en Venezuela.

De la anécdota a la historia

De acuerdo con Benavides y Quintero (2004), “escribir acerca de un grupo o lugar puede ser a veces la mejor fórmula para comprender un fenómeno de importancia simbólico- social” (p. 174). Las vivencias particulares de cada uno de los cuatro personajes son una pequeña muestra de lo que representó el fenómeno de la inmigración ucraniana en Venezuela, luego de la Segunda Guerra Mundial.

Tal y como indican Benavides y Quintero (2004), revisar las anécdotas de estas personas sirve para mostrar y narrar el acontecimiento histórico que se desarrolló en Europa en tiempos de conflictos políticos, económicos y sociales durante el siglo XX, como causa del inicio de un importante flujo inmigratorio de europeos a América.

Venezuela fue, por obligación o elección, el destino de muchos de estos inmigrantes que, luego del conflicto bélico que recién culminaba, intentaban continuar con su vida en un lugar que les ofreciera estabilidad económica, política y social. En este sentido, Bethel (2000) hace referencia a esta etapa de la historia de Venezuela:

La inmigración se hizo más lenta durante la crisis económica de los treinta, cuando muchos países la restringieron arguyendo que los inmigrantes estaban compitiendo con los nativos por los escasos puestos de trabajo. El volumen de la migración creció otra vez después de la segunda guerra mundial, cuando Venezuela se convirtió en el principal destino de los migrantes europeos. (p. 201)

En la semblanza, “el interés periodístico inmediato sirve como pretexto, pero el texto es más atemporal, y menos actual” (Benavides y Quintero, 2004: p. 166), lo cual responde al por qué hacer un trabajo de investigación con base en acontecimientos que no son la noticia del día.

La atemporalidad de esta investigación está definida por el proceso que describe, es decir, si bien actualmente no existe un flujo migratorio importante de ucranianos a Venezuela, el tema general de la inmigración, como fenómeno social, es un asunto de gran auge en la actualidad.

Según el sociólogo Francisco Coello, en estos momentos Venezuela vive una etapa en la cual los mismos descendientes de estos inmigrantes, están retornando a los países de los cuales salieron sus antepasados, lo cual le agrega pertinencia a esta investigación.

Las constantes crisis políticas, económicas y sociales que vive un país en determinado momento, actúan como el detonante de un proceso que implica el movimiento de la población, en el cual los habitantes de una región se trasladan, voluntaria u obligatoriamente, al exterior o incluso a provincias o estados del mismo país.

Mostrar este hecho desde lo personal —las vivencias y experiencias de los inmigrantes— sirve para reconstruir y comprender lo general del mismo, es decir, intentar explicar el fenómeno que se produjo en Venezuela luego de la Segunda Guerra Mundial, cuando llegó al país una cantidad importante de extranjeros, en este caso específicamente de nacionalidad ucraniana.

Quienes no están, también tienen algo que contar

Esta investigación centra su objeto de estudio en cuatro inmigrantes ucranianos que llegaron a Venezuela luego de la Segunda Guerra Mundial. Dos de ellos aún viven; los otros dos restantes no, por lo cual es necesario sumar a este

trabajo el concepto de *semblanza obituario*, definida por Benavides y Quintero (1997) como “una semblanza póstuma con la que se recuerda y homenajea a alguien que en vida acumuló especiales méritos o relevancia” (p. 173).

En este reportaje, los personajes fallecidos no poseen notoriedad pública, pero ésta recae en el hecho de haber formado parte y haber sido protagonistas, en vida, del fenómeno social que fue la inmigración de europeos a América como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial.

El fin de este conflicto armado se produjo en 1945; muchos de los inmigrantes ucranianos que llegaron a Venezuela ya eran adultos, padres de familia. Los años —y el tiempo— juegan en contra para quienes se interesan en reconstruir y mostrar la memoria de quienes fueron protagonistas de estas importantes etapas de la historia de la humanidad.

Esa memoria merece ser rescatada. Hijos, nietos, amigos y familiares tienen en sus manos la posibilidad de contar la “historia familiar”, las anécdotas, vivencias y experiencias de aquellos ucranianos que llegaron a Venezuela y ya han fallecido.

A ese respecto, Grijelmo (1997), en su definición de reportaje-perfil, afirma que para la elaboración de un texto de este género “no será preciso conversar con el protagonista, ni centrar la información en sus declaraciones” (p. 74). Bajo la luz de esta visión, una semblanza puede ser elaborada con base en una persona ya fallecida, con los testimonios de las personas que la conocieron y son capaces de reconstruir su historia.

Los hijos, nietos, hermanos, en fin, los familiares y amigos de quienes llegaron a este país desde hace más de 60 años, llevan consigo anécdotas,

vivencias y experiencias de los protagonistas de cada historia, y gracias a sus palabras es posible la reconstrucción de ese momento que vivieron quienes ya no están entre nosotros.

De periodista a dibujante

El reportaje de semblanza “describe la personalidad de alguien. Si está bien realizado, dejará al lector con la sensación de conocer a fondo el entrevistado” (Centro de Investigación y Documentación Educativa. 2009: p. 48). Al escribir la semblanza, el periodista debe convertirse en un dibujante que plasme en el papel la mayor cantidad de características del personaje, con el objetivo de que el lector sienta que está frente a un cuadro, una fotografía, o un dibujo del entrevistado.

Una de las características fundamentales de la semblanza es justamente ir más allá de las preguntas y respuestas que surgen de una entrevista; enriquecer el texto con sensaciones, percepciones y cualquier otro elemento que sirva para convertirlo en una imagen clara del protagonista. Esto, junto con la propia voz del personaje, logra un efecto de cercanía: el lector siente que el entrevistado es alguien como él, que come, duerme y vive el día a día como el resto de la gente.

Así lo reafirman Benavides y Quintero (2004) cuando plantean una analogía entre la semblanza periodística y el retrato pictórico, indicando que “en un cuadro, el pintor retrata al sujeto con detalles de ambientación que dan color y contraste” (p. 165), lo que sugiere la importancia del contexto en el cual se desarrolla la entrevista al momento de trasladarlo al papel.

En este mismo sentido, Marín (2005) agrega que “la descripción del escenario es tan importante como la descripción del sujeto” (p. 142). Los detalles, el ambiente, el lugar donde se desenvuelve diariamente el entrevistado, aportan al reportaje una importante carga de realidad que el lector percibirá y traducirá en empatía con el texto.

“No se trata de pintar la vida, se trata de hacer viva la pintura”, afirmó el pintor francés postimpresionista Paul Cezanne. Para elaborar un cuadro, el pintor debe aceptar que es imposible plasmar todos y cada uno de los detalles que su ojo puede captar. Lo que sí puede pretender es que el producto final, la obra de arte, sea lo más real posible para quienes la ven.

Una semblanza no es una copia exacta de su protagonista; es una narración que intenta presentarle al lector una imagen muy parecida del personaje, valiéndose de la observación y descripción de los detalles, los elementos contextuales que están presentes en la vida del entrevistado.

La intención clara de esta semblanza es ilustrar y retratar la historia de cuatro inmigrantes ucranianos, más allá de los relatos y las historias, sino tomando muy en cuenta el estilo de vida de cada uno de ellos, su día a día, su integración al país que les abrió las puertas hace más de seis décadas.

Objetivo general

Realizar una semblanza de grupo sobre cuatro inmigrantes ucranianos en Venezuela para describir, mediante sus historias de vida, el proceso de inmigración del cual fueron protagonistas.

Objetivos específicos

- Presentar causas que motivaron a estas personas a salir de sus países de origen.
- Exponer las experiencias de estos inmigrantes ucranianos en Venezuela.
- Contrastar las historias de estos inmigrantes con el fin de obtener elementos comunes que caractericen el proceso migratorio que protagonizaron.
- Comparar el antes y el después de estos inmigrantes, con referencia a la salida de sus respectivos países.
- Mostrar la adaptación cultural de los inmigrantes.
- Narrar mediante una semblanza cómo se desarrolló el proceso migratorio de ucranianos a Venezuela.

Tipo de investigación y metodología

Esta investigación es de tipo exploratoria y descriptiva. Malhotra (1997) define la investigación exploratoria como “el diseño de investigación que tiene como objetivo primario facilitar una mayor penetración y comprensión del problema que enfrenta el investigador” (p. 87). Este trabajo pretende un acercamiento directo con los inmigrantes ucranianos, con el fin de aportar una visión desde las historias y experiencias ligadas al proceso de inmigración.

Explorando

Malhotra (2004), señala que la metodología exploratoria “es significativa en cualquier situación en la que el investigador no tenga suficiente entendimiento para proseguir con el proyecto de investigación” (p. 76).

La inmigración ucraniana en Venezuela es un tema que no ha sido estudiado, por lo cual es muy escasa la información que se tiene al respecto, tanto de la comunidad ucraniana, como del proceso de inmigración que vivieron sus protagonistas como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial, luego de haber culminado.

Así, la metodología exploratoria cumple un papel fundamental en este trabajo, puesto que, al no tener suficientes antecedentes, la investigación parte desde la exploración del fenómeno social que representa la inmigración, tal y como lo explica Guiraldos (2006):

Cuando se asume una *exploración* como objeto de investigación, el investigador pretende entregar como producto de su indagación y análisis una visión general y aproximada de las relaciones que se definen en el objeto de estudio. Este tipo de investigación se realiza cuando, como lo indica su nombre, el campo donde se ubica el objeto o el objeto mismo ha sido poco explorado y se requiere elaborar una cartografía, una especie de mapa sobre el objeto y sus relaciones constituyentes. (p. 26)

La carencia de información sobre la inmigración ucraniana en Venezuela, coloca al investigador en un campo desconocido, que se irá tornando más claro gracias a la información que aporten los personajes centrales de la investigación,

sus familiares, amigos, y todas aquellas fuentes que puedan contribuir con algún dato al reportaje.

Una semblanza tiene como columna vertebral las entrevistas, los acercamientos a los personajes protagonistas de la historia, y pretende construir, gracias a estas herramientas, una imagen lo más fiel posible del entrevistado, situándolo en el contexto necesario para describir el proceso de inmigración que vivieron.

La metodología exploratoria plantea el encuentro entre el investigador y el objeto de estudio, con pocos —o incluso sin— antecedentes, pero con una especie de hipótesis tentativa que servirá como guía para ir delimitando la investigación.

Este proceso de encuentro, de construcción de historias, representa un elemento fundamental para esta investigación, puesto que, como el tema de la inmigración ucraniana en Venezuela no ha sido estudiado, el encuentro inicial y la explotación es vital para una definición y descripción de la inmigración como fenómeno social presente en el país.

Describiendo

Por otra parte, esta investigación es también de tipo descriptiva, metodología definida por Malhotra como “concluyente, que tiene como objetivo principal la descripción de algo, generalmente las características o funciones del problema en cuestión” (p. 90). El proceso de inmigración implica una gran cantidad de elementos y variables que influyen en su comprensión y estudio. En

este trabajo no se analiza la inmigración, sino que se muestra este fenómeno social desde el punto de vista de sus protagonistas, los inmigrantes.

Rodríguez (2005) indica que la metodología de investigación descriptiva “trabaja sobre realidades y su característica fundamental es la de presentarnos una interpretación correcta” (p. 25). En este sentido, el mismo Rodríguez explica que una investigación orientada como descriptiva tiene el objetivo de mostrar una interpretación de determinada realidad, basándose en “la descripción, registro, análisis e interpretación de la naturaleza actual, composición o procesos de los fenómenos” (p. 25).

El presente trabajo narra cómo fue el proceso de inmigración de cuatro ucranianos a Venezuela luego de la Segunda Guerra Mundial, valiéndose para ello de las historias contadas por sus protagonistas, familiares y conocidos, y de la observación que realiza el investigador de todos los elementos que son relevantes en la descripción del fenómeno.

Por su parte, Schaffer (2000) señala que la investigación de tipo descriptiva “debe ser una investigación guiada, en la que el investigador tenga preguntas específicas en mente para las cuales busca una respuesta” (p. 27). ¿Cómo fue el proceso de inmigración vivido por la comunidad ucraniana en Venezuela?, sería la gran pregunta de esta investigación, y encontrará la columna vertebral de su respuesta gracias a las historias que contarán sus protagonistas.

Por otro lado, Salkind (1999) resalta que “la investigación descriptiva se limita a describir fenómenos; no explica ni atribuye relaciones de causa y efecto a

las variables” (p. 355). Así, la presente investigación no busca descubrir las causas y consecuencias del fenómeno migratorio, sino solo describirlo a través de las vivencias contadas por los personajes de la historia.

Esta semblanza pretende describir el proceso de inmigración de la comunidad ucraniana en Venezuela, sin generalizar en cuanto a causas ni características; simplemente se mostrará cómo fue para cuatro ucranianos salir de sus países luego de la Segunda Guerra Mundial para radicarse en Venezuela.

Lo cualitativo; lo social

Una semblanza plantea mostrar a una persona tal y como es, retratándola de la forma más real posible, mediante la descripción de sus características más relevantes y valiéndose de otros elementos que ayuden a lograr un mejor dibujo del personaje.

Para lograr este objetivo, se eligió la metodología cualitativa, la cual, según Taylor y Bogdan (1996) “se refiere en su más amplio sentido a la investigación que produce datos descriptivos: las propias palabras de las personas, habladas o escritas, y la conducta observable” (p. 19).

Los mismos autores sostienen que en la metodología cualitativa es inductiva, puesto que “los investigadores desarrollan conceptos, intelecciones y comprensiones partiendo de pautas de los datos y no recogiendo datos para evaluar modelos, hipótesis o teorías preconcebidos” (Taylor y Bogdan, 1996: p. 20), por lo cual, se sigue “un diseño de la investigación flexible. Comienzan estudios con interrogantes sólo vagamente formulados” (p. 20).

Según Cook y Reichardt (2005), la metodología de investigación cualitativa “percibe la vida social como la creatividad compartida de los individuos. El hecho de que sea compartida determina una realidad percibida como objetiva, viva y cognoscible para todos los participantes en la interacción social” (p. 62).

La metodología cualitativa se basa en la fenomenología, perspectiva teórica en la cual “el fenomenólogo quiere entender los fenómenos sociales desde la propia perspectiva del actor. Examina el modo en que se experimenta el mundo. La realidad que importa es lo que las personas perciben como importante” (Taylor y Bogdan, p. 16).

Este tipo de investigación no busca datos específicos fijados antes de comenzar la investigación, sino que deja abierta la posibilidad de ir aportando información, generando teorías, creando conceptos, que ayuden a comprender aún mejor el fenómeno estudiado.

Presentar una semblanza sobre el tema inmigratorio es ir más allá de mostrar estadísticas, o dar a conocer la cifra de extranjeros en el país; Venezuela, a lo largo de su historia, representó la figura de un país que le abrió las puertas a aquellos quienes quisieron buscar otras opciones para emprender un nuevo camino.

Esta investigación pretende describir cómo fue ese proceso de inmigración, más allá de los números y las estadísticas, sino más bien desde una visión social, real y personal, en la que las historias de cada personaje son el punto de interés y la mayor fuente de información.

Delimitación

Huir hacia el sol consiste en una semblanza de grupo basada en cuatro ucranianos que llegaron a Venezuela luego de la Segunda Guerra Mundial y permanecieron toda su vida en el país. Se busca narrar y describir, mediante los relatos, anécdotas e historias de sus protagonistas, el proceso migratorio que vivieron estos individuos, partiendo de la inmigración como fenómeno social y de gran auge en la actualidad.

Para la realización de esta semblanza se considera como punto fundamental las causas de la inmigración, la descripción general del proceso, la razón por la cual Venezuela fue la opción elegida por sus protagonistas, y cuál es la situación actual de estos personajes en el país.

Criterio de selección

Los cuatro inmigrantes ucranianos protagonistas de esta historia, fueron elegidos bajo tres criterios fundamentales: primero, haber nacido en Ucrania, segundo, haber iniciado el proceso de inmigración luego de la Segunda Guerra Mundial, teniendo a Venezuela como destino final, y tercero, permanecer aún en Venezuela.

El personaje central de una semblanza no necesariamente debe ser una personalidad: alguien con una relevancia importante en lo social, político o científico, puede no tener nada que contar. Al respecto, Benavides y Quintero (2004) afirman que “un buen sujeto para una semblanza es una persona de la que se puede contar una historia interesante: el tema debe ser relevante, el diálogo agudo, y el desarrollo entretenido” (p. 177).

Estos cuatro inmigrantes ucranianos no son personajes públicos, pero sí fueron protagonistas de un momento histórico de gran trascendencia, como lo fue el importante flujo migratorio desde Europa hacia América como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial.

En este punto, es importante destacar que el contacto con cada una de las familias protagonistas de este trabajo se realizó mediante el uso de la red social *Facebook* como herramienta de búsqueda de ucranianos en Venezuela. Primero, se buscó la lista de miembros suscritos en el perfil oficial de Barvinok, al ser la única representación de esta comunidad en el país. De allí, se procedió a seleccionar a cada uno de los personajes, teniendo como premisas principales los criterios anteriormente establecidos.

III. Ficha técnica de la investigación

Технічні деталі розслідування

Título

Huir hacia el sol: Semblanza de grupo de cuatro inmigrantes ucranianos en Venezuela.

Formulación del problema

¿Cómo fue el proceso de inmigración de cuatro inmigrantes ucranianos a Venezuela, luego de la Segunda Guerra Mundial y cómo ha sido su integración en el país?

Para responder a esta interrogante, es necesario partir del concepto de inmigrar. Según la Real Academia de la Lengua Española, inmigrar es “llegar a otro para establecerse en él, especialmente con idea de formar nuevas colonias o domiciliarse en las ya formadas”.

Al mismo tiempo, define que emigrar es:

1. Dicho de una persona, de una familia o de un pueblo: Dejar o abandonar su propio país con ánimo de establecerse en otro extranjero. 2. Ausentarse temporalmente del propio país para hacer en otro determinadas faenas. 3. Abandonar la residencia habitual dentro del propio país, en busca de mejores medios de vida.

Justificación de la investigación

La Segunda Guerra Mundial trajo como consecuencia un importante flujo migratorio de europeos hacia América Latina durante los años finales de la década de los '40 y la década de los '50. Muchos de estos inmigrantes, de nacionalidad ucraniana, se radicaron en Venezuela y formaron así una comunidad conformada por un importante número de personas.

Actualmente, más de 60 años después, este grupo de extranjeros no ha tenido el medio ni el canal mediante el cual se les ofrezca la posibilidad de contar sus historias, anécdotas, experiencias y vivencias, que unidas conforman la parte humana de la descripción de un momento histórico para la humanidad.

Muchos de estos personajes ya fallecieron, pero otros aún viven y dentro de ellos siguen latentes los recuerdos de un pasado que, aunque fue duro y triste, los llenó de historias para contar. Al mismo tiempo, los familiares de quienes ya no están conservan un legado, una herencia: ser descendientes de inmigrantes. Esta semblanza sirve como canal y medio para que todos estos personajes hablen, para que tanto venezolanos como extranjeros e incluso otros inmigrantes conozcan la bitácora de un viaje que comenzó en Europa y continuó en América, a orillas del Mar Caribe.

Huir hacia sol, además de servir como plataforma para dar a conocer algunas historias de un grupo de ucranianos, pretende mostrar la capacidad receptora de Venezuela, pues durante mucho tiempo ha sido considerado como un país abierto a la inmigración y a la integración de nuevas culturas.

Hipótesis

Los procesos de inmigración de los cuatro ucranianos estudiados tienen diferentes características y elementos, por lo cual dicho fenómeno posee diversos matices pero también características similares que ayudan a describirlo.

Perfil del público lector o meta

Este trabajo va dirigido a todos aquellos venezolanos que sientan interés sobre el conocimiento de la historia de su país, contada desde la voz de los inmigrantes que dedicaron su vida al desarrollo de Venezuela. Al mismo tiempo, la presente semblanza es una perfecta opción para quienes sientan deseos de indagar en el tema de la integración cultural que hubo en Venezuela gracias a esa marea de inmigrantes que cubrió las costas del país y dejó su huella en muchas de las tradiciones que actualmente se practican.

Además, *Huir hacia el sol* está orientado hacia sus protagonistas, la comunidad ucraniana que, aunque con menos integrantes, aún permanece en Venezuela y verá reflejadas en este trabajo sus historias, vivencias y experiencias.

Instrumento

En el periodismo existen varios tipos de entrevista, las cuales se clasifican según el método y el tipo de información que se desea obtener. Para la elaboración de esta semblanza, se realizaron entrevistas de personalidad, a expertos y en profundidad y se utilizó la herramienta de la observación participante como técnica para la recolección de información.

Entrevista de personalidad

García Márquez, citado por Olga Dragnic (1993) afirma que “las entrevistas son como el amor: se necesitan por lo menos dos personas para hacerlas, y sólo salen bien si esas dos personas se quieren” (p. 38). En la entrevista de personalidad “se busca descubrir aspectos poco conocidos del entrevistado, sus gustos, aficiones, su forma de ser. Interesa lo que opina sobre diferentes aspectos, aunque no sea un experto en ellos” (Velásquez, p. 62).

A partir de esta idea, la propuesta de García Márquez cobra un importante sentido, puesto que para ahondar en la vida de una persona es necesario que exista una relación de confianza, por mínima que sea, entre el personaje y el entrevistador. Sería imposible pretender que un personaje le hable sobre su vida, historias, anécdotas y costumbres, a una persona con la cual no siente ningún tipo de empatía.

Esta teoría encuentra su lugar en la investigación partiendo desde la dificultad que puede implicar para una persona hablar sobre etapas y momentos que marcaron su vida. Este trabajo necesita que sus protagonistas y sus familiares cuenten cómo fue el proceso de inmigración que vivieron, y para ello es imprescindible crear una relación de confianza entre ellos el investigador, a fin de lograr obtener una mayor cantidad de datos.

Además de la confianza, los elementos externos, aquellos que el escritor deberá tomar en cuenta, son incluidos por Dragnic (1993), cuando hace referencia a la definición de entrevista de personalidad propuesta por Martín Alonso:

Se trata de un trozo de biografía y de novela. En esta tarea de interés humano se revela el temperamento del reportero escritor. El periodista ha de sumar como valor positivo, el tono y el ambiente de la conversación, su semblanza física y moral, la resistencia pasiva para decir aquello que deseamos saber y algo que no se expresa o se deja adivinar solamente. (p. 37).

Esta definición deja en claro la importancia de todos aquellos aspectos que van más allá de las preguntas y respuestas, el conjunto de elementos que debe incluir el investigador al momento de escribir para lograr una percepción más acertada del personaje.

La entrevista de personalidad implica un proceso en el cual el periodista deberá agudizar sus sentidos y prestarle atención a todo lo que represente parte del contexto en el que se desenvuelve cotidianamente el entrevistado, así como también sus gestos, actitudes, es decir, todo aquello que pueda ayudar a describir al entrevistado de una forma más cercana a la realidad.

En esta investigación, dichos aspectos son de vital importancia puesto que un proceso inmigratorio no solo se comprende según el testimonio de sus protagonistas, sino también desde su estilo de vida, sus costumbres, su relación y la de su familia con el lugar al cual emigraron; inmigrar no solo implica viajar de un país a otro de forma permanente, sino que también comprende aspectos simbólicos netamente perceptivos que ayudan a describir el fenómeno.

Entrevista en profundidad

Taylor y Bogdan (1996) definen la entrevista en profundidad como “reiterados encuentros cara a cara entre el investigador y los informantes, encuentros éstos dirigidos hacia la comprensión de las perspectivas que tienen los informantes respecto de sus vidas, experiencias o situaciones, tal como las expresan con sus propias palabras” (p. 101).

Los mismos autores explican que “las entrevistas en profundidad siguen el modelo de una conversación entre iguales, y no de un intercambio formal de preguntas y respuestas” (Taylor y Bogdan, 1996: p. 101), lo cual sugiere la idea de que esta metodología tiene como objetivo fundamental la obtención de información y datos mediante la posición del periodista como un actor más dentro la entrevista.

En este sentido, la realización de una semblanza implica la obtención de datos considerados personales, lo cual se logra mediante la implementación de la metodología de la entrevista en profundidad, que, en conjunto con otras herramientas periodísticas, consigue un acercamiento ideal con el entrevistado.

En el caso particular de este trabajo se intenta indagar en la historia de una familia, lo cual puede resultar un fracaso si el investigador no se plantea la idea de manejar una entrevista en la cual la dinámica parezca más una conversación que un interrogatorio; la clave para que un grupo de personas cuente, narre historias tan personales e íntimas, recae en la responsabilidad que tiene el investigador de colocarse en el mismo nivel que sus entrevistados, para crear el ambiente de confianza necesario en este tipo de trabajos.

Observación participante

Santamarín (2003) define la observación participante como una “técnica de investigación empírica diseñada para trabajar directamente sobre el terreno, sobre el lugar en el que se desenvuelve la vida real” (...) y tiene como objetivo principal “observar desde la participación en aquello que se observa”. (p. 51).

En el mismo sentido, Taylor y Bogdan (1996) hablan de observación participante como aquella metodología de investigación que “involucra la interacción social entre el investigador y los informantes en el *milieu* de los últimos, y durante la cual se recogen datos de modo sistemático y no intrusivo” (p. 31).

Estas dos visiones, que apuntan hacia la misma dirección, son precisamente las que se deben tomar en cuenta para la realización de esta investigación, puesto que la mejor forma de describir el estilo de vida de la comunidad ucraniana en Venezuela es justamente participando en ella.

Y es que uno de los detalles más importantes que ayudan a presentar el proceso de inmigración de ucranianos al país, es mostrando al mismo tiempo cómo han fusionado sus tradiciones y costumbres propias con las de Venezuela, propósito que se logra mediante observar activamente el comportamiento de los personajes.

Así, Dragnic (1993) destaca la importancia de la observación para la elaboración de una entrevista de personalidad:

A diferencia de las demás entrevistas periodísticas, ésta que gira en torno a las esencias humanas del personaje, no

puede ser abordada con el mismo método indagatorio, a través de la formulación de determinado tipo de preguntas, ni puede conformarse con las respuestas obtenidas. El método debe comprender otros procedimientos, sobre todo, la observación sistemática y la indagación previa (...). (p. 38).

Esta metodología es fundamental al momento de realizar entrevistas de personalidad para semblanzas, puesto que va directo hacia la búsqueda del escenario perfecto en el cual los entrevistados se sientan en confianza para hablar e incluso interactuar con el entrevistador.

En esta investigación, la observación participante representa un elemento primordial, ya que limitarse a preguntas y respuestas dejaría a un lado muchos aspectos que sí incluye esta metodología, como por ejemplo el estilo de vida de los personajes, su adaptación a la cultura venezolana, la pérdida de las costumbres de la comunidad ucraniana generación tras generación, entre otros.

Entrevistas a otras fuentes vivas y expertos

La elaboración de una semblanza no debe basarse únicamente en los testimonios del personaje central de la misma. Escuchar otras opiniones sobre él o su contexto servirá para enriquecer el contenido del texto. Benavides y Quintero (1997) explican esta característica:

Entrevistar a otras fuentes distintas del protagonista de la semblanza tiene varios propósitos: a) alcanzar un balance en el texto (...); b) complementar con otros puntos de vista la

idea que el sujeto tiene de sí mismo; c) poner a prueba los juicios del reportero al compararlos con los de otros; d) proporcionar opiniones expertas dentro del campo de especialidad del sujeto (...). (p. 180)

La descripción de un personaje, elemento fundamental de una semblanza, requiere la mayor cantidad de información posible del mismo, y es fundamental el acercamiento a aquellas personas que puedan ofrecer detalles del protagonista de la historia.

En el caso particular de esta investigación, se entrevistaron los familiares y algunos amigos de los cuatro inmigrantes ucranianos, personajes centrales de este trabajo, con el fin de obtener una visión más cercana a lo que fue el proceso inmigratorio del cual fueron protagonistas.

Puesto que dos de los personajes centrales de este trabajo ya han fallecido, fue mucho mayor la relevancia de las opiniones de las personas allegadas a ellos. Tal y como lo explican Benavides y Quintero (1997), la semblanza obituario es “muestra de la elaboración de una buena semblanza sin haber platicado con el protagonista de la misma” (p. 181).

En cuanto a la consulta de expertos, ellos complementan la investigación aportando datos puntuales que ayudan al investigador a seguir una línea real de acontecimientos, enriqueciéndola con los testimonios de los protagonistas y demás entrevistados.

Esta investigación, al basar su contenido en un acontecimiento histórico como lo fue la inmigración de europeos a Latinoamérica luego de la Segunda

Guerra Mundial, requiere la opinión y el aporte de historiadores, expertos en materia de inmigración, y todos aquellas personas que puedan realizar aportes teóricos referentes al tema.

Procedimiento

El primer paso para iniciar esta semblanza fue realizar una investigación documental, pues la documentación es el comienzo de cualquier trabajo periodístico, tal y como lo indica Grijelmo (1997):

Un periódico y un informador de calidad no pueden prescindir de los datos, los antecedentes, las similitudes, la oposición entre dos o más situaciones; de la relación entre lo que acaba de ocurrir y el resto del mundo. Eso es la documentación. (p. 77).

Sería inútil narrar las vivencias y anécdotas de los protagonistas de esta semblanza sin situar al lector en el contexto histórico, político, económico y social en el que se desarrollaron los hechos. La documentación es la herramienta que le permite al periodista indagar e investigar para hacer resaltar al personaje central de la semblanza, situándolo en un momento determinado y describiendo las características del mismo.

En otro sentido, Benavides y Quintero (1997) señalan que la documentación también permite conocer mucho mejor al entrevistado, lo cual representa un elemento útil al momento de la entrevista.

Aunque los cuatro inmigrantes ucranianos protagonistas de esta historia no poseen ninguna obra o notoriedad pública, se consideró la búsqueda de información sobre todo lo referente al tema de la inmigración de europeos a Venezuela y Latinoamérica luego de la Segunda Guerra Mundial, para contextualizar las experiencias vividas por estas personas durante el proceso que se pretende describir.

Por otra parte, la documentación no solo se refiere a la información plasmada en el texto final, sino a la investigación previa. La documentación realizada antes de encontrarse con el entrevistado, le proporciona al investigador una mayor seguridad y certeza de que las preguntas que se realizarán sean pertinentes y coherentes, lo cual garantiza en mayor medida la obtención de la información necesaria para construir la semblanza.

Estos dos elementos, la pertinencia y la coherencia, son fundamentales en un trabajo periodístico de calidad, tal y como indican Parratt (2003), citando a Germán Castro Caycedo, y Dragnic (1993), quienes coinciden en la idea de que cualquier trabajo periodístico exige una investigación previa para lograr un producto de calidad.

Al respecto, Velásquez (2005) explica lo que sería el gran error de “no prepararse suficientemente para abordar al entrevistado, no documentarse sobre el tema ni sobre el personaje y, por tanto, preguntar un montón de tonterías que dejan al periodista como un ignorante ante los ojos del público” (p. 59).

Para esta investigación se necesitó conocer la mayor información posible sobre inmigración europea en Venezuela luego de la Segunda Guerra Mundial, para lo cual fue necesario acudir a la Biblioteca de la Universidad Católica Andrés Bello y revisar algunos textos en versiones digitales.

Este trabajo requirió la realización de contrastes entre todas aquellas fuentes que aporten información sobre el tema migratorio, inmigración y flujo migratorio europeo como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial, Venezuela y su posición frente a la inmigración, políticas que promovieron la inmigración en Venezuela y el estatus actual de los inmigrantes en el país.

Si bien toda esta información está presente de una u otra forma en las historias de cada personaje y sus familias, el contraste con la documentación es de vital importancia para lograr definir, con una mayor aproximación a la realidad, cómo fue el proceso migratorio de la comunidad ucraniana en Venezuela.

Una vez concluida la revisión de la literatura y la investigación documental, encontrando suficiente información contextual y logrando un mayor dominio del tema, se procedió a la preparación de las entrevistas a los personajes seleccionados.

“Hacer una entrevista es un juego de acrobacia” (p. 183), afirman Benavides y Quintero (1997) refiriéndose al proceso que implica el encuentro entre el periodista y el entrevistado, donde “el reportero tiene que escuchar, recordar, hacer conexiones, analizar, observar, hacer la siguiente pregunta, juzgar y tomar notas; todo al mismo tiempo” (p. 183).

Así, para poder lograr el éxito en este “juego”, es vital tener una estructura básica a seguir. Si bien para la realización de este trabajo se consideraron las

entrevistas abiertas, fue necesario tener una estructura básica a seguir que funcionara como hilo y estableciera claramente la temática central de esta semblanza.

De esa forma, se logró crear una estructura de entrevistas divididas en dos grupos: el primero corresponde a las entrevistas aplicadas a los personajes que aún viven; el segundo, constituido por las entrevistas preparadas para los familiares de estos personajes y de aquellos que ya fallecieron.

Para las entrevistas del primer grupo se utilizaron tres preguntas básicas:

1. ¿Por qué te fuiste de Ucrania?
2. ¿Cómo viniste a Venezuela?
3. ¿Cómo ha sido tu vida en Venezuela?

Para las entrevistas del segundo grupo, la entrevista se desarrolló en función de tres preguntas:

1. ¿Qué recuerdas de la llegada de —nombre del personaje— a Venezuela?
2. ¿Cómo fue la adaptación de —nombre del personaje— a Venezuela?
3. ¿Qué elementos de la cultura ucraniana aún permanecen en la familia?

Todas estas preguntas fueron utilizadas como guía, pues cada una de las entrevistas fue abierta, dando lugar a la conversación entre el investigador y el entrevistado.

Mapa de actores

Para la realización de esta semblanza se contará con la participación de 26 fuentes vivas, algunas citadas en el texto y otras no mencionadas pero cuya participación será vital para la construcción de este trabajo.

Esta investigación tendrá tres mapas de actores: uno basado en los expertos que aportaron sus conocimientos, enriquecieron y respaldaron los testimonios de los personajes, un segundo mapa correspondiente a los protagonistas de la semblanza y sus familiares y amigos, y un último mapa conformado por otros inmigrantes ucranianos que vinieron a Venezuela y aportaron otros datos a la semblanza.

Expertos

Nombre	Cargo/Rol	Tema
María Soledad Hernández	Profesora de Historia en la UCAB	Inmigración en Venezuela
Carlos Delgado	Profesor de Periodismo en la UCAB	Semblanza, entrevista de personalidad
Francisco Coello	Profesor de sociología en la UCAB	Inmigración como elemento social

Inmigrantes

Protagonista	Nombre	Vínculo
	Nadia Pawlyschyn	Esposa de José Pawlyschyn
	Érika Pawlyschyn	Hija de José Pawlyschyn

José Pawlyschyn	María Pawlyschyn	Hija de José Pawlyschyn
	Bogdan Pawlyschyn	Hijo de José Pawlyschyn
	Nadia Pawlyschyn ³	Hija de José Pawlyschyn
	Taras Pawlyschyn	Hijo de José Pawlyschyn
	Adriana Añez	Nieta de José Pawlyschyn
	Harold Añez	Nieto de José Pawlyschyn
	Sabrina Chacón	Nieta de José Pawlyschyn
	Marcos Chacón	Yerno de José Pawlyschyn
	José Pérez	Yerno de José Pawlyschyn
Nicolás Dmytrejchuk⁴	Igor Dmytrejchuk	Hijo de Nicolás Dmytrejchuk
	Ramón Dmytrejchuk	Hijo de Nicolás Dmytrejchuk
	Paulina Dmytrejchuk	Nieta de Nicolás Dmytrejchuk
	Ana Dmytrejchuk	Nieta de Nicolás Dmytrejchuk
	Alejandra Dmytrejchuk	Nieta de Nicolás Dmytrejchuk
	Laura Dmytrejchuk	Nieta de Nicolás Dmytrejchuk
	Karen Dmytrejchuk	Nieta de Nicolás Dmytrejchuk
	Igor R. Dmytrejchuk ⁵	Nieto de Nicolás Dmytrejchuk
	Gladys de Dmytrejchuk	Nuera de Nicolás Dmytrejchuk
	Ariamna Dmytrejchuk	Bisnieta de Nicolás Dmytrejchuk
Julia	Wassil Bondarenko	Nieto de Julia Bondarenko

³ Falleció en el año 2008. Sin embargo, la investigadora conversó con ella antes de su muerte.

⁴ Fallecido.

⁵ Falleció el 23 de diciembre de 2011. La investigadora había conversado previamente con él.

Bondarenko⁶	Demetrio Bondarenko	Hijo de Julia Bondarenko
	Oxalia Bondarenko	Nieta de Julia Bondarenko
	Oxana Bondarenko	Nieta de Julia Bondarenko
	Nicolás Bondarenko	Nieto de Julia Bondarenko
	Shachenka Bondarenko	Nieta de Julia Bondarenko
Nina Prokofiew	Victor Prokofiew	Hijo de Nina Prokofiew
	Paola Binaggia	Nieta de Nina Prokofiew
	Catherine Prokofiew	Hija de Nina Prokofiew

Otros

Nombre	Descripción
Sofia Hlushko	Descendiente de inmigrantes ucranianos
Tatiana Fedoruk	Descendiente de inmigrantes ucranianos. Reside en Ucrania
Sofía Lucenko	Descendiente de inmigrantes ucranianos
Leonid Lucenko	Descendiente de inmigrantes ucranianos
Bohdan Koval Mazepa	Inmigrante ucraniano actualmente residenciado en Houston

Escritura de la semblanza

Para iniciar la redacción de esta semblanza, se necesitará delimitar la estructura de la misma. Así, se establecerán cuatro capítulos y un prefacio, donde cada capítulo corresponde a uno de los personajes centrales de la investigación.

⁶ Fallecida.

Prefacio

Ucrania y Venezuela, unidas por un elemento social: la inmigración. La introducción y presentación de cuatro historias. Cuatro ucranianos que llegaron a tierras caribeñas a mediados del siglo XX y aún siguen escribiendo su historia en el país. Su legado, sus relatos, su visión de Venezuela y su adaptación a una nueva cultura, un nuevo idioma.

Capítulo I: José Pawlyschyn

Un ucraniano sale de Austria en 1950 con la esperanza de encontrar un lugar mejor para vivir. Junto a su esposa Nadia y sus dos hijos, llega a Venezuela y allí comienza su historia.

Conoce muy bien el castellano, le encantan las hallacas, y se acostumbró a no saber si al levantarse sentirá frío o calor. Pero a pesar de esto, aún recuerda Ucrania con nostalgia mientras se come un *varenike*⁷ y cuenta cómo era el comunismo en la Unión Soviética hace varias décadas.

Capítulo IV: Julia Herbot de Bondarenko

Bailar fue la palabra clave en su vida. Esta ucraniana junto con su esposo Piter, llegaron a Venezuela hace más de cinco décadas y lograron que hoy en día Valencia esté repleta de jóvenes y niños cuyos nombres están acompañados por el apellido Bondarenko.

⁷ Comida típica ucraniana hecha a base de masa de harina de trigo y rellenos que varían entre la papa, el queso, el repollo agrio y las ciruelas.

Un grupo folklórico de danza fue el mayor y más importante legado que les dejó Julia a sus descendientes, quienes aún conservan el espíritu de la cultura ucraniana.

Capítulo III: Nicolás Dmitrejchuk

En 1948, Nicolás Dmitrejchuk aterrizó en suelo venezolano acompañado de su esposa y sus hijos siete hijos. Quizás nunca se imaginó que seis décadas más tarde sus descendientes se emocionarían al pintar huevos de pascua, comer sopa roja y usar camisas con bordados artesanales.

A pesar de su ausencia física, la familia de Nicolás es hoy tan grande que llega hasta Chicago, donde una de sus hijas encontró lo que sus padres encontraron en Venezuela: un lugar para comenzar una nueva vida.

Capítulo V: Nina Prokofiew

Hija de una mujer mitad rusa, mitad alemana, y un ucraniano. Nina Prokofiew vio el hermoso Mar Caribe en 1951, cuando con tan solo doce años dejó su Europa natal para comenzar una nueva vida lejos de la guerra y la miseria que ésta deja a su paso.

Aún se eriza su piel al hablar del horror que vivió, al punto de no querer regresar a la tierra donde nació, Ucrania. Sabe que no es sano aferrarse a nada y su filosofía de vida se basa en vivir el presente. Huellas de un pasado oscuro. Nina aún vive en aquella casa que compró con su esposo, en Los Teques, y se siente orgullosa de contar su historia.

Conservando el idioma

Para la redacción de esta semblanza, se utilizará como recurso transcribir los comentarios de los entrevistados exactamente como lo expresan. Es importante destacar este detalle pues varios de los personajes, al haber nacido en otro país, aún conservan los vestigios de su idioma natal. Palabras mal pronunciadas, frases mal construidas, son errores comunes entre personas que conocieron el español sino hasta que llegaron a Venezuela. Además, este elemento aporta al reportaje la sensación de escuchar la voz del personaje, característica fundamental en una semblanza.

Limitaciones y logros

A pesar de que en la década de los '50 había una comunidad ucraniana establecida en Venezuela, la carencia de representación diplomática propia y el exilio de muchos ucranianos hacia Norteamérica hicieron que este grupo inicial de inmigrantes se dispersara, lo cual representó un inconveniente al momento de intentar contactar ucranianos que aún se encontraran en Venezuela.

Además, el hecho de que muchos de los ucranianos que emigraron hacia Venezuela lo hicieron teniendo ya al menos más de veinte años e incluso siendo padres de familia, implica que son muy pocos los que aún permanecen con vida, por lo cual solo se pudo recoger el testimonio de sus familiares y amigos y así reconstruir su historia.

Otra de las limitaciones para la elaboración de esta investigación fue la ubicación geográfica de los personajes, puesto que cuando los ucranianos llegaron a Venezuela, fueron enviados por grupos a Valencia, Maracaibo, Maracay y

Caracas, concentrando la mayor parte en el estado Carabobo, por lo cual fue necesario realizar varios viajes a la ciudad de Valencia para entrevistar a algunos personajes y miembros importantes de la comunidad ucraniana en el país.

IV. Semblanza

Портрет

Huir hacia el sol

**Semblanza de grupo de cuatro inmigrantes ucranianos en
Venezuela**

*Salimos en pos de ella
bandera blanca que anuncia
la paz en aquella tierra
y que a nosotros pronuncia
la esperanza ante la guerra.*

*Dejar una canción,
un futuro en el pasado
lo que fue de una ilusión;
un sol de papel dorado
y perseguir la razón
que a la fuerza, y obligado
hoy es dueño de mi amor.*

*Y conquistar el mañana
con una lengua extranjera
que es de una patria lejana
y el mar muerto se apodera
de lo mucho que tenía
y lo poco que nos queda.*

*Con intención de luchar
aún con el viento en contra,
con la piel presta a sudar
sabiendo que la vida es corta.
No queriendo fracasar
y a amar, que es lo que importa
salimos; en pos de paz
y con el mar de escolta.*

Daylín Hourruitiner

Prefacio

La huída, el sol

Venezuela y Ucrania casi no se conocen. Sin embargo, tienen algo importante en común. Ambas naciones están conectadas por la historia de un éxodo. Un éxodo que comenzó como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial a mediados de la década de los '40 y se prolongó hasta finales de los '50, arrastrando hacia tierras venezolanas a cientos de miles de refugiados⁸, que soñaban con escapar del horror que aún estaba fresco en sus retinas.

Rusos, polacos, yugoslavos, judíos. Europeos de diversas nacionalidades, religiones y razas eligieron a Venezuela como destino para sentirse a salvo, para lograr tener una vida más digna, mejor. Y entre tantos extranjeros, miles de ucranianos llegaron por mar y por aire a tierras caribeñas, con temor a lo desconocido pero con el deseo de conocerlo y hacer suya esa paz que el continente americano prometía.

Estos *musiús*, como popularmente se les apodó, se encargaron de enriquecer la cultura venezolana con sus costumbres y tradiciones, además de proporcionar mano de obra capacitada en diversos ámbitos laborales y desarrollar importantes labores de tipo intelectual y profesional en Venezuela.

Ingenieros, arquitectos, médicos, albañiles, mecánicos, costureras, agricultores. Los inmigrantes actuaron en la tierra de Bolívar como un motor de

⁸ “Entre 1948 y 1961 se produce la primera inmigración masiva en la historia de Venezuela: unos 800.000 extranjeros ingresan en ese período, aunque muchos siguieron de paso y para 1961 sólo se naturalizaron 526.000” El Nacional. (2005). *1806- 2002 Grandes hechos históricos de Venezuela*, Caracas, C.A. Editora El Nacional. P. 111

gran potencia, capaz de aprovechar las bondades del país caribeño y sacar lo mejor de él.

Una comunidad huérfana

A pesar de que Ucrania no cuenta con representación diplomática en Venezuela —ni viceversa—, la comunidad ucraniana mantiene aún ciertos focos de manifestaciones culturales, como el grupo folklórico Barvinok, en Valencia, o la iglesia ortodoxa en Los Dos Caminos, que a pesar de ser rusa abrió sus puertas para que los descendientes de ucranianos tengan la oportunidad de continuar con las tradiciones religiosas de sus antepasados.

Varios inmigrantes ucranianos que aún residen en Venezuela, consideran que la ausencia de una embajada o consulado ucraniano en el país es la causa fundamental de que la comunidad ucraniana no se haya mantenido unida con el paso de los años.

No es raro observar cómo, gracias a los nietos y bisnietos de estos inmigrantes, muchas familias se reencuentran cuarenta años más tarde. El uso de las redes sociales como herramienta y motor de búsqueda de personas u organizaciones, se ha convertido en un aliado fundamental en el reencuentro de amistades que nacieron en la década de los '40 y '50, en Altavista, El Trompillo, Los Frailes o Los Chorros.

De existir una representación oficial, los ucranianos y sus descendientes que aún permanecen en Venezuela coinciden en que un censo sería la primera labor importante que debería realizar dicha organización, pues hasta ahora los ucranianos en el país se sienten, y con razón, huérfanos.

La prensa y “los musiús”

Junio de 2006. Ucrania aparecía en toda la prensa nacional. El motivo, su participación en el mundial de fútbol Alemania 2006. Muchos venezolanos se enteraron de la existencia de este país gracias a un evento deportivo. Por un asunto de cultura o pocos conocimientos de geografía y política, quizás ni la mitad de los habitantes de Venezuela se enteraron del escándalo relacionado a un fraude electoral ocurrido en el año 2004 en las elecciones presidenciales de Ucrania.

En la última década, los ojos del mundo se dirigieron su mirada en varias oportunidades al “granero de Europa”⁹. Y es que una nación cuya soberanía fue decretada hace poco más de veinte años, sufre cambios indispensables para volver a insertarse en la estructura de la que formaba parte antes de caer en manos de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Venezuela, un país con una tradición democrática y libre más antigua que la ucraniana, celebró este momento y los periódicos nacionales así lo indicaban. Todo siempre desde el punto de vista de una nación distante de la otra, sin tomar en cuenta que un pedacito de Ucrania estaba inmerso —y disperso— en un mar de caribeños.

El diario carabobeño Notitarde, desde la década de los ‘50 hasta finales de los ‘80 dedicó innumerable cantidad de páginas y columnas a los ucranianos. Pero no los que están del otro lado del mundo, en Europa, sino los que comen arepas, hallacas y toman café con leche en la mañana. Esos ucranianos que se instalaron en Valencia y formaron una hermosa comunidad digna de ser reseñada por los medios de comunicación.

⁹ Apodo atribuido a Ucrania, gracias sus campos fértiles y su alta capacidad de producción en el área de la agricultura.

En el mismo sentido el diario El Carabobeño se dedicó también a anunciar en sus ediciones diarias los eventos relacionados al folklore y las tradiciones de estos extranjeros. La primera noche ucraniana en Valencia, el Festival Internacional de Danzas Folklóricas donde compitió el grupo ucraniano, fueron algunos de los acaecimientos más importantes reseñados por este diario. Los ucranianos siempre tuvieron un lugar —aunque pequeño— en los medios de comunicación venezolanos.

Por otra parte, una comunidad grande y bien establecida, la de Altavista, en Caracas, fue tirada al olvido. Muy pocos recuerdan que aquellas calles, aquellas casas, fueron transitadas y habitadas por musíús, esos blanquitos de ojos claros que llegaron a mezclarse con la raza latina.

La herencia

Si un día vas caminando por las calles de Altavista buscando una dirección, le preguntas a alguien y esa persona te da como referencia “la calle Ucrania”, no pienses que es una broma, o un chiste. Los ucranianos de Altavista dejaron muy bien marcada su huella, pues una de las calles de ese popular sector caraqueño lleva el nombre de su país de origen.

Y si sigues perdido, y te topas con una iglesia con un escudo poco común en su fachada, no solo llegaste a la calle Ucrania, sino que estás frente a la iglesia donde se oficiaban las misas ortodoxas y greco-católicas hace más de sesenta años.

Pero puede que no estés en Altavista, que más bien un día de la Semana Mayor decidas visitar la iglesia de Pagüita, en la Avenida Sucre en Caracas.

Desde allí, mirando hacia la montaña donde está El Calvario, vas a poder toparte, aunque sea a kilómetros, con la iglesia rusa ortodoxa, donde muchos ucranianos llevaban sus *pascas*¹⁰, los huevos pintados y otros elementos típicos, todo en una cestita cubierta por un hermoso trapito bordado.

Quizás también un día conozcas al doctor Leonid Lucenko, o escuches hablar del ingeniero Korol. O estés esperando para pagar en un supermercado, y la mujer que está delante de ti le lanza a quemarropa a la cajera un apellido impronunciable. Puede ser que te encuentres con un Dmytrejchuk, con un Pawlyschyn, con un Bondarenko, con un Prokofiew, con un Hlushko, con un Kobernyk, con un Saputzky, con un Lotosky, con un Luznicky. Los ucranianos llegaron y se regaron por todo el país.

Caracas era de una forma antes de la llegada de los inmigrantes, y hoy en día es diferente, pues muchas de sus calles, de sus edificaciones y de sus rincones guardan maravillosas historias de personas que salieron de su tierra buscando un lugar mejor. Pero no solo Caracas fue transformada por estos extranjeros. Valencia es una ciudad en donde hay ucranianos por doquier, representando sus tradiciones y llevando muy en alto la cultura de su país.

Esta semblanza basada en cuatro inmigrantes ucranianos, refleja una parte de todo el sentido de integración que hay detrás de un proceso inmigratorio, contado desde la voz de sus propios protagonistas y sus familiares. Huyeron hacia el sol y encontraron el calor y la luz que buscaban.

¹⁰ Especie de panetón, típico de pascua, que se lleva a la iglesia y se bendice junto con otras comidas.

*La mente de un hombre es capaz de todo,
porque todo está en ella, el pasado y el futuro.*

Joseph Conrad

(1857-1924)

José Pawlyschyn

“Mama quería el calor”

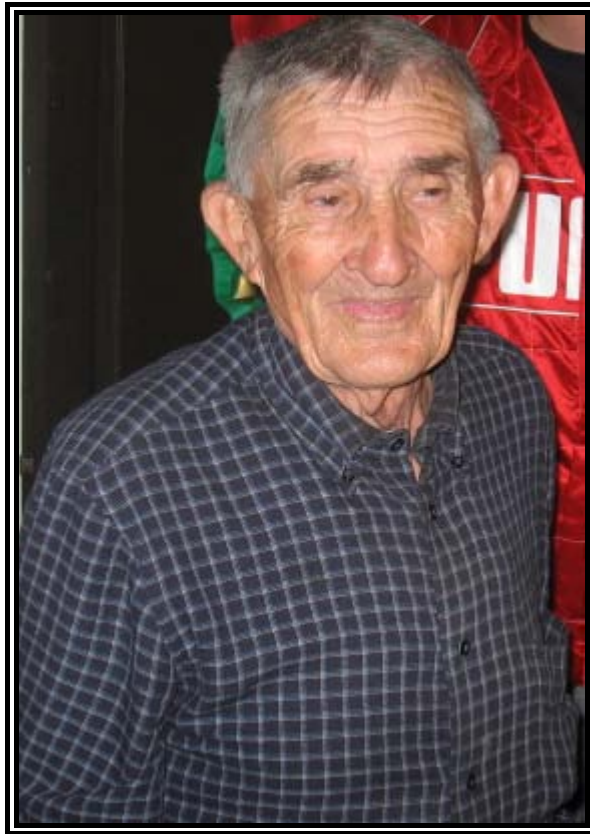
—Tato, ella quiere que le cuentes cómo viniste a Venezuela —le dice María a José, o Josef. María es una de sus hijas. Mientras le pide eso con palabras, busca una hoja y un lápiz para escribir exactamente lo mismo. Su castellano es muy bueno, pero José ya casi no escucha y su familia se comunica con él escribiéndole en algún papel o ajustando en su oreja el aparato que le permite oír con mayor claridad.

Entrar a la casa de José da la impresión de estar en el hogar de un auténtico venezolano, pues una guacamaya roja con plumas de colores te saluda con un “hola, ¿cómo estás?”, dándote la bienvenida. Esta primera percepción cambia segundos más tarde, pues en una de las mesas del salón de estar hay un diccionario ruso-español; en una de las paredes del mismo salón, el escudo de Ucrania enmarcado en un cuadro con bordes dorados; en un colgador de llaves a un lado de la puerta principal, una pequeña banderita azul y amarilla. Se puede notar que la casa está llena de pequeños detalles que son de otro lugar.

Un lugar lejano llamado Ucrania, país ubicado en el este de Europa y antiguo miembro de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) hasta la disolución de ésta, a finales del siglo XX. Ese país vio nacer el 6 de enero de 1923¹¹ a José Pawlyschyn, en la ciudad de Skala Podilska, específicamente en la

¹¹ Aunque los documentos de José afirman que nació en 1923 por el calendario greco cristiano, para el calendario occidental nació en 1924.

*Óblast*¹² de Ternopil, a 360 kilómetros de Kiev, capital de Ucrania. Dicha localidad también sería testigo de su partida en 1941, cuando José fue reclutado por el ejército alemán.



José, celebrando el 6 de enero con su familia

Así como toda la casa, la habitación de José tiene cientos de detalles propios de su país natal. El primer objeto que llama la atención al ingresar al cuarto es un cuadro de grandes dimensiones, situado en la parte superior de la cabecera de la cama, en el cual se puede ver una imagen de la iglesia rusa ortodoxa. Del lado izquierdo de la cama se encuentran las pertenencias de José: una mesita de noche con una lamparita, otra pequeña mesa donde están sus medicamentos y una pila de hojas donde se pueden leer noticias ucranianas, pues

¹² Significa “provincia” en ucraniano.

uno de sus hijos —Tarás— le traía ediciones del periódico de ese país hace un par de años.

A primera vista, es muy fácil deducir que este personaje y su familia han logrado rescatar costumbres y tradiciones ligadas a sus raíces, y es importante destacar el claro esfuerzo por encontrar elementos que hicieran sentir a este inmigrante como en su Ucrania natal.

José se sienta en su cama de caoba, toma sus lentes —su vista, al igual que su audición, no se encuentra en buenas condiciones— y comienza a leer: “¿Cómo te viniste a Venezuela?”. Sus ojos verdes, enmarcados en las huellas con forma de arrugas que dejan el paso de los años, se pierden en el infinito blanco del techo, luego le dedica una mirada de complicidad a su interlocutora, y su memoria comienza a trabajar.

* * *

Ya implantado el comunismo en la URSS, José Stalin, su máximo líder, inició el proceso denominado colectivización agrícola, el cual consistía en la creación de forma obligatoria de *koljós*¹³. La formación de un koljós implicaba utilizar de manera común un terreno entre un grupo de campesinos, trabajarlo, pagar los impuestos al Estado, y repartir las ganancias a cada uno de los agricultores que ejercían labores en él.

Esto se resume en una de las premisas básicas de los regímenes comunistas: el concepto de comuna. Esta medida de constitución obligatoria de

¹³ Es la abreviatura en ruso de “hacienda colectiva”

comunas fue impuesta desde 1928 hasta 1937, tiempo durante el cual se reclutaron miles de personas para prestar servicio en los koljoses.

Antes de que comenzara este proceso, ya el comunismo había llegado a Ucrania y con él una ola de separaciones, hambre y atrocidades de las cuales su familia no pudo escapar.

En 1926, los *chervoni*¹⁴ tomaron a Paul Pawlyschyn, padre de José, y luego de torturarlo físicamente lo fusilaron.

—¿Cómo murió papá? Bueno, preguntaron y preguntaron, y como no decía nada, mataron —dice José, encogiéndose los hombros en señal de desconocimiento. Y es que José no sabe la razón por la cual lo interrogaban, pues tal y como él explica, la intención principal de los *chervoni* era matar.

A pesar de contar con tan solo tres años de edad al momento del asesinato de su padre, José muestra dolor al recordar la primera vez que el régimen le arrebató a un ser querido. Este hecho se repitió en muchas familias ucranianas, donde miembros del ejército comunista fusilaban a los *kulaks*¹⁵ con la intención de transmitir temor al resto de la población¹⁶. Pero paralelamente a los fusilamientos, el hambre se convirtió en una de las principales causas de muerte en los países miembros de la URSS durante el comunismo, acabando con la vida de alrededor de siete millones de personas¹⁷.

¹⁴ Significa “rojo” en ucraniano, y así se les conoce coloquialmente a los comunistas.

¹⁵ Inicialmente, representaba a los campesinos con capacidad de producción, pero Stalin los calificó como los rebeldes del régimen.

¹⁶ Según Jerzy Holzer en su libro “El comunismo en Europa. Movimiento político y sistema de poder”

¹⁷ No existen cifras exactas, pero varios autores (Koralsky, Carroll) coinciden en ésta, mientras otros hablan de casi diez millones.



Skala Podilska. Foto tomada del sitio web: www.ukraine.kingdom.kiev.ua

José vivió durante toda su infancia y adolescencia junto a su familia en Skala. El primer cambio importante de su vida sucede en 1932, a los ocho años, cuando él y su hermana fueron trasladados a trabajar en una de las tantas comunas existentes en Ucrania. José explica desde su experiencia lo que fueron las comunas o koljós, una especie de grupos encargados de trabajar en los campos privados tomados por el Estado, con el fin de realizar labores de agricultura y ganadería como parte práctica de la implantación del régimen comunista en la URSS.

José evita hablar de su experiencia en el koljós. No demuestra enojo, rabia, incomodidad o dolor: simplemente evade el tema. Pero hay algo más fuerte que su intención de querer olvidar la época en la comuna. Recuerda a su abuela, la señora que iba a visitarlos al koljós a él y a su hermana.

—A mamá no recuerdo cara ni nada, pero abuela sí, como si vi ayer. Los guardias la dejaban pasar porque un día ella dijo: “¿por qué no dejan a una pobre vieja a ver a sus nietos?, y desde ahí nunca más dijeron nada.

Esa abuela abnegada es la responsable de que en la mesa de noche de José repose una Biblia, escrita en idioma ucraniano.

—Ella siempre dijo que Dios es lo más importante. Si no crees en Dios, estás como muerto.

Pero la historia que le da a José la condición de emigrante comienza el 1 de septiembre de 1939, cuando las tropas alemanas invaden sorpresivamente Polonia —pues Skala formó parte del territorio polaco desde 1919 hasta 1941—. Adolfo Hitler, quien para ese entonces era el primer mandatario alemán, logró que el acto de invasión a la nación polaca le costara el inicio de uno de los conflictos bélicos de mayor magnitud en la historia de la humanidad: la Segunda Guerra Mundial.

La invasión a Polonia surge por la necesidad de Hitler de crear una especie de conexión entre Alemania y Prusia Oriental —territorio perteneciente a Alemania—. Pero los polacos se resistieron a la idea de funcionar como un puente, sirviendo esto de excusa para que Hitler invadiera Polonia en 1939. Muchos de los habitantes tanto de Polonia como de otras naciones invadidas posteriormente, como Ucrania, fueron reclutados por el ejército alemán y enviados a campos de concentración para prestar sus servicios.

En su afán de expansión, y con una guerra iniciada, Hitler comienza a maquinar una estrategia para debilitar a sus enemigos, siendo la Unión de

Repúblicas Socialistas Soviéticas el contrincante principal del Führer¹⁸. Tomando en cuenta que Ucrania, en ese momento miembro de la URSS, era considerada como “el granero de Europa” gracias a sus fértiles campos, el gobierno alemán no desperdició la oportunidad de desabastecer de alimentos a su adversario invadiendo Ucrania.

Pero no solo buscaron despojar de provisiones a sus contrarios, sino que también se dedicaron a reclutar mano de obra. José recuerda este episodio con una claridad admirable, cualidad que suele perderse con los años pero que él mantiene intacta aun con el paso del tiempo.

—Yo fui agarrado también, no fui porque quería ir a Alemania; fuimos agarrados —explica mientras su cara va mostrando gestos de asombro, como si aquella experiencia se apoderara de él. En realidad, aunque pareciera que José sufre los típicos achaques de la edad, esa emoción al hablar del tema no es más que su forma de lograr que quien lo escuche reviva la historia con él.

Cuando la URSS comienza a debilitarse, debido a la invasión alemana de territorios soviéticos, incluyendo a Ucrania, el sistema de los koljós es disuelto. Las personas que trabajaban en estas comunas fueron enviadas de regreso a sus casas mientras el régimen alemán decidía qué hacer con la gran cantidad de campos que poseía el estado soviético en su poder, del cual ahora los nazis tenían completo dominio.

De esta forma, José y su hermana regresaron a su hogar en 1940, pero él no estaría allí por mucho tiempo. Durante una tarde de invierno se dirigía a uno de los abastos del pueblo. Jamás se habría imaginado que esa actividad cotidiana

¹⁸ Significa “líder” en alemán, y así apodaban a Hitler.

cambiaría su vida, pues de regreso a su casa fue interceptado por un grupo armado del ejército alemán y llevado para servirles durante la guerra.

—No pude ni despedir de hermana, de mamá, de abuela. No pude despedir —comenta en voz baja, mientras su mirada se desvía hacia abajo, dejando ver su sensación de nostalgia e impotencia.

Entonces, como consecuencia de la estrategia nazi, José fue trasladado a Alemania en 1941, recién iniciado el conflicto bélico. En realidad nunca estuvo en dicho país, pero para ese entonces el régimen nazi había anexo a Austria como parte de su territorio y fue allí a donde lo llevaron, específicamente a la ciudad de Wels, a 170 kilómetros de Viena, capital de Austria.

Pero, ¿cuál sería la labor provechosa que prestaría a los alemanes¹⁹? Mecánica y aviación. Ésas fueron las palabras claves en la vida de José, no solo durante ese momento de enfrentamientos entre naciones, sino más adelante cuando tendría que comenzar de nuevo en otro país. Trabajó durante cuatro años para los alemanes como mecánico de aviones, directamente ligado al servicio militar.

No tenía ningún conocimiento previo sobre mecánica, por lo cual fue enviado junto con otros hombres a una ciudad llamada Wiener Neustadt, a 170 kilómetros al sur de Viena. Allí aprendió todo lo que pudo sobre mecánica en general durante dos años. En 1943 fue trasladado a Olmouc, a 210 kilómetros de Praga, capital de la República Checa, donde sería instruido en el oficio de la mecánica aeronáutica. Un año después fue llevado de regreso a Wels, donde se

¹⁹ Generalización con la cual José se refiere al régimen nazi.

localizaba uno de los aeropuertos más importantes de Austria. Allí trabajó José hasta el final de la guerra.

Pero trabajar para los alemanes le costaría, años más tarde y luego de culminada la guerra, ser considerado un traidor.



Documento otorgado a José por los alemanes en 1942

Entre bombardeos e invasiones ocurría una historia paralela, la de quien años más tarde se convertiría en la compañera de vida de José. Nadia —o Nastia, origen de dicho nombre en idioma ucraniano— nació en Bereziwka, una pequeña aldea en la ciudad de Krasnokuts ubicada en la Ucrania oriental. Esta joven ucraniana, con tan solo dieciocho años también fue reclutada por los alemanes en 1941.

Los caminos de José y Nadia se cruzaron gracias al destino. La política de reclutamiento alemán consistía en llevar a un integrante de cada familia para prestar servicio en tiempos de guerra. En la familia de Nadia, los Odowieka, su

hermana mayor era la destinada a marcharse. Pero Nadia, inmersa en el infinito amor hacia su sobrino Anatoly, no permitió que madre e hijo fueran separados y, con la valentía que da la adolescencia, logró que fuese a ella a quien los alemanes subieran en un camión cargado con otros paisanos, mientras se desvanecía a lo lejos la figura de su madre persiguiendo al vehículo. José recuerda este episodio rescatando las palabras de *Mama*²⁰, quien a pesar de haber muerto en el año 2008, sigue presente en su corazón, en su mente y, según él, en su habitación.

En un país donde la agricultura siempre fue una actividad de tradición, mujeres y hombres conocían de las labores del campo, así que Nadia fue llevada a Wels para encargarse de la alimentación de los militares alemanes. Los caminos de José y Nadia se unieron precisamente en Wels en 1943, cuando José regresa de Olmuc y comienza a trabajar en el aeropuerto de esa ciudad, muy cerca del campo en donde Nadia cumplía con sus labores.

—¿Cómo nos conocimos? Ella vivía en una barraca, se llamaba *La barraca 170*, porque 170 muchachas ucranianas vivían ahí —comienza a narrar José, pero hace una pausa para contar una de los momentos más duros de quienes se encontraban en Wels—. Americanos bombardearon esa barraca, ¿Mama no contó? Entonces murieron treinta ucranianas, y Mama casi muere ahí también, corrió para que no cayera bomba.

Esta aclaratoria no está hecha al azar. Se percibe que quiere transmitir y hacer sentir que el hecho de que él esté sentado donde está y pueda disfrutar de la familia que formó es simplemente un tema de destino, pues en ese preciso instante

²⁰ Mamá en ucraniano. Forma en la que José se refiere a Nadia.

del bombardeo pudo haberse privado de la posibilidad de conocer a su futura esposa.

—Después del bombardeo fuimos a visitarlas, y ahí conocí a Mama. Pregunté: “¿dónde trabajas?”, y ella dijo nombre del campo, y yo le dije: “¿sí? Yo trabajo cerca”, y ahí comenzamos a vernos—. Siguieron viéndose durante un tiempo, y las visitas se transformaron en una hermosa relación en medio de la guerra.

* * *

Culmina la Segunda Guerra Mundial. En 1945 José finalizaba su trabajo al servicio de los alemanes pues el territorio austríaco, donde aún permanecían él y Nadia, fue tomado por Estados Unidos y la URSS al consolidarse como las fuerzas vencedoras.

Puesto que su salida de Ucrania fue totalmente involuntaria, igual que la de muchos ucranianos que permanecían bajo el mando de los nazis, su mayor deseo era volver a casa. Posteriormente, los americanos los llevaron a Styer, ciudad austríaca localizada a 145 kilómetros de Viena, donde reunirían a todos los que trabajaron para los alemanes, y así los rusos²¹ podrían devolverlos a sus respectivos hogares.

Pero Rusia había quedado muy pobre después de la guerra, por lo que no disponía ni siquiera de medios de transporte para “regresar a casa” a todas aquellas personas originarias de países miembros de la URSS.

²¹ Así generaliza José para referirse a la URSS.

—Rusia tenía que venir a llevarnos, pero no pudo, Rusia estaba pobre y nosotros ya un mes esperando que vienen rusos a llevar y nada —son las palabras con las que José describe la espera por volver con su familia. Si José hubiese recibido en ese momento la noticia de que su madre había muerto, probablemente las cosas habrían sido diferentes.

—Yo quería volver, no sabía que mamá murió —dice, y es el primer momento de la charla en el que sus sentimientos parecen haber sido duramente golpeados. Barazka Kozar, su madre, murió de hambre en 1944, cuando los alemanes utilizaron los alimentos producidos en Ucrania para abastecer y mantener con fuerzas al ejército de Hitler²².

Baraska fue víctima de una de las peores consecuencias de la Segunda Guerra Mundial. La mujer que le dio a José el regalo de la vida sintió cómo sus energías se agotaban poco a poco. La muerte de esta ucraniana fue inhumana, como la de otros tantos que padecieron el hambre. Pero lo inhumano trasciende el hecho del fallecimiento: su hijo recibió la noticia estando ya en su nuevo destino, años más tarde, al leer una carta de su hermana donde le contaba lo que había ocurrido. No hubo detalles. Si la carta existe o no aún, solo José lo sabe.

Desconociendo todo lo que ocurría en su tierra natal, José anhelaba regresar a Skala, sueño que se vio parcialmente cristalizado cuando la URSS consiguió cómo transportar a ese gran grupo de personas que había servido a los alemanes, y les aseguraban que serían devueltos a sus países y ciudades natales.

—Los engañaban, los llevaban a Siberia —cuenta con expresión de asombro. Los rusos no cumplían con su palabra; la realidad era muy diferente.

²² Según Götz Aly en su publicación “La utopía nazi: cómo Hitler compró a los alemanes”.

Pero, ¿cómo José se enteró de lo que ocurría? Debido a la falta de transporte, las personas que deseaban regresar con sus familias eran movilizadas por grupos, pues miles no podían ser trasladadas al mismo tiempo. José no formó parte del primer grupo que partió de Steyr, por lo que tuvo que permanecer allí, junto a Nadia y otros compañeros, esperando que los rusos llegaran de nuevo por ellos.

Mientras esperaban, muchos que también prestaron servicio en la guerra y que ya se encontraban en el tren camino a sus hogares, descubrieron que su destino no sería precisamente ése, sino la muerte en Siberia. Por ello, se escaparon del tren y regresaron para advertirles a los demás sobre el peligro de confiar en los rusos.

—Vinieron cinco personas y les preguntamos: “¿qué pasa?” y dijeron: “es que no nos llevan a la casa, nos llevan a Siberia; escapamos del tren”—cuenta mientras de nuevo su expresivo rostro manifiesta lo que sería una muestra de temor y heroicidad, pues no puede ocultar sentir orgullo por estos hombres—. La noticia se fue por toda partes. Los que escaparon llegaron a un campo a donde estaban preparándose para llevarlos. Escaparon como doscientos.

José va contando su historia y su voz se hace cada vez más aguda —por el cansancio que otorgan los años— pero más intensa y llena de emoción. Se acerca el momento en el que debe narrar el episodio decisivo de su vida, una de las grandes proezas de su historia.

Al percatarse de que algunas personas habían escapado, los rusos fueron directamente a Austria a buscar a los desertores y al resto del grupo. José deja escapar mediante su voz un poco de rencor y fortaleza.

—Vinieron los rusos a buscarnos, ya tenían camiones, ¡pero ahora nadie quiso ir! —exclama, explicando que ya el rumor se había corrido por “toda Austria”, pues ya arriba del tren, miembros del ejército ruso les informaban a las personas que iban camino a sus casas que el tren sería desviado a Siberia, donde pagarían por haber trabajado para los enemigos del régimen.

—Cuando los rusos llegaron, los americanos dijeron: “no. ¿Por qué no los llevan a sus casas?”, les preguntaron los americanos, y los rusos contestaron: “porque son traidores a la patria y deben ser fusilados” —dice, frunciendo el ceño. El ejército ruso había tomado la decisión de llevar a Siberia y fusilar a todos aquellos originarios de países miembros de la URSS que habían servido a los alemanes, por considerarlos traidores.

Los americanos les ofrecieron todo el apoyo que necesitaran, si su decisión era permanecer en territorio austríaco.

—Mama me dijo: “O estamos separados o nos casamos, pero no nos vamos con ellos”— cuenta José demostrando el carácter fuerte de Nadia, el cual le permitió tomar decisiones acertadas en momentos de presión. Así, ambos acusados de traidores a la patria, toman una decisión que les cambiaría la vida: casarse—. Nos casamos en Steyr, y ahí nos quedamos —explica mientras su mirada se va al cielo, recordando a quien fue su compañera durante 63 años.

El matrimonio, más allá del amor que ya había nacido entre los dos, respondía a temas legales, es decir, estar legalmente casados les facilitaría las cosas a José y Nadia en la búsqueda de trabajo y el desplazamiento a otras ciudades.

—Nos casó cura húngaro en iglesia *greco-católica*²³, él tampoco quiso regresar a su casa —detalle importante para José, pues un hombre criado bajo la luz del catolicismo y la fe no puede omitir la relevancia de una boda eclesiástica. La sonrisa que regala al recordar ese día permite hacer constar que representó un momento verdaderamente trascendental en su vida.

Convertidos en marido y mujer, José y Nadia sabían que era imposible permanecer en Steyr bajo la amenaza de un contraataque ruso, así que él y un compañero decidieron regresar a Wels, donde habían trabajado durante la guerra, para pedir trabajo a algún campesino.

—Entonces, otro que también se casó allá y tenía a su mujer *empreñada*. Bueno, él y yo fuimos a hablar con unos campesinos, que nos conocían, y les pedimos trabajo, porque ya estábamos casados y todo —relata.

—Tato, no se dice *empreñada*, sino embarazada —interrumpe María, intentando corregir el error de su padre, que aunque más que un error es la evidencia de qué es lo primero que un extranjero aprende del idioma del país al cual llega.

Así, y a pesar de tener que dejar a sus esposas en Steyr, emprendieron su viaje rumbo a la tierra donde habían servido los últimos cuatro años, con la esperanza de poder establecerse con sus respectivas familias. Pero las cosas no podían ser tan sencillas, tomando en cuenta que todo esto ocurría a pocos meses de haber culminado la guerra. José y su amigo, cuyo nombre no recuerda, les

²³ Inicialmente conocida como “Iglesia Católica Ucraniana de Rito Griego”, es una importante corriente religiosa ucraniana unida al catolicismo romano pero con tradiciones bizantinas

preguntaron a los americanos sobre la posibilidad de ser trasladados en tren a Wels.

—Nos dijeron que sí, que podíamos ir, pero había que cambiar recorrido. Si tomábamos tren directo, pasábamos por donde estaban los rusos; si tomábamos dos trenes, solo cruzábamos por donde americanos —explica José dándole sentido a la travesía.

Por consiguiente, la segunda opción fue la elegida. Entonces ambos decidieron tomar dos trenes y llegar sanos y salvos a su destino. Y así fue. Llegaron a Wels y fueron directo a buscar a los campesinos.

544th Central Postal Directory
CIVILIAN PERSONNEL OFFICE

16 August 1946
(Date)

WORK CERTIFICATE
(Arbeitszeugnis)

0078
ENICL
SPATCHER

This is to certify that:
Pawliszyn Josef, born 6,1,1923
has been employed with this organization from 18,6,46 to (still employed)
in the position of : Vulcanizer
The performance of duty was very satisfactory. During his three years
employment he proved to be a very skilled and diligent vulcanizer.

Recommended supervisor:

Everett D. Mars
(Name - Operating Official)
1st Lt. CMC
(Rank)
Motor Officer
(Position Title)

Es wird bestätigt, dass
Pawliszyn Josef, geboren am 6,1,1923
bei dieser Dienststelle vom 18,6,46 bis weiteres
als Vulcanisierer angestellt war.
Die Dienstverfuehrung war: sehr zufrieden. Er hat waehrend seiner
Beschaeftigung bewiesen, dass er ein sehr guter Fachman und fleissiger
Vulcaniseur ist.
Entlassungsgrund:

Documento que certifica el trabajo de José en el campo de Wels. 1946

—Fuimos a campo donde trabajó Mama, y ahí pedimos trabajo y nos dijeron que sí, porque sabían lo que había pasado. Ya toda Austria sabía que nos fusilaban en Siberia.

Los campesinos austríacos actuaron esta vez como héroes de estos dos hombres y sus familias, y les ofrecieron trabajo como agricultores en ese campo.

Radicados en Austria y con un trabajo estable, José y Nadia vieron pasar tres largos años hasta que su vida comenzó a cambiar. El 11 de abril de 1948 en un hospital de Wels, ven nacer a su primera hija, Nadia. La familia comenzaba a crecer y con ella la incertidumbre de cuál sería su destino, pues la paz aún no dominaba el ambiente. Meses después del nacimiento de Nadia, los americanos anunciaban su retirada de territorio austríaco, y con ellos se iba la tranquilidad de muchos refugiados de la guerra, pues permanecía latente la posibilidad de que la URSS se apoderara nuevamente de Austria.

—Los americanos nos dijeron que se iban ya, y aconsejaron que nos fuéramos lejos, porque ahí había peligro todavía —explica, mostrando una vez más con sus característicos gestos y expresiones una cierta sensación de incertidumbre, pues sin los americanos en territorio austríaco, nadie sabía cuál podría ser su destino.

Entonces, José y Nadia decidieron que la mejor opción sería seguir el consejo que les habían dado los americanos, buscando la forma de ir hacia otro lugar que no se encontrara en el área susceptible de posibles ataques rusos. Así conocieron lo que él recuerda como una organización “que ayudaba a los que nos querían volver con comunistas, la IRO”.

La Organización Internacional de Refugiados fue el organismo que antecedió al Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, el cual aún se encuentra activo. Según reza la constitución de la Organización Internacional de Refugiados, su función era “alentar y contribuir al pronto regreso a su país de nacionalidad o residencia de las personas bajo jurisdicción de la Organización. Facilitar, cuando la repatriación no sea posible, su reinstalación en otros países”. Creada en julio de 1947 y con un programa previsto de tres años de duración, fue la primera institución internacional que se ocupó de los refugiados.

En 1947, la Organización de Naciones Unidas (ONU) creó una organización llamada International Refugee Organisation (IRO) —o en español, Organización Internacional de Refugiados (OIR)— la cual se encargaría de proteger a los sobrevivientes de la guerra y ofrecerles la posibilidad de establecerse en un lugar donde pudieran sentirse seguros.

José habla de la IRO como su heroína, y la define como la organización “que se ocupó de nosotros, los que no nos queríamos ir, porque teníamos motivos”. Y fue justamente esta organización la que inició los trámites para la reubicación de los refugiados.

El primer paso que tuvieron que dar José y Nadia junto con su hija fue el de regresar a Steyr, donde se realizarían los estudios médicos para que los países receptores de estos inmigrantes tuvieran la seguridad de ingresar gente sana a su territorio. El rumbo final aún no lo sabían, pues no dependía de ellos sino de las opciones ofrecidas por la IRO. Para ese momento, la familia estaba por ascender a cuatro: Nadia estaba embarazada de su segundo hijo.

En Steyr, y con la amenaza latente de caer de nuevo en manos de los rusos y ser fusilados en Siberia, José y Nadia aceptaron la ayuda de la IRO que les ofreció la posibilidad de elegir a cuál país deseaban irse, teniendo a Argentina, Brasil, Canadá y Venezuela entre las opciones. No disponían de mucho tiempo para decidir así que, guiados por la intuición y el deseo de vivir en un país con clima cálido y tropical, decidieron que su nuevo hogar lo constituirían en Venezuela.

—Entonces nosotros íbamos para allá, para acá, y Mama quería para Venezuela, para calor, donde calor, porque donde ella era, era muy frío —comenta José, ofreciendo el elemento quizás más significativo de toda la historia; la razón por la cual el Ávila es su norte y el español su día a día.

Bereziwka, ciudad natal de Nadia, es una localidad caracterizada por su clima templado y por las bajas temperaturas que alcanza durante el invierno. Según una de sus hijas, María, Nadia pasaba horas contando emocionada lo mucho que disfrutaba deslizarse por la placa de hielo que se formaba cuando el inclemente frío congelaba el agua del lago que estaba cerca de su casa. Lago donde también aprendió un ejercicio que le sería muy útil y práctico en el Caribe: la natación. En este sentido, podría parecer que Nadia tenía una conexión especial con algunas cosas que, desde los veintisiete años, formarían parte del resto de su vida.

José recuerda por qué Venezuela fue la elección de ambos, y relata la historia desde el orgullo que siente al contar que su llegada al país caribeño no fue de forma ilegal.

—Vino cónsul en Salzburgo, era una mujer, nos anotó, preparó papeles y pa' Venezuela.

Estaban en Salzburgo, ciudad de Austria localizada a 250 kilómetros de Viena, y fue el mismo cónsul venezolano quien les otorgó sus respectivos pasaportes para ir luego a Linz, al norte de Austria y cerca de Steyr, donde continuarían con los trámites de migración.

El proceso demostraba no tener las intenciones de ser un obstáculo en el bienestar de los refugiados ni imponer cuántos deberían ir a cada nación, pero la IRO exigía, como requisito indispensable, la presencia del representante diplomático del país que decidiera aceptar a estos inmigrantes.

—ONU, Naciones Unidas, dijo que cada nación puede llevar para trabajo, que no querían poner ellos la cuota, solo que tenía que venir embajador, consulado.

En cuanto a los asuntos legales, el pasaporte con el cual pudieron viajar hacia Venezuela fue emitido por la IRO el 12 de agosto de 1949, y les fue otorgado, en presencia de autoridades venezolanas, el 18 de julio de 1950, mes en el que partirían a Venezuela.

De esta manera, José y Nadia fueron dos de los 800 mil²⁴ extranjeros que ingresaron a Venezuela entre 1948 y 1961, como consecuencia del importante flujo migratorio de europeos hacia América, originado por los cambios políticos, económicos y sociales producidos en el viejo continente a causa de la Segunda Guerra Mundial.

²⁴ Cifra obtenida de la publicación “Grandes hechos históricos de Venezuela”, de El Nacional.

de identidad; la razón: también insiste en que Bogdan llegó a suelo venezolano a los seis meses de edad, en noviembre de 1949.

A pesar de que José parece tener la memoria de un niño, fresca y activa, olvidó que su partida hacia Venezuela se daría en julio de 1950, cuando la pareja subió a un tren junto con otros compatriotas y compañeros de toda esa experiencia que había comenzado hace ya casi diez años para ese entonces, y allí inició un viaje que para él aún no ha culminado.

La travesía empezó: el tren partió con destino final a París²⁵, pero el recorrido precisó una modificación. Para poder llegar a París con vida y sin intercepciones rusas o alemanas, la ruta principal Viena–París, fue alterada, pues ahora los pasajeros viajarían a Suiza y de allí a París. Este cambio de ruta se debió a que los rusos habían tomado una pequeña parte de Austria, la cual incluía a Viena. Así, tomaron un tren desde Linz y partieron hacia Suiza.

Al llegar, volverían a subir a un tren, esta vez finalmente a París.

—Llegamos y pasamos ahí dos semanas, luego salimos a Italia y de ahí salió barco.

Hablar sobre el recorrido transitado le genera una sensación de cansancio que su voz y sus expresiones no pueden ocultar: su garganta deja escapar tonos agudos y silenciosos, y sus ojos se abren para darle intensidad a la narración. Es un personaje único al momento de contar historias.

Al llegar a Italia los estaría esperando en un puerto de Génova un barco con destino a tierras caribeñas.

²⁵ Capital de Francia

—El barco se llamaba SS²⁶, no recuerdo muy bien —dice, mientras María y Bogdan revisan un montón de papeles, pues su padre despertó en ellos muchas dudas e interrogantes: Bogdan no tiene seguridad sobre la fecha de su nacimiento, y María no logra entender por qué su madre siempre le contó que su hermano mayor nació en el barco.

La embarcación hizo una pequeña parada en España, específicamente en las Islas Canarias, para buscar a un grupo de inmigrantes españoles que se unirían los cientos que ya habían abordado.

—Recuerdo que pasamos por ese canal, ¿cómo se llama? Gibraltar, ése, y de ahí directo pa' Venezuela.

* * *

2 de octubre de 1950. Puerto de La Guaira. José, su esposa y sus dos hijos desembarcan del navío en el cual permanecieron durante el último mes, cruzando el océano Atlántico.

Arribaron al puerto de La Guaira, que para aquel entonces no contaba con la infraestructura que ahora posee.

—Llegamos a *porto* de la Guaira, pero no era grande como ahora, era de madera, sencillito —así describe José su llegada a tierras venezolanas, donde por primera vez sintió el aroma y el calor propio del Caribe. En el puerto los esperaba una comisión del gobierno nacional para darles la bienvenida a Venezuela e iniciar los primeros trámites legales de recepción de inmigrantes.

²⁶ Prefijo que llevan los nombres de muchos barcos y significa “Steamship” o buque a vapor.

Desde allí, fueron trasladados todos los pasajeros de aquel barco a Sarria, urbanización caraqueña situada al norte de la ciudad, donde los ubicarían en lo que José describe como un “campo de refugiados”, donde la privacidad era escasa pues era mucha gente para un espacio reducido.

Había cuatro bocas que alimentar, así que José supo desde su primer instante en Venezuela que debía buscar rápidamente un trabajo que le permitiera comenzar a devengar un salario con el cual pudiera pagar un lugar independiente para él y su familia.

En este sentido, el gobierno venezolano contaba con un eficiente plan, el cual consistía en realizar un pequeño censo en el campo de refugiados para saber las profesiones, habilidades y capacidades de cada uno de ellos, y así asignarles un trabajo.

—Yo no hablaba español, pero tenía papeles de mecánico de aviación, así que me dieron trabajo en Maiquetía, con aviones, para Pérez Jiménez.

José hace una pausa. Su mirada denota esfuerzo. Intenta recordar un detalle que seguramente pasó por alto durante su historia. Al hablar del teniente coronel Marcos Pérez Jiménez, su cerebro hace un *flash back*²⁷ y explota.

—Cuando estábamos en Sarria nos dijeron, un traductor: al gobierno nuevo tienen que obedecerlo, todo lo que va a decir el gobierno, no tienen que protestar nada contra el gobierno. No se preocupen, consiguen trabajo; en Venezuela hay mucho trabajo —declara en voz baja, pues aún parece percibir el temor y la sumisión al régimen dictatorial.

²⁷ Término definido por la Real Academia de la Lengua Española como “en una película –o relato literario- interrupción de la acción en curso para insertar la mostración de hechos ocurridos en un tiempo anterior que afectan a dicha acción”.

Cuando José y su familia salieron de Austria, no había llegado la noticia del derrocamiento del gobierno de Rómulo Gallegos, así que fue en el barco donde lo supieron gracias a un aviso del capitán. Uno de los elementos emblemáticos del corto mandato de Gallegos fue su importante aporte en la política inmigratoria, aspecto que muchos temieron que llegara a su fin con el nuevo régimen. Pero Carlos Delgado Chalboud, general que tomó el mando luego del golpe de Estado, junto con Pérez Jiménez continuaron con la recepción de extranjeros.

Para José, la obediencia a una nueva forma de gobierno no representaba ningún acontecimiento, pues durante sus primeros veintisiete años vivió momentos de constantes cambios en el ámbito político. Pensar en este episodio no es un trago amargo, pues recuerda con gratitud al gobierno que le abrió las puertas y le dio su primer trabajo en tierras suramericanas.

A finales de 1950 fue contratado como mecánico de aviación de la línea aérea Aeropostal, la cual pertenecía al Estado desde 1933 y donde este ucraniano trabajaría los siguientes veintinueve años.

Con un trabajo estable, el siguiente paso era salir de Sarriá, pues seguían llegando inmigrantes y era necesario el espacio que los grupos anteriores ocupaban.

—Después de nosotros llegaron como cinco transportes más, entonces teníamos que salir —dice.

Pero, ¿a dónde podrían ir si Venezuela era un espacio totalmente desconocido para ellos? Como algunas especies animales, que van de un lado a

otro en manadas para facilitar la adaptación, así ocurrió con los ucranianos que llegaron a Caracas.

José lo cuenta simple y fácilmente.

—Ya en Altavista²⁸ había ucranianos que tenían *ranchos*. La mayoría vivía en Magallanes, Los Frailes y Altavista, y allá en Los Chorros, allá vivían todos los ingenieros, tenían sus quintas— cuenta, mientras sus palabras van más allá de ser un relato; son la evidencia de la división social presente en Ucrania: los campesinos pobres, los campesinos dueños de tierras y los intelectuales.

En Caracas, la clase con menos recursos fue al oeste de la ciudad, y la que poseía una mejor posición social se ubicaría en la zona este. José no poseía bienes, dinero o un estatus social alto, así que compró un pequeño terreno en Altavista y construyó un rancho de cinc y madera, al final de “quinientas mil escaleras”, como repite María en tono de chiste y orgullo.

Tenía un trabajo, su propia casa y una familia. Familia que pronto seguiría creciendo. Mientras José se trasladaba en autobús desde el barrio San Isidro, en Altavista, hasta Maiquetía, en La Guaira, Nadia permanecía en el hogar como ama de casa, cuidando a sus dos hijos. Y así se mantuvo la rutina hasta el 12 de mayo de 1953, cuando en la Maternidad Concepción Palacios Nadia dio a luz a su tercer hijo al cual llamarían Tarás, nombre de otro importante prócer ucraniano.

Ese mismo año ocurrió un hecho que marcó su vida. En un día común de trabajo, José abordó un *taxi*²⁹ para regresar a su casa.

²⁸ Sector de Caracas situado al oeste de la ciudad.

²⁹ José llama así a los “carritos por puestos”, transporte público que existía en la década de los ‘50 con capacidad de cuatro pasajeros.

—Subió otro venezolano atrás conmigo, y adelante un *indio*³⁰, un tipo vestido así como de indio, seguro venía de Maracaibo porque había familia de indios en Altavista.

Luego de partir, el automóvil fue interceptado por funcionarios del cuerpo de seguridad del presidente Marcos Pérez Jiménez, posteriormente los desviaron de su ruta, y los llevaron a la prisión conocida como La Planta, en la urbanización El Paraíso, en Caracas.

—Entramos con carro, chofer y todo. Al chofer lo soltaron, al indio se lo llevaron, y a mí y al venezolano nos dejaron ahí —cuenta José emocionado, abriendo al máximo sus ojos y bajando un poco la cabeza como símbolo de discreción ante las palabras que próximamente saldrán de su boca—. Ahí estaba, caminando frente a mí el mismísimo Pedro Estrada, mano derecha de Pérez Jiménez.

Pedro Estrada fue el director de la Seguridad Nacional, una especie de máquina de represión secreta del régimen perezjimenista. María mira con cara de asombro a José, pues en sus 53 años nunca supo que el famoso personaje había sido el responsable de permitirle ver nuevamente a su padre. José se sonríe, con un gesto de picardía y travesura, como quien se reserva la mejor parte de la historia para el final de la narración.

—Me preguntó algo, pero yo no entendía español. Entonces trajo a traductor, pero era ruso, y yo le dije que yo era ucraniano— explica marcando la clara diferencia entre el idioma ruso y el ucraniano, pues quizás para quienes no conocen ninguna de las dos lenguas, suelen ser lo mismo. Que un ruso traduzca lo

³⁰ En realidad se refiere a un indígena.

que dice un ucraniano, es algo similar a que un venezolano traduzca a un argentino: la base es la misma, pero muchas palabras son diferentes y el acento varía.

—Entonces Estrada preguntó que qué pasaba, y traductor dijo que nunca habló con ucraniano pero bueno, me preguntó que si yo conocía a indio, y dije que no —se encoge los hombros y con voz fuerte y grave exclama— ¡yo no conocía a nadie aquí! Ahí trajeron a venezolano, pero no habló, porque todos tenían miedo a Pérez Jiménez. Igual luego de hablar, ya sabían que no teníamos culpa porque quitaron custodios.

Luego del interrogatorio, José y el venezolano permanecieron en prisión, pues era sábado y no se podía dejar en libertad los fines de semana.

—Y bueno, no sé quién avisó a Mama, pero avisaron, y mandó pan con veinte bolívars adentro, pero yo no sabía —suelta una estruendosa risa, de esa que le da un aire achinado a los ojos e induce el llanto— ¡no me lo comí! Llegué el lunes a casa con los veinte bolívars dentro del pan —y se ríe de nuevo.

Mientras estaba en prisión, se enteró de que el indio que viajaba con él era un “adeco disfrazado”, y habían detenido a todos los pasajeros del taxi asumiendo que eran también contrarios al régimen.

Llegó el lunes. Las puertas de La Planta se abrieron para dejar salir a José en libertad. Solo retuvieron su cédula de identidad, la cual recuperaría con la firma de su jefe en el certificado de liberación.

—Me entregaron papelito que decía que estaba libre, ¿tú sabes quién me lo dio? El Negro Sanz. Luego dio la mano, y me fui. Más nunca agarré un taxi

—narrando el momento en el que fue liberado por uno de los míticos torturadores de la Seguridad Nacional y la dictadura de Pérez Jiménez.

José se siente parte de los sucesos importantes de Venezuela. Su encuentro con Estrada, su noche en la prisión y el otorgamiento de su libertad por parte del Negro Sanz hacen que su pecho se hinche de orgullo, pues sabe que todos los acontecimientos que formaron parte de aquella trascendental época son ahora piezas invaluable en la historia venezolana.

—Cuando llegué al trabajo, ya todos sabían lo que pasó. Fui a llevarle papelito a mi jefe para que firmara, y así devolvieran mi cédula, y me dijo: “¿te gustó cárcel?”, y se reía —cuenta cómo gracias a ese episodio conoció el humor del venezolano.

Ese año, muchas cosas en la vida de José cambiaron. Una de ellas fue el tiempo de viaje de su casa al trabajo, pues la inauguración de la Autopista Caracas–La Guaira, representó en su día a día un giro de 180 grados.

—Antes íbamos por la carretera vieja, y tardaba dos horas en llegar el autobús. Cuando abrieron autopista, dijeron que llegamos en diez minutos —sus ojos, como cada vez que intenta matizar la historia, denotan asombro y picardía, pues unos segundos después su voz hace saltar a su interlocutora al exclamar— ¡y los contamos, eran diez minutos! —dejando escapar una de las risas más auténticas que cualquiera pueda ver y escuchar.

Todos los siguientes años transcurrieron sin novedades, hasta que María aumentó el número de integrantes de la familia el 22 de junio de 1957 cuando, nuevamente en la Maternidad Concepción Palacios, Nadia dio a luz a su cuarto

hijo. José y Nadia decidieron que la llegada de María representaría el cierre de una etapa llena de pañales, mantitas y chupones.

José continuaba trabajando para la misma empresa en el mismo cargo, Nadia seguía como ama de casa cuidando a Tarás y a María, pues Nadia —hija— y Bogdán asistían al colegio. O, mejor dicho, a los colegios. Su formación principal la recibían en Fe y Alegría, una institución dirigida por religiosos. Pero además asistían a otra escuela, una muy particular, donde una de las paredes estaba decorada con la misma imagen que tiene José en una de las salas de estar de su casa. El escudo de Ucrania.

En Altavista, los primeros ucranianos que llegaron al país crearon una Asociación Ucraniana, en la cual se desarrollaban actividades culturales, folklóricas y además se encargaba de una parte de la educación de los más pequeños. Allí se les impartía el idioma ucraniano y los trajes con coronas de flores y cintas adornarían los actos escolares. Que los niños aprendieran español era muy importante, puesto que serían ellos quienes ayudarían a sus padres en el proceso de compenetración con la cultura y costumbres venezolanas.

A pesar de que ese lugar actualmente no existe, pues se disolvió con el paso de los años y la mudanza de muchos ucranianos, fue cuna de muchos recuerdos que aún permanecen en la memoria de José y sus hijos.

Bogdan y Nadia —hija— crecieron sin dejar a un lado sus raíces, la tierra natal de sus padres. Tarás y María, al ser los más chicos, fueron criados escuchando a sus padres hablar tanto español como ucraniano, y se formaron académicamente en Fe y Alegría. Para ese entonces, muchos de los miembros de la asociación ucraniana se habían mudado, no solo de Caracas sino de Venezuela.

23 de Enero de 1958. María tiene tan solo un año y cinco meses. Marcos Pérez Jiménez es derrocado por un golpe de Estado. María no recuerda la historia, pero su madre se encargó de que la angustia vivida en esos momentos permaneciera en la memoria de sus hijos y nietos.

—Mama contaba que un señor llegó a su casa y le dijo: señora, su esposo está muerto, le dispararon —inicia María lo que parece ser una historia con final anunciado, pero continúa— pero no lo habían matado. Esos días había toque de queda, y la cosa era *primero disparo y después pregunto*, y aunque Tato tuvo que pasar por una zona difícil, no le pasó nada.

La historia se escuchaba mucho mejor desde la propia boca de Nadia, quien repetía una y otra vez la misma historia en las reuniones familiares, abriendo los ojos exageradamente en el momento en el que mencionaba la muerte.

José recuerda claramente ese día, aunque asegura que lo peor ocurrió justo veintidós días antes, el primero de enero de 1958, cuando los militares de la comandancia de Maracay se sublevaron.

—Yo recuerdo, eran aviones por todas partes, uno disparaba a La Planta; un desastre. Desde ese día hasta que cayó, fueron puras protestas —cuenta José.

El 23 de Enero, José asistió a su trabajo como de costumbre. Al culminar la jornada, tomó un autobús directo a casa. Pero, a mitad del camino el conductor informó a los pasajeros: “tienen que ir caminando, no puedo seguir porque los militares están disparando”. Caracas estaba tomada, de punta a punta.

—Para llegar a Altavista había que pasar por una parte de Catia que estaba tomada, y si los militares veían a un grupito de gente caminando, disparaban, al

aire, claro —es justamente como José recuerda el día en el que cayó la dictadura de Marcos Pérez Jiménez.

A sus 35 años, José ya contaba con una cantidad de experiencias suficientes para escribir un libro con miles de páginas sobre guerras, regímenes políticos y, sobre todo, de historias de vida. Dos importantes capítulos estaban por escribirse en los próximos once años.

El primero estaría inspirado en el día en que Caracas se sacudió por un fuerte sismo de 6.5 en la escala de Richter.

—Estábamos en casa, cuando de repente todo comenzó a moverse, se cayeron medicinas de la cocina, las casas se movían así —simula con las manos un movimiento de vertical—, de arriba abajo —describe José el instante en el que la tierra comenzó a temblar—. Nadia (hija) ya tenía novio, Freddy, y llegaron a casa y él nos dijo que no salíamos, que había muchos muertos. Mañana, tuve que ir a trabajar. La Guaira estaba sola —recuerda arrugando su rostro como gesto de repulsión al panorama al cual tuvo que enfrentarse el día siguiente de la tragedia. Aquel 29 de julio de 1967, José supo que vivía en un país con alta actividad sísmica.

Con tan solo diecisiete años en Venezuela, José ya había presenciado el asesinato de un presidente³¹, la implantación de una dictadura, el derrocamiento de un gobierno y un terremoto. Al recordar estos acontecimientos, José se siente tan venezolano como cualquier otra persona que haya nacido en la *pequeña Venecia*.

³¹ En 1950 es asesinado Carlos Delgado Chalbaud, presidente de la Junta de Gobierno que dirigía al país.

Dos años más tarde, se escribiría un capítulo más del gran libro de José: Nadia, con 46 años, se encontraba nuevamente en la Maternidad Concepción Palacios dando a luz a una niña. La avanzada edad de la madre y el gran tamaño del bebé, convirtieron un momento de dicha en una situación casi fatal. María cuenta la historia con todos los detalles, pues José visualiza ese instante como una gran nube de dudas y dolor.

—El médico que atendía a mi mamá le dijo a Tato que las cosas se habían complicado, y que tenía que decidir si salvar a mi mamá o a la niña —recuerda María, sabiendo que José había elegido a su esposa, pues luego de una guerra mundial y cuatro partos, nada le arrebataría a su señora—. Pero llegó un doctor y logró salvarlas a las dos.

El milagroso bebé recibió el nombre de Érika, y llenó de nuevo de alegría y juventud el hogar de los Pawlyschyn. Finalmente, el número de integrantes de la familia sería siete, aunque indirectamente se sumaron dos más: la pequeña Nadia se había casado con un venezolano, Freddy, y dio a luz a su primer hijo, Rubén, pocos días después del nacimiento de su cuarta hermana. José recuerda que “Érika y Rubén jugaban siempre, él se iba para Altavista de vacaciones o los fines de semana y estaban juntos”, palabras que salen de una sonrisa que recuerda las travesuras de esos dos pequeños.

Años más tarde nació el segundo nieto de José, Harold, quien junto a Érika y Rubén sumarían caídas, golpes y travesuras a la gran cantidad de anécdotas familiares. Pero no fueron muchos más los años en los que Altavista fue testigo de las risas, las peleas y los juegos de la tercera generación.

* * *

En 1979, luego de veintinueve años en la compañía aérea, José decidió tomar su jubilación. Con el dinero que recibió por todos los años al servicio de Aeropostal, adquirió una modesta casa en El Junquito, un sector ubicado en una de las zonas montañosas de Caracas, y relativamente cercano a Altavista.

José y Nadia hicieron sus maletas y dejaron atrás casi treinta años y miles de historias, que se quedaron adheridas a las paredes de madera, al techo de cinc, al baño con letrina y a la lata de leche con perforaciones que hacía las veces de regadera. El día en el que llegaron a su nuevo hogar, sintieron la seguridad que da el concreto y el placer de una ducha con agua caliente.

Pero ninguno de sus hijos siente rechazo hacia el estilo de vida que les dio su padre durante esos años, al contrario, recuerdan con nostalgia y cariño las proezas que hacía su padre para lograr el bienestar de su familia.

—Me acuerdo de mi papá arriba del techo, echándole petróleo a los huecos para que no se hicieran goteras —cuenta tímidamente Bogdan, quien de los cinco hermanos es el más retraído al momento de narrar la historia familiar.

Todo eso había quedado en la memoria de los Pawlyschyn, pues ahora la vida sería diferente. Ahora, Tarás, Bogdan y María eran los encargados de salir a la calle a trabajar, pues José permanecía en casa junto a su esposa, cuidando siempre que nunca persistiera una falla eléctrica, una puerta rechinante o una baldosa rota. José resolvía cualquier problema que se presentara en casa.

Años más tarde, sus hijos varones decidieron agregar una planta más a la casa. Bogdan, con experiencia en el área de la construcción, se dedicó a levantar

el segundo piso del edificio, pues José, como auténtico visionario europeo, sabía que la posibilidad de contar con dos plantas independientes sería una garantía de ingreso a futuro, si se dispusiera de alguna de las dos para rentar.

La construcción fue más allá de hacer columnas y pintar paredes: cientos de anécdotas vienen a la memoria de los Pawlyschyn cuando recuerdan aquella época.

—Nunca se me va a olvidar cuando Érika se estrelló contra una de las paredes, jugando a saltar de un columpio. Le bajamos el chichón con mantequilla, azúcar y un *fuerte*³² —dice María con tono de cansancio y enojo, pues al ser doce años mayor que Érika, fue quien sufrió la angustia tras sus golpes y caídas.

Una vez culminada la construcción, la familia trasladó sus pertenencias al nuevo piso, cuya distribución estaba comprendida entre una sala principal, un salón de estar, una cocina, dos baños, una habitación principal, y cuatro habitaciones. El inmigrante ucraniano cambió la madera, el cinc y las cortinas por una hermosa casa, espaciosa, cómoda y apta para que los cuatro hijos que aún vivían allí tuvieran privacidad.

La cotidianidad de José se convirtió en ir de El Junquito a Maiquetía para cobrar el dinero que percibía mensualmente por su jubilación, y quedarse en casa ayudando a Nadia con las labores del hogar. Eso para recibir, casi todos los fines de semana, a sus tres nietos, pues el 14 de marzo de 1977 la pequeña Nadia dio a luz a su tercer y última hija, Adriana, quien llegaría para volver a invadir con risas y juegos a la familia Pawlyschyn.

³² Así se le conocía a la moneda de cinco bolívaes.

Gracias a sus hijos y nietos, José tuvo que sumar a sus costumbres habituales muchos elementos propios de Venezuela. Escuchar a María asustando a sus sobrinos con los cuentos de la Sayona jugando a la Güija, ver a Adriana disfrazada de llanera para un acto escolar; seguramente, si aún permaneciera en Ucrania, su familia no sabría de alpargatas y aparecidos, y a pesar de que parezcan pequeñeces, detalles mínimos y hasta cotidianos para el resto de los venezolanos, para José eran la forma de toparse cara a cara con su condición de inmigrante.



La familia Pawlyschyn-Odowiek. De izquierda a derecha, Tarás, Érika, José, Nadia, Nadia —hija— María y Bogdán.

Pero no solo para José hubo cambios. Sus descendientes tuvieron que crecer festejando el 6 de enero con una cena de navidad, y deseándose feliz año nuevo a mediados de enero. Intercambio cultural, podría llamarse. Para José el término no significa nada, pues a sus 54 años había vivido más días en Venezuela que en cualquier otro lugar, incluso su amada Ucrania.

Cuatro años después de cambiar de residencia, el menor de sus hijos varones, Tarás, lleva al altar a una venezolana con quien ya tenía un año de

noviazgo. Tarás y Xiomara unieron sus vidas y un integrante más se sumaba a la familia. Cinco años más tarde llegaría el próximo miembro Pawlyschyn, y no precisamente un nieto para José y Nadia, sino un yerno. El 5 de noviembre de 1988, María aceptó como su esposo a José, un joven venezolano, trabajador y tímido.

Poco a poco, este ucraniano formaba en Venezuela una gran familia, llena de felicidad y cada día más grande. José y Nadia tuvieron que esperar trece años para volver a sentir el placer de ver a uno de sus hijos convertirse en padre. Esta vez María sería la encargada de traer al mundo a una pequeña, Marisé, aquella mañana del 16 de febrero de 1990.

A pesar de que solo un hijo quedaba en casa, Bogdan, María vivía con su esposo y su hija en una casa cerca del hogar de sus padres, así que José pudo disfrutar una vez más de lo que es tener en casa a una pequeña que llenó el lugar de alegría y juventud.

El nacimiento de Marisé no solo representó la llegada de un nuevo integrante a la familia. Con ella, José y Nadia mostraron cuán mimetizados estaban con la crianza y el crecimiento de un niño en Venezuela. Asumieron como cotidianas o comunes muchas costumbres que no son propias de su país de origen. Cada Carnaval, María llevaba a su hija disfrazada a casa de sus padres para que la niña hiciera alarde de su vestido ante sus abuelos y jugara con “bombitas de agua” en la azotea de la casa. José y Nadia esperaban cada año, a mediados de diciembre, abril y julio el boletín con las calificaciones de su nieta. Esta niña, su cuarta nieta, fue la perfecta excusa para lograr ver cómo estos ucranianos se adaptaron a las costumbres del país al cual llegaron.

Pero entre la felicidad y la dicha de un nuevo niño en la familia, José revivió la escena de aviones militares sobrevolando la ciudad. El caos reinaba de nuevo en Caracas. Un soldado hasta entonces desconocido, Hugo Chávez, se declaraba culpable de ser el líder del intento de golpe de Estado al presidente Carlos Andrés Pérez. José, años más tarde, recuerda este episodio como el inicio de todos los males que atacan a Venezuela.

* * *

Pero un acontecimiento aún más admirable estaba por ocurrir, una proeza de la que no muchos pueden alardear. Luego del elegante matrimonio de Rubén y su novia, Yuraima, el 13 de marzo de 1995 trajeron al mundo a Freddy, el hijo mayor de Rubén y primer bisnieto de José.

Sería imposible describir con palabras la imagen capturada por una cámara fotográfica, en la que José, sentado en una silla, sostiene al bebé entre sus brazos, demostrando temor y tensión, pues sus manos están bajo las piernas y la cabeza del bebé, como si alguien hubiese puesto al pequeño allí solo para inmortalizar el momento, mientras el orgulloso bisabuelo contempla el rostro de cachetes redonditos y rosados del recién nacido.

Una generación más de Pawlyschyn había nacido. La historia se repitió cinco veces más, y así nacieron Milagros, hija menor de Rubén y Yuraima; Bellatrix y Andreína, hijas de Harold y su esposa, Adolfina; y Elizabeth y Fernando, hijos de Adriana y su esposo, Efraím.

Entre bisnietos, Érika, la hija menor de José, se convirtió en madre de una niña, Sabrina, tras su matrimonio con Marcos. Así, 58 años después de su llegada a Venezuela, contaba con una familia compuesta por cinco hijos, tres yernos, una nuera, cinco nietos y seis bisnietos. Definitivamente, nadie puede poner en discusión que José es un venezolano más.

* * *

El 2 de febrero de 1999 se juramentó a Hugo Chávez como presidente de la República de Venezuela. A pesar de que algunos de sus familiares votaron por este candidato, José siempre estuvo convencido de que vería frente a él la repetición de una película. La película de su vida.

Por sus ideales de igualdad, socialismo y rechazo al capitalismo, José consideraba a Chávez como un potencial Stalin, un fiel seguidor de Fidel Castro y un orador tan capaz como Hitler.

—Esa idea de comuna, yo viví en comuna, eso quieren hacer acá. Sacar a los niños pequeños de sus familias, y el Estado es dueño de ellos— asegura José, basando sus predicciones en experiencias propias.

Durante casi cinco años, José, algunos de sus hijos, yernos y nietos, peleaban en cada reunión familiar por la capacidad de mando del nuevo presidente. Por un lado, José convertía más de setenta años de vivencias en argumentos irrefutables. Por otro, sus familiares defendían los ideales de igualdad y *mano dura* que proponía el militar al mando.

José no apoya al gobierno de este soldado que intentó dar un golpe de Estado siete años antes de convertirse en el primer mandatario nacional. José tiene la ventaja de tener sesenta años en Venezuela y haber sido testigo de muchas de las formas de gobierno que presidieron al país, lo cual le permite hacer críticas fundamentadas en la visión del invaluable cristal de la experiencia.

José ganó la batalla. Solo un yerno y un nieto siguen al régimen, quizás por ideología o porque trabajen para él. Lo cierto es que el ucraniano logró transmitir su visión al resto de su familia y sembró en cada uno de quienes llevan la sangre Pawlyschyn un sentimiento de impotencia y rabia, al ver cómo Venezuela se “transforma” en la pesadilla que tantas veces narró José.

* * *

Pero entre conflictos políticos y sociales, José vivió lo que él mismo califica como uno de los momentos más dolorosos de su vida. El teléfono de María sonó. Era sábado, el reloj marcaba las 6:30 am. José tomó la bocina, y la casa fue invadida por el silencio. La quietud fue cortada por el llanto de María, mientras le daba la desagradable noticia a su hija, quien también rompió a llorar. Ese 5 de enero de 2008 fue un día de lágrimas y tristeza. María, Marisé y Érika fueron a la casa de José. Los cuatro se miraron al estar frente a frente, y solo se escuchó la voz de José preguntando “¿murió?”.

Nadia partió sin decir adiós, al menos no a sus hijos o nietos.

—Cuando se la llevó la ambulancia, me despedí, le di un beso y le dije que esperaba. Yo sabía que esta vez no iba a volver. Me dijo chao, y se fue —recuerda

José, quien en aquel instante no pudo contener las lágrimas cuando sus hijas y su nieta hicieron un gesto afirmativo con la cabeza.

—Fueron sesenta años, ¿sabes? Pasamos sesenta años juntos —fueron las primeras palabras de José al enterarse de la muerte de Nadia. A sus 84 años, Nadia sufrió su segundo infarto intestinal y fue internada en la unidad de cuidados intensivos la noche anterior a su muerte. Desde hace casi veinte años había sido diagnosticada de diabetes, enfermedad que provocó en ella un deterioro paulatino pero muy doloroso.

La urna se abre por última vez. Hay lágrimas, abrazos, consuelo y dolor. Sus hijos, nietos y bisnietos se despiden de Nadia. Un clavel rojo cae en el cristal que muestra su cara. José le regala una flor. José la mira por última vez.

La muerte de Nadia representó la primera pérdida luego de conocer sobre el fallecimiento de su madre. Un hecho tan trascendental, lógicamente cambió su vida. Se había ido el toque femenino del hogar, pues solo quedaron él y su hijo soltero Bogdan. Si su salida al koljós marcó un antes y un después en la historia de José, la muerte de Nadia implicó el comienzo de una nueva etapa en su vida.

—Mama se me apareció. Acá anoté la fecha, 20 de junio de 2008. Estaba ahí, de su lado de cama, mirándome. Y luego desapareció. Me viene a buscar —asegura José, diciendo que Nadia lo ha visitado algunas veces porque viene a buscarlo.

José y Nadia construyeron una familia numerosa, llena de amor. Cada uno de sus integrantes siente arraigo hacia la cultura y tradiciones ucranianas. La mesa navideña es una de las mejores muestras: hay hallacas, pan de jamón y ensalada de gallina, pero también crema agria y algún embutido comprado en una

charcutería alemana. El árbol navideño está decorado con muchas luces de colores y adornos. Sobre el televisor, reposa una figura de un viejo de barbas largas y blancas, con un traje verde de terciopelo.

—Ése es el *Mykola*³³ ruso —dice José, señalando al personaje de porcelana.

Ese San Nicolás es más que una figura; simboliza la necesidad de José de mantener vivos los recuerdos de un lugar que extraña y al que nunca más pudo volver. Y es que así como ese viejo de barbas tiene un significado especial pero cotidiano para José, también existen elementos que representan lo propio de Venezuela, el país que le sirvió de hogar desde hace más de sesenta años.

Son más o menos las 5:30 pm. José está sentado en el sofá de la sala conversando con algunos familiares. Entra María, buscando algo en los muebles, las gavetas, los estantes.

—La *Guaca* tiene hambre, Tato. ¿Dónde está la comida? —le dice María a su padre. Él se levanta, se dirige hacia uno de los estantes de la casa, y saca una bolsita con semillas de girasol. Va al patiecito de la casa, y con sus manos temblorosas deja caer unas cuantas semillas en un recipiente.

—Ella no sabe que esto está caro, siempre pide más, más —contesta José mezclando las palabras con su característica risa.

Una guacamaya de plumas rojas, algo tan característico de Venezuela, es una de las mascotas de José. En Ucrania nunca tuvo la oportunidad de ni siquiera ver uno de estos hermosos animales, pero desde hace trece años Guaca se convirtió en una compañera para José, pero sobre todo para Bogdan, quien le

³³ Significa Nicolás en ucraniano

enseñó desde enviar besos sonoros, hasta llamar a Marisé, a Érika y a Mama y “entender” el idioma ucraniano.

Este animal no es solo una guacamaya parlanchina. Es un símbolo, es la muestra de que, aunque los documentos de José lo clasifiquen como ucraniano, vive día a día como un venezolano. José conoce cada rincón de Caracas, de Maiquetía. José se conoce todos los períodos presidenciales de Venezuela, incluso los que existieron antes de su llegada al Caribe. Este europeo sabe de América como si esas tierras lo hubiesen visto nacer.

Pero, así como Venezuela y sus tradiciones influyeron en la vida de José, ser descendiente de inmigrantes también cambia la cotidianidad. María se preocupó por enseñarle a entender el idioma ucraniano a su hija, a su esposo... y a su perrita.

—No creo que me entienda, pero me acostumbré a hablarle así —justifica María, quien al contrario de sentir incomodidad o vergüenza con esto, considera que es perfectamente normal que se dirija a su mascota en su segundo idioma.

José tiene dificultades para ver. Le diagnosticaron cataratas hace un par de años y no se había querido operar por temor a la intervención.

—Mira, esto es de Misión Milagro, en Pérez Carreño operaron miles de personas de la vista ya, yo quiero operar, no veo nada, me mareo —comenta José, señalando una página de periódico, pues este ucraniano es un fiel comprador del diario Últimas Noticias. Todas las mañanas, Bogdan le trae a su cama el ejemplar del día, y lo lee minuciosamente. Un día, en su lectura exhaustiva, encontró que en el hospital Pérez Carreño, en Caracas, se realizan operaciones de oftalmología, y se entusiasmó con la idea de recuperar la calidad de su visión.

Para José, todo lo que dice la prensa es cierto.

—Ahí lo dice La Noticia —dice cada vez que intenta darle credibilidad a algo que esté contando. Este inmigrante cree en Venezuela, en los programas de salud, en los medios de comunicación. Cree en todo menos en el gobierno de Hugo Chávez, ese que transmite ideas de socialismo que él ya vivió.

José no siente miedo por él, sino por sus hijos, nietos y bisnietos, quienes cosecharán en el futuro los frutos sanos o podridos de las semillas que se siembren en la actualidad.

A sus 88 años, José continúa escribiendo su historia, aquella que comenzó en los fértiles y extensos campos de Ucrania, continuó en Austria en medio de la Guerra, y sigue desarrollándose en el país que le abrió las puertas hace más de seis décadas.

Pero mientras José reparaba aviones de Aeropostal, una bailarina recorría Valencia con sus pies en punta y se encargaba de instalar en la capital carabobeña todos sus conocimientos sobre el arte de expresar la cultura, la historia y las tradiciones de un pueblo mediante la danza.

Historias similares y paralelas y con muchos elementos comunes, pero vividas en contextos y lugares diferentes.

*Hay que presentar la vida no tal como es,
sino tal como se la ve en los sueños*

Anton Chejov

(1860- 1904)

Julia Herbot

“Lo que más le gustaba, era el clima”

En Valencia será la cita. Una estación de servicio y un centro comercial son la referencia. La capital del estado Carabobo luce tranquila un domingo por la mañana. La búsqueda se centra en un edificio blanco con rejas marrones. Al encontrarlo, una llamada avisa la llegada de la visita. Luego de un par de minutos, aparece un joven alto y rubio. Abre la puerta, se dirige hacia el ascensor conduciendo a su invitada y suben. Detiene el aparato en el décimo piso, sale y abre la puerta de un apartamento.

—Pasa adelante —indica Wassil Bondarenko, un joven venezolano por cuyas venas corre sangre ucraniana. El lugar es hermoso, espacioso y decorado delicadamente. Al entrar está el comedor, luego la sala. Allí, dos sofás invitan a iniciar una amena conversación. En una repisa ubicada entre la ventana y uno de los sofás, se observan objetos que no son comunes en los hogares venezolanos. Son trofeos de festivales internacionales de danza folklórica. Y es que Wassil, con 28 años, es el director del Grupo Folklórico Barvinok, del cual su abuela, Julia, fue fundadora.

En la repisa destacan sobre todos los demás objetos, dos muñecos de porcelana de más o menos cincuenta centímetros cada uno. Son una pareja de bailarines, un hombre y una mujer. Él viste una camisa blanca de mangas abombadas, pantalones rojos también abombados que terminan dentro de un par de botas del mismo color que llegan casi hasta la rodilla. Un chaleco sobre la

camisa y un cinturón de tela amarrado a la cintura completan el vestuario. Ella luce una camisa blanca bordada con punto de cruz y una falda verde que cubre sus piernas hasta debajo de las rodillas. Botas rojas, collares vistosos de cristales de colores, cintas que rodean el cuello y caen sobre el pecho como cascadas, y una corona de flores que ilumina el rostro de la figura, son elementos que destacan y hacen único el atuendo.

Estas figuras —que Wassil ordenó fabricar— representan a una pareja de bailarines de danza folklórica típica ucraniana y simbolizan el elemento que ha marcado a cinco generaciones de una familia: la danza. No cualquier danza, sino aquella que le sirve de estandarte a la cultura de un país.

Huevos de pascua, pintados a mano, decoran un sector de la repisa. Este detalle, así como los trofeos y otros adornos de la casa, traen consigo una historia, historia familiar, historia de viajes y recuerdos. Historia de inmigración. La historia de Julia Herbot de Bondarenko, una ucraniana que, aun cuando ya no se encuentra físicamente presente, dejó un legado de bailes y costumbres en los corazones de muchos.

* * *

La historia comienza en Kiev. Una ciudad de clima gélido y dividida por un río, el Dniéper. Pero sus divisiones no son solo geográficas. Kiev posee una gran diversidad en cuanto a la nacionalidad de sus habitantes se refiere. Rusos, polacos, bielorrusos son algunos de los gentilicios de las personas que transitan diariamente por esta región europea.

Gracias a la mezcla de razas que ha caracterizado a esta ciudad durante décadas, a principios del siglo XX un alemán de apellido Herbot fijó sus ojos en una bella ucraniana, Katerina. El amor surgió y logró que unieran sus vidas. Fruto de esa relación nacieron cuatro bebés, mitad alemanes, mitad ucranianos. Es importante resaltar que no es casualidad o error que el nombre del señor Herbot y el apellido de Katerina sean dos interrogantes en la familia. El paso del tiempo logró que parte de la identidad de estos dos personajes se desvaneciera.

Uno de esos niños era Julia Herbot, la última en llegar, quien nació en Kiev el 12 de julio de 1920. Julia creció en la capital ucraniana donde aprendió el oficio de bordar, muy común entre las mujeres, jóvenes y niñas de toda Ucrania. En aquella nación europea, bordar ha sido siempre una tradición que prevalece de generación en generación.

Pero además de bordar, Julia desarrolló una gran pasión por el baile, específicamente la danza folklórica. Así, en 1937 se sumó a la lista de bailarinas de la Compañía Nacional de Danza Ucraniana Virsky, fundada ese mismo año por Pablo Virsky y Mykola Bolotov. En ese instante, Julia comenzó a dar, literalmente, los primeros pasos del gran espectáculo que sería su vida.

La Compañía Nacional de Danza Ucraniana Pablo Virsky tiene como objetivo principal, según su propia definición, “la recopilación, la investigación y preservación de las tradiciones nacionales y los rituales folklóricos de Ucrania, la creación de las danzas populares”. Esta compañía, galardonada con varios reconocimientos, forma bailarines capaces de transmitir la cultura y las tradiciones ucranianas a través de la danza. Dicha academia intenta sembrar en cada uno de sus integrantes la semilla del interés y de la pasión por el folklor de su patria.

Mientras tanto en otra ciudad ucraniana, Sebastopol, localizada a 690 kilómetros al sur de Kiev, un muchacho trabajaba en unas minas de carbón. Su

nombre, Piter Bondarenko. Seguramente mientras trabajaba en aquellas minas jamás imaginó que sería el hombre destinado a acompañar a Julia Herbot hasta el último día de su vida.

—Cuando él hablaba y nos echaba los cuentos, nos decía que trabajaba en las minas de carbón llamada Donbass, en Sebastopol³⁴ —cuenta Demetrio, uno de los hijos de Julia y Piter.

Aunque no fue precisamente Piter quien logró conquistar por primera vez a esta bailarina, el amor tocó temprano a las puertas del corazón de Julia. ¿Qué tan temprano? Su familia no lo recuerda con exactitud. Lo que sí recuerdan es que se casó con un ucraniano antes de cumplir veinte años. Sin embargo, la relación duró poco tiempo. Pero toda esta experiencia bastó para que Julia saliera de su casa, se independizara, y se mudara a una casa de familia, donde recibió todo el apoyo necesario para comenzar a vivir y mantenerse por sí misma.

Comenzó la Segunda Guerra Mundial y la invasión a Ucrania no se hizo esperar. Tropas alemanas entraban a territorio ucraniano y reclutaban civiles para que prestaran sus servicios para el ejército de Hitler. Y así, por destino, casualidad o azar Julia fue trasladada a Alemania.

—Se la habrán llevado como a los veintiuno o veintidós años más o menos —dice Wassil, expresando con su rostro una sensación de incertidumbre y quizás impotencia por no hacerle estas mismas preguntas a su abuela cuando aún permanecía con vida.

Allí, en medio del conflicto bélico, bordar se convirtió en su día a día, pues precisamente fue esa la labor que desempeñó mientras estaba bajo el mando de las

³⁴ Realmente las minas Donbass se encuentran en la región de Donetsk, a 600 kilómetros de Kiev.

fuerzas militares alemanas. En aquel entonces, en Alemania existían familias con un alto poder económico y eran ellos los clientes de Julia, pues ella además de trabajar para los alemanes, se encargó de obtener ingresos a través de encargos y trabajos especiales. Quizás Julia jamás imaginó que el hecho de aprender a bordar en punto de cruz y formar parte del grupo de danza más importante de Ucrania marcaría su vida de una manera poco probable de intuir.

Pero entre aviones, militares y detonaciones, Julia conoció a Piter Bondarenko, quien nació el 5 de mayo de 1920 y sería el segundo y último gran hombre de su vida.

—Mis abuelos no se conocieron en Ucrania, sino en Alemania, durante la Guerra. Ahí se casaron —cuenta Wassil, quien asegura ser quien mejor conoce la historia familiar y la bitácora de la travesía de sus abuelos—. Ella era costurera y él cocinero, y ambos trabajaban para los alemanes en los campos de concentración de Alemania.

Piter, un minero a quien la circunstancia convirtió en cocinero. Así era el ambiente en aquel entonces, las personas debían cumplir con la labor que les asignaban los jefes de tropas alemanas, así no tuviesen ni experiencia ni conocimiento del área. Pero este no sería el único cambio en la vida de Piter. Un escenario sombrío lleno de bombas, muerte y desgracia, fue el lugar donde él y Julia cruzaron sus miradas por primera vez.

—Mi abuela trabajo en Alemania y en Austria durante la Segunda Guerra Mundial —explica Wassil—. En Alemania no tuvo muchos problemas porque, como te había comentado, ella es mitad alemana, por el Herbot, y allá más que

todo se dedicó a las labores del arte del bordado, trabajó en casas de familia que tenían una buena posición social y económica durante la guerra.

Luego del matrimonio, y finalizada la guerra, la pareja se trasladó a Austria, todo con la intención de huir del desastre en el que se había convertido Alemania, y buscar así un lugar mejor para vivir, para escapar.

De esta manera llegaron a Austria —sus familiares no recuerdan a qué ciudad en específico— y allí llegaron los dos primeros hijos. El primogénito, Jacobo Bondarenko. Años más tarde, Julia y Piter se convirtieron de nuevo en padres gracias al nacimiento de Nicolás Bondarenko. Estos dos fueron los primeros y únicos hijos de la pareja que nacieron en tierras europeas.

Cuando el pequeño Nicolás contaba con pocos meses de edad, sus padres decidieron embarcar rumbo a América. Ese continente parecía ser el lugar perfecto para que quienes huían del terror que ocasionó la guerra, pudieran encontrar la paz y la tranquilidad que tanta falta les hacía. Julia dejó atrás a su adorada Kiev, a su grupo de danzas y a su familia. Seguramente nunca imaginó que años más tarde lograría recuperar al menos una de esas cosas: el baile.

* * *

Julia y Piter iniciaron su viaje a Venezuela a mediados de 1948. Pero, ¿por qué eligieron ese país como destino?

—Es una incógnita —dice Wassil— pero lo que más le gustaba a mi abuela era el clima, el clima tropical—. Así que probablemente estos dos

ucranianos decidieron radicarse en ese lugar del Caribe partiendo de su gusto por un clima más cálido que el de su tierra natal.

Sus maletas estaban casi vacías. Solo les alcanzó para llevar consigo las cosas que ellos consideraron más importantes, no sólo por el valor monetario, sino más bien por el sentimental.

—Lo que se trajeron de allá fue un ícono, que son los cuadros de vírgenes, y tres abrigos nada más, más nada; no se trajeron nada porque no podían —cuenta Wassil.

Las condiciones para viajar no eran las más cómodas en cuanto a cantidad de equipaje, así que tuvieron que seleccionar, sin mucho tiempo, los objetos con los que comenzarían una nueva vida.

Las cristalinas aguas de Puerto Cabello, en el estado Carabobo, fueron testigo de la llegada de estos ucranianos a tierras venezolanas, en 1948, como muestra de la *política de puertas abiertas* que inició el presidente Isaías Medina Angarita y continuaron Rómulo Gallegos y Marcos Pérez Jiménez.

Luego de encontrarse con la patria que les dio cobijo desde ese instante, fueron trasladados a El Trompillo, también en el estado Carabobo, donde el gobierno venezolano preparó una especie de refugio para los primeros inmigrantes europeos que llegaron al país en 1947 luego de la Segunda Guerra Mundial, y continuó albergando extranjeros durante algunos años más.

Según Oswaldo Feo Caballero, en su libro dedicado al Centro de Recepción de Inmigrantes “El Trompillo”, en este lugar se dispusieron unas barracas de cinc con un diseño poco convencional “que los lugareños veían por primera vez”. Su capacidad era de 2.500 personas, quienes contaban con todos los servicios y áreas de esparcimiento necesarias para una estadía lo menos desagradable posible. Muchos de los ucranianos que viven en Caracas, inicialmente llegaron a este centro, pues fue el primero dispuesto para la llegada de los inmigrantes. Más adelante, a finales de los '40, se dispuso un centro de recepción en Caracas, específicamente en Sarriá.

En El Trompillo, Julia, Piter y sus dos hijos residían en lo que se conocía como las barracas, una especie de galpones con techos de cinc en el que podían permanecer más de dos mil personas de forma temporal, pues al llegar los siguientes contingentes las barracas eran ocupadas por los nuevos inmigrantes.

En aquella barraca no permanecieron por mucho tiempo, pues se trasladaron a la localidad de Santa Rosa, en el estado Carabobo. En ese lugar se constituyó una de las primeras y más grandes comunidades de ucranianos en Venezuela.

—Eran tres calles de puros ucranianos —explica Wassil—. Había también polacos, húngaros. Si pasas por ahí, todas las casas son iguales. Ya están modificadas, claro, pero todas se parecen, tenían la misma estructura.

Tres calles de ucranianos. Tres calles por las que transitan venezolanos, quizás sin saber que hace más de sesenta años allí se construía una parte de la historia del país. Fabricando casas idénticas y ubicándose todos en la misma zona, estos ucranianos dejaron claramente marcada su huella. Julia y Piter fueron protagonistas de aquel fenómeno.

Y es que mientras ella se encargaba de hacer bordados por encargo, él se convirtió, de la noche a la mañana, en albañil. A pesar de desconocer totalmente el

oficio, la necesidad de alimentar a su familia lo obligó a aceptar el primer trabajo que le fue ofrecido. De minero a cocinero, y de cocinero a albañil. Piter no le tenía miedo a los desafíos ni a lo desconocido, y siempre tuvo como norte lograr ofrecerles a su esposa y a sus hijos una vida mejor.

Entonces él trabajó para un ucraniano que, teniendo mayores posibilidades económicas, creó una pequeña empresa de construcción encargada de fabricar las casas de toda la comunidad ucraniana de Santa Rosa, razón por la cual todas aquellas edificaciones tenían —o incluso algunas aún tienen— la misma arquitectura.

Ya con una vivienda y trabajo nació su tercer hijo, el primero en tierras venezolanas. Su nombre, Demetrio Bondarenko, quien nació el 13 de septiembre de 1950. Demetrio no solo fue un Bondarenko más, sino el primero en la familia que llegaba al mundo fuera de Europa. Este bebé fue lo que encalló a estos dos ucranianos en territorio caribeño.

Para mantener a su esposa y sus tres hijos, Piter necesitaba un empleo más estable, pues el asunto de la construcción no representaba la idea de un trabajo donde se pudiera mantener a largo plazo. Pero para ingresar a laborar en una empresa venezolana existían dos requisitos indispensables. Primero, legalizar sus documentos, nacionalizarse, y segundo, aprender el idioma.

Lo primero no representaba un mayor problema. Piter obtuvo su documento de identidad a los pocos años de estar en Venezuela. A diferencia de Julia que nunca quiso nacionalizarse, pues nunca quiso dejar de ser ucraniana³⁵. Pero en lo que al idioma respecta, las cosas no fueron tan sencillas. Ninguno de

³⁵ Tanto la constitución que regía aquel momento a la Unión Soviética, y como la que actualmente existe en Ucrania, no permiten la doble nacionalidad.

los dos conocía el español, y dado que para ese entonces ya tenían entre veinticinco y treinta años, el ucraniano ya estaba adherido a sus lenguas. Aprender español implicaba educar sus gargantas, afinar sus oídos y armarse de paciencia para poder absorber como esponjas todas aquellas palabras que salían de la boca de sus nuevos coterráneos.

Pero ambos lograron salir adelante, sin que esto fuese un obstáculo mayor. Piter aprendió español en la calle mientras estuvo trabajando en la construcción para la empresa de aquel ucraniano. Julia también lo aprendió escuchando hablar a los demás, aunque al comienzo las cosas no fueron tan sencillas.

—Mi mamá al principio hablaba por señas —cuenta Demetrio—. Ella nos decía: “yo hablaba en señas, parecía una muda; hablaba para ver si me podían entender, pero no sabían lo que yo decía. Hasta que poco a poco fui escuchando que decían y fui aprendiendo”.

Una vez familiarizado con el español, Piter es contratado por una empresa constructora venezolana, donde se desempeñó como albañil durante el resto de su vida.

—La compañía donde trabajó mi abuelo construyó varios edificios de Valencia —cuenta Wassil—. Uno está enfrente de la Plaza Bolívar, y aún se mantiene en pie.

Es probable que muy pocos valencianos sepan la historia que hay detrás de la construcción de esa edificación. Las mismas manos que sirvieron en Europa durante la segunda Guerra Mundial, fueron las que fabricaron en suelo carabobeño muchas de las estructuras que aún se observan en las calles de Valencia.

Por su parte, Julia seguía bordando y, por supuesto, haciendo crecer a la familia, pues cuatro pequeños venezolanos de nacimiento pero ucranianos de sangre y corazón, llegaron al mundo para cubrir de alegría a la pareja.

Bladimir, Iván, Basily y Bárbara, la única mujer Bondarenko-Herbot, quien nació en 1968 y fue la última hija de Julia y Piter. Ya conformada la familia y una vez establecidos, los Bondarenko iniciarían una nueva etapa llena de música, danza y folklore.

Bárbara, la más pequeña de los Bondarenko-Herbot, fue la única que asistió a la escolita rusa que funcionaba en Santa Rosa. Así como aquella que los ucranianos fundaron en Altavista, en Caracas, en Carabobo también hubo una, donde se enseñaba el idioma ruso y ucraniano, pues jóvenes y niños de ambas nacionalidades asistían a la institución.

Además, y como en toda comunidad donde se manifieste una clara preferencia religiosa, en Santa Rosa había una iglesia ortodoxa fundada por rusos, como la escolita. Allí asistían Julia y Piter los domingos cada quince días y para celebrar las festividades religiosas ucranianas, como la pascua. Esa iglesia, o al menos la edificación donde funcionaba, años más tarde sería el motivo de disputas y conflictos.

* * *

Transcurrieron los años, y la familia se mudó de Santa Rosa a Valencia, capital del estado Carabobo. Para 1975, varios hijos de Julia ya se habían casado e incluso ya podía disfrutar de sus nietos. Pero aquel año, más allá de ser un referente para hablar de la situación familiar, fue la época durante la cual la vida

de la familia Bondarenko-Herbot comenzó a tener un sello personal, el de la danza.

Varios ucranianos radicados en Valencia, sintieron la necesidad de expresar las tradiciones, costumbres e historia de su país natal mediante la danza. Así, un grupo de ellos decide formar el Grupo Folklórico Barvinok³⁶, dirigido por la señora Julia Herbot de Bondarenko, quien al tener conocimientos de danza folklórica fue la persona indicada para fundar esta agrupación. Este modesto conjunto tenía como finalidad preservar entre los inmigrantes ucranianos en Venezuela las manifestaciones culturales típicas de Ucrania.



Julia con el grupo Barvinok. Ella, a la derecha, vestida de azul y ya con el cabello blanco

³⁶ “Barvinok” es una flor de color azulado, natural de las estepas ucranianas, que florece prácticamente durante todo el año, inclusive sobre la nieve, lo que demuestra que es sumamente resistente ya que no muere ni con las fuertes nevadas que asolan el país durante el invierno. Esta planta es muy popular y tiene mucho que ver con la idiosincrasia del pueblo ucranio que, como la flor Barvinok, es resistente a toda clase de adversidades manteniéndose firme en su identidad. Historia del grupo Barvinok. Recuperado en Febrero, 2011 de <http://barvinokvenezuela.es.tl>

Desde su fundación, el grupo estaba conformado por un número pequeño de integrantes, y sus presentaciones no contaban con una masiva asistencia. No fue sino hasta 1978 cuando las cosas cambiaron para Barvinok y, por supuesto, para Julia. Aquel año se realizó el primer Festival Internacional de Danzas Folklóricas de Venezuela.

—El Festival tiene su historia —dice Wassil, quien conoce el cuento con detalles—. Salió de aquí de Valencia por la iniciativa de tres viejitas, bueno, en ese momento tres muchachas. Tres portuguesas que formaban parte del antiguo Lar Lucitano, hoy Casa Portuguesa. Ellas hicieron algo así como un “vamos a ver que sale de esto”, y comenzaron a hacer un festival, con la intención de compartir culturas. Trataron de buscar algo para que toda la comunidad europea pueda difundir su cultura. Fueron buscando grupo por grupo, de casa en casa, a ver quién tenía uno.

Así, desde el deseo aventurero de tres mujeres, surge el popularmente conocido Festival Internacional donde anualmente grupos representantes de diversos países compiten con sus bailes y muestran su cultura al público asistente.

Julia y su grupo Barvinok fueron testigos de esto, pues participaron en el festival desde su primera edición.

—El grupo de nosotros entró por la señora Valentina Judith —narra Wassil—, ella tenía una boutique de ropa para damas, en el Camaruco, donde la señora Celeste de Aponte —una de las damas de origen portugués— le hace la invitación para ver si tenía un grupo que pudiera participar en el festival. Entonces ella dijo: “sí, sí, ya lo tengo”. Cuando el grupo y vieron todo lo que hacía, a pesar

de que la ropa era muy escasa, no tan vistosa y llamativa como hoy, el grupo ucraniano ganó el Festival.

Julia Herbot, directora del grupo, alza la primera estatuilla de primer lugar del Festival Internacional, siendo también el primer reconocimiento que recibió Barvinok. A pesar de ser el primer año de festival, participaron al menos quince grupos, entre ellos los representantes de Croacia, Grecia, Ucrania, Italia y varios de las diferentes regiones de Portugal, pues sus fundadoras al ser nativas de ese país incluyeron más grupos portugueses al evento.



Artículo dedicado a la primera noche ucraniana en Valencia. Diario El Carabobeño

Desde ese instante Julia, con la exigencia y la pasión por el baile que siempre la caracterizaron, se dedicó a lograr que Barvinok fuera conocida no solo

por la misma comunidad de europeos en Venezuela, sino por los propios venezolanos. Así, el 7 de julio de 1984 se realizó la primera —y única hasta la actualidad— noche dedicada a la comunidad ucraniana en Venezuela, conocida como “Una Noche Ucraniana en Valencia”. Julia Herbot de Bondarenko se encargó, junto con otros representantes de grupos folklóricos, de organizar aquel evento que contó con la participación de un invitado internacional, grupo Vaselia, proveniente de Canadá, y otro grupo canadiense, en ballet Onipro.

—Los del primer Barvinok —cuenta Wassil— hicieron una noche ucraniana en Valencia, donde presentaron todo el repertorio del grupo, vinieron grupos de Canadá, ellos participaron, cantaron, bailaron, y el grupo de acá. Donde estuvo toda la colectividad ucraniana y el público en general.

Julia pensaba en grande. Así como grandes eran las presentaciones que ofrecía el grupo, llenas de colores, saltos y sobre todo un poco de la historia y la cultura de Ucrania. Y gracias a sus altas expectativas y su impresionante nivel de exigencia, Julia logró que la labor de Barvinok fuese reconocida en varias oportunidades.

—Mira, el primer lugar del Festival lo hemos ganado tres veces, en 1980, en 1990 y en 1993 —cuenta el nieto de Julia, Wassil, quien al hablar de Barvinok y de la labor de su abuela no puede ocultar el brillo en su mirada, que refleja ciertas ganas de buscar su traje, vestirse como todo un ucraniano, y comenzar a bailar, pues definitivamente la pasión por las tradiciones ucranianas corre por sus venas.

Barvinok participó todos los años mientras Julia aún vivía. Pero no siempre fue la directora del grupo pues, tanto por el paso de los años como por la

necesidad de incluir nuevas ideas, Julia se vio en la necesidad de ceder su lugar. La primera en ocupar su lugar fue Maritza Sútalo, amiga de Julia, quien tenía amplios conocimientos de ballet clásico, lo cual ayudó a enriquecer la técnica coreográfica del grupo. Luego Shachenka Bondarenko, nieta de Julia. Y finalmente quien en la actualidad está a cargo del grupo, Wassil Bondarenko, quien asumió tal responsabilidad hace una década, cuando tan solo tenía dieciocho años.



Artículo dedicado al Segundo Festival Internacional de Danzas Folklóricas en Venezuela

Antes de ceder su lugar, la labor de Julia traspasó fronteras. Una publicación estadounidense llamada *The Ukranian Weekly*³⁷, reseñó el 26 de julio de 1986 el trabajo de Julia y su grupo, destacando la importancia para la

³⁷ Semanario publicado en Estados Unidos, totalmente dedicado a las noticias relacionadas con ucrania, su población, y los ucranianos en el exterior.

comunidad ucraniana en Venezuela, de contar con una representación folklórica digna de orgullo.

Así fueron —y aún son— reconocidos los inmigrantes, como personas que logran grandes cosas partiendo desde la disposición de pocos recursos. La capacidad de superación, las ideas innovadoras y la virtud de ser emprendedores son algunas de las características que los venezolanos les atribuyeron a los inmigrantes. Y Julia fue un claro ejemplo de ello, pues aquel ícono y tres abrigos se convirtieron en un grupo de danza folklórica, premios de festivales internacionales realizados en Venezuela y el reconocimiento de la comunidad ucraniana en el exterior. Aquella maleta venía cargada con más que un ícono y tres abrigos: su equipaje contenía las ganas de lograr salir adelante, de ser perseverantes y obtener el mayor y máspreciado de todos los regalos que Julia y su familia podían recibir: la tranquilidad de un ambiente sin guerra.

Sin embargo, el grupo folklórico no fue la única labor destacada que Julia logró llevar a cabo en Venezuela. El 10 de diciembre de 1985, un grupo conformado por José Cabello Calvo, Flavio Fridegotto, Angel Pusnam, Julia Bondarenko, José Martín Pereira, Silvana Pusnam, Don Alfonso Marín, Pedro Casalla Díaz y Manuel Pereira fundaron la Asociación Venezolana de Inmigrantes, que contaba con su sede principal en la ciudad de Valencia.

Esas mismas personas fueron las responsables de que cada primer domingo de octubre se celebre el Día del Inmigrante, en conmemoración a aquellos personajes que dejaron su tierra natal a causa de la Segunda Guerra Mundial y se instalaron en tierras caribeñas.

Según recuerdan los Bondarenko, hasta hace menos de una década aún se podía asistir al Campo de Carabobo a celebrar entre actos y ofrendas el Día del Inmigrante. Un día para reflexionar sobre la labor admirable que realizaron los extranjeros en el país, impulsando sectores de la economía, participando activamente en la política, en las ciencias y sembrando intelectuales y profesionales que Venezuela cosechó.

En el año 2002, Julia dejó de existir, pero su enseñanza, tal y como la flor barvinok, prevalece generación tras generación sin que se pierda la tradición familiar y cultural de los ucranianos en Venezuela.

* * *

Wassil desaparece en uno de los pasillos de su casa. A los pocos minutos sale cargando en sus brazos blusas, faldas, collares y cintas.

—Mira, estos son los trajes del grupo —le muestra a su invitada, mientras le explica detalladamente la función, la historia o el significado de cada elemento—. Esta fue la primera falda que se usó en el grupo, se la trajo la señora Maritza Sútalo a mi abuela, porque ella pudo viajar a Ucrania y buscarlas. También trajo blusas, delantales, de todo, todo típico de allá.

Así comenzó todo. Una mujer, con posibilidades económicas para viajar a Kiev, le trajo a Julia la primera vestimenta del grupo. Ese conjunto fue el modelo que sirvió de ejemplo para que más adelante todos los integrantes de Barvinok copiaran el estilo.

—Este chaleco es nuevo, el original se deshizo con el tiempo —continúa Wassil—. Luego están las cintas, que representan el estatus social; si tenías veintiún cintas, tenías poder económico, pero si tenías menos, eras de bajos recursos. Igual los collares, representaban poder. La corona de flores en la cabeza, según investigué, las usaban las muchachas ucranianas para coquetearles a sus novios.

A pesar de la ausencia física de Julia, las tradiciones ucranianas tanto familiares como del grupo folklórico, aún permanecen intactas. Bárbara, Oxalia, Shachenka, Jairina, Javier, Nikolay, Basily, Basil, Slawko, Dubraska. Todos estos descendientes de Julia no solo tienen en común el apellido Bondarenko, sino que han participado como bailarines de Barvinok, dejando claro que, treintaicinco años más tarde, la familia Bondarenko sigue manteniendo y llevando adelante el proyecto de Julia Herbot.

Pero no solo fue el baile lo que mantuvieron los Bondarenko. Tradiciones relacionadas a fiestas religiosas siempre se conservaron en la familia y pasaron de padres a hijos, hasta ver como una cuarta —y hasta quinta— generación, pinta huevos en pascua y come *kutia*³⁸.

—Cuando mi abuela estaba viva y hacía todo esto, ponía en el centro de la mesa un arbolito pequeño —cuenta Wassil, con expresiones casi infantiles, pues su memoria se remontó a los más lindos recuerdos de su niñez—. Dentro de él, había puros platitos pequeños donde mi abuela colocaba puros dulces, y después alrededor venían los platos grandes.

³⁸ Tradicional plato ucraniano servido en navidad, compuesto básicamente por una mezcla de trigo y miel.

Lo que Wassil cuenta ocurría cada 6 de enero, fecha en la cual se celebra la navidad según el calendario ortodoxo.

—Siempre había un plato principal, trigo con miel, en el arbolito, el famoso kutia. Varenike, de papa, de requesón, ricota, *capusta*³⁹, borscht o sopa roja, pescado salado horneado. *Jolodetz*, que es como una sopa congelada: la pata de res, gelatinoso, haces la sopa con vinagre, y lo pones en el congelador. Berenjenas encurtidas, antipasto, pepinos. Pastel de manzana. Es lo que yo más recuerdo. Una bandeja grande, de pastel de manzana, y lo hacía ella, mi abuela. La mermelada de manzana, el pan. Lo cortaban en pedacitos, éramos veintidós nietos, ponía veintidós platos y cada uno con kutia y pastel de manzana.

Todas estas costumbres aún las mantiene la familia Bondarenko, pues varios de sus nietos aprendieron las recetas, los rezos y las costumbres típicas de esta celebración.

Pero, ¿por qué sus nietos y no sus hijos fueron quienes aprendieron y continúan practicando las tradiciones ucranianas? En la década de los ‘90, Julia comenzó a presentar problemas respiratorios, específicamente un enfisema pulmonar, por lo que se le aconsejó trasladarse de Valencia a un lugar más tranquilo, con un menor nivel de contaminación. Ese lugar fue una hacienda en Tocuyito, en el estado Carabobo.

Por otra parte, Piter se quedó en la casa donde ambos vivían, en Valencia. Pero fueron sus nietos quienes se encargaron de acompañarlos en su vejez. Al ser veintidós nietos, a pesar de que no todos vivieron con sus abuelos, un grupo se fue a vivir a Tocuyito, y otro grupo de nietos se quedó en Valencia, con Piter. Así,

³⁹ Significa “repollo” en ucraniano, y así se le conoce mayormente al repollo agrio.

ambos abuelos, cada uno en su lugar, fueron relatándoles a sus nietos las historias familiares, el origen de sus antepasados y, sobre todo, les explicaron cómo seguir las tradiciones ucranianas. Y lo lograron.

—Me acuerdo cuando íbamos a visitarla a su casa —dice Wassil, quien fue uno de los nietos que se quedó en Valencia con su abuelo— y mientras ella hacía los panes y pintaba los huevos nos decía: “aprendan, aprendan”.

Y aprendieron. Wassil y sus primos conocen perfectamente la técnica de pintar huevos, no solo para la época de pascua sino para decorar los rincones de sus hogares.

—La técnica es muy sencilla —explica Shachenka, otra de las nietas de Julia—. Agarras el huevo, lo abres por abajo con un clavito, le sacas todo lo de adentro, lo lavas antes bien y lo dejas secar. Después de que se secó bien, buscas los diseños, o el que tengas en la mente, y comienzas a hacerle la base de pintura al frío, y luego de que esté seca le haces la figura con el lápiz. Antes lo hacíamos con vinagre y papel de seda, con dos colores nada más, porque no teníamos pintura.

Las costumbres permanecen intactas. Ni siquiera el idioma ha sido un impedimento para que los Bondarenko sigan realizando sus tradicionales comidas.

—Lo único que aprendí en ucraniano fue a rezar el Padre Nuestro —dice Wassil—, que se reza el 6 de enero antes de comer. Pero no aprendí más nada, y me hubiese gustado.

Quizás Wassil no conserve el idioma, pero su tía Bárbara sí, al igual que su prima Shachenka. Cada miembro de la familia se encargó de conservar alguna de

las tradiciones que Julia y Piter trajeron a Venezuela, en aquella pequeña maleta cargada más de sueños y esperanzas que de pertenencias.

* * *

En Valencia, Ucrania sigue presente. Wassil Bondarenko, director de Barvinok y orgulloso representante de la comunidad ucraniana en Venezuela, se atribuyó la tarea de mantener lo que su abuela le enseñó.

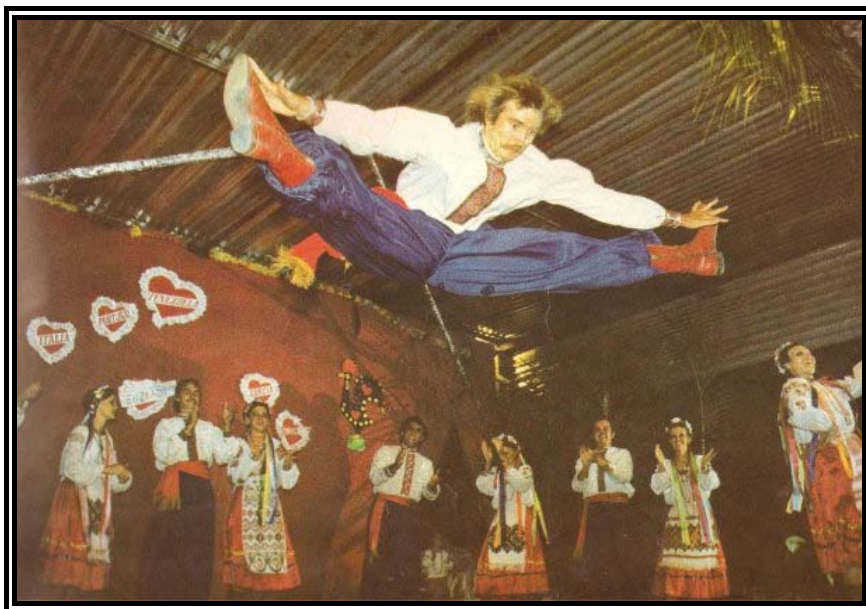
Él mismo se encarga de hornear la Pasca, de rezar en la cena, y de confeccionar sus propios trajes y algunos del grupo. Él, como tercera generación Bondarenko, muestra con la frente en alto los títulos que Barvinok ha obtenido desde su fundación.

—Ahí están todos los trofeos —señalando una repisa de su casa—. Tenemos años sin ganar, pero siempre quedamos segundos o terceros, siempre entre los tres primeros lugares. De hecho, el festival pasado —el de 2010— ganamos el premio a la mejor estampa típica, como por decir la puesta en escena. Y por allá está un farol, ¿lo ves?, ése lo ganamos en el 2002.

Ese fue el último festival al que Julia tuvo la oportunidad de asistir. En 2003, el escenario, las faldas, las cintas y las coronas de flores dejaron de vestir a esta mujer, que se encargó de llevar a cabo una labor admirable, de reconstruir en otro país, en otro continente, las expresiones típicas y culturales más hermosas de su tierra, logrando además que permanezcan a pesar del transcurso de los años.

Y es que ver bailar a Barvinok es toda una experiencia capaz de trasladar al espectador hacia los más emblemáticos lugares, momentos e historias de

Ucrania. El baile presentado en el Festival Internacional 2010, remonta a los espectadores a la ucrania de los *cosacos*⁴⁰, de la década de los '20. Todo comienza con los cosacos escondidos tras el trigo, mientras las muchachas bailan alrededor. De repente, un cambio de música hacia una más acelerada y los movimientos ágiles y rápidos de los bailarines, indican que algo ocurre. Los cosacos están luchando. Las muchachas luego bailan sin parar, y los hombres hacen demostraciones de sus habilidades y condiciones físicas, como el típico salto con las piernas abiertas.



Basily Bondarenko, realizando una acrobacia típica en los bailes ucranianos

Julia sigue presente, y se nota. Su familia merece llevarse todo el crédito por lograr que la labor de esta ucraniana aún se conserve, y junto con ella el interés de las futuras generaciones.

⁴⁰ Un cosaco es una especie de campesino, trabajador, que se mantiene siempre alerta. La tradición habla de que el cosaco con una mano recoge el trigo, y la otra está preparado para sacar el arma.

Wassil es un personaje. Él siempre hace cosas nuevas, inventa nuevos pasos, historias para el baile. Cada baile, de cada año, tiene una historia diferente. Cuando fui al festival pasado, se me erizaba la piel viendo aquel baile, y hasta la gente que estaba allí sin tener nada que ver con el grupo se emocionaba, saltaba, bailaba. El grupo casi siempre gana el premio de mejor puesta en escena, porque de verdad Wassil tiene mucha creatividad para eso. Es más que un baile, son historias.

Entrevista a Sofía Lucenko, amiga de Wassil y descendiente de ucranianos

Pero además del baile, las tradiciones familiares se conservan intactas. Todos los 6 de enero, la familia se reúne en alguna casa a celebrar la navidad. En pascua, se pintan los huevos para esconderlos y hacer que los más pequeños de la casa los encuentren. Porque precisamente a esa generación es a la que los Bondarenko deberán ir vendiéndoles la cultura de sus antepasados, y evitar que se desvanezca en el tiempo. Así como se desvanecieron otras tantas cosas por las que Julia luchó y participó de forma activa.

Tal es el caso de la iglesia ortodoxa ucraniana que funcionaba en Santa Rosa, y que hoy por hoy no está abierta al público. En las mismas instalaciones funcionaba el club ucraniano, una asociación civil —registrada— de la que Julia fue fundadora. En aquel lugar Barvinok ensayaba sus coreografías constantemente; era un lugar propio del cual se podía disponer. Igual que la iglesia, a la que asistían tanto ortodoxos como greco-católicos.

—La historia de la iglesia es complicada —explica Wassil—. Sí, aún existe, la iglesia ortodoxa existe. ¿Qué pasó? Bueno, como había muchos ucranianos que estaban con lo del problema de Rusia, que le tenían bronca a los rusos, es decir, iban pero les tenían idea a los rusos —hace Wassil una pausa para aclarar esta etapa de su vida, bajo las luces de un conflicto que parece no tener

final—. Yo crecí con esa idea de los rusos. Siempre escuché que los rusos eran malos, que nos quitaban todo.

Este asunto de nacionalidades y conflictos políticos repercutió en todos los ámbitos. Incluso afectando directamente al pequeño “hijo” de Julia, Barvinok.

—Bueno, el caso fue que los ucranianos compraron una casa muy cerca de la comunidad donde vivían, y forman una asociación civil, bien llamada club. Y ahí crearon una iglesia ucraniana, hacían todas sus festividades: San Vladimir, Santa Sofía, Niño Jesús, Reyes Magos, Independencia, Día del Cristianismo, pero no todo era tan bonito, está la parte oscura de la situación —dice Wassil, quien cuenta la historia con tanta destreza que da la impresión de haberla contando ya cientos de veces, al punto de tenerla estructurada, por importancia de sucesos y orden cronológico—. Uno de los que compró se llamaba Andry Podilsky, él fue el financiero de ese proyecto, el que tenía más capital. Años después hubo un problema, en una de las festividades, pues el señor Podilsky sacó a los católicos —greco-católicos—. Los excluyó del club, les comenzó a poner trabas, cerrar las puertas, y esa gente era la que tenía más capital aún, y quedaron solo los ortodoxos.

Hasta esas instancias, la única que parecía resultar afectada era la iglesia ortodoxa, quien dejaba de contar con la participación de los feligreses que colaboraban económicamente para llevarla adelante. Pero Barvinok, este grupo que tantos orgullos le dieron a la comunidad ucraniana en Venezuela, se quedaba sin su lugar de reuniones.

—Mi abuela por muchos años luchando, porque necesitábamos un sitio donde ensayar. Hoy por hoy la iglesia no funciona, cerró sus puertas, no

ensayamos ahí. Hace diez años que pasó esto. Esta persona murió, pero está la hija todavía. Todo el mundo se desligó de ese club, tanto que hoy por hoy es un salón de fiestas. Nadie recuerda que eso existió. Hasta yo fui bautizado en esa iglesia, igual que casi todos mis primos.

Escuchar a Wassil diciendo que “nadie recuerda que eso existió”, retumba en la cabeza de quienes, como su abuela, vinieron desde muy lejos y tuvieron la voluntad y el deseo de llevar a otras tierras las costumbres de su país natal. Quizás sea desinterés de las siguientes generaciones, o simplemente las ganas de desligarse por completo de un pasado que probablemente los acerque a recordar momentos difíciles y poco gratos.

Pero durante la época en la que los inmigrantes estaban recién llegados en Venezuela, muchos se manifestaron activamente, como Julia. Y es que si existen dos palabras que definen a esta mujer son pasión e integración. Ella, digna representante del espíritu ucraniano de lucha, no dejó caer sus brazos y unió sus dos pasiones —el baile y su patria— para crear grandes cosas en el país que le abrió las puertas y le ofreció la posibilidad de una vida mejor, sin guerra, sin persecuciones, sin trabajos forzados. En Venezuela, Julia pudo poner en práctica todo lo que aprendió durante su participación en la Compañía Nacional de Danza Ucraniana Virsky y, quizás sin saberlo, enriqueció la cultura venezolana.

* * *

Ser ucraniano se lleva en la sangre. Wassil, como director actual de Barvinok, y descendiente de Julia Herbot, debe transmitir ese mensaje a todos

aquellos hijos, nietos, bisnietos de ucranianos, con el fin de que las tradiciones no se pierdan.

Sí, los Bondarenko desayunan arepas, comen hayacas en Navidad y hablan español, pero detrás de su día a día hay algo no pueden dejar de lado, sus raíces.

—Como les digo yo a mis primos: “ser ucranianos implica mucho, ser ucranianos se lleva en la sangre”—dice Wassil, cuyas palabras son capaces de erizarle la piel incluso hasta quien no sea descendiente de inmigrantes—. No es solamente un apellido raro para muchas personas, o como dicen muchos venezolanos: “¿qué es ese apellido raro?, ese nombre tan feo y tan raro”. El apellido no importa, lo que importa es lo que sientes tú dentro de tu corazón, en tu sangre, yo crecí con eso porque crecí con esa figura, todo lo que era ucraniano.

Wassil comienza a emocionarse, y su familia también. Son venezolanos, porque sus documentos de identidad así lo indican, pero su piel se estremece al ver un Tryzub⁴¹ con los colores syniŭ–zhovtyŭ⁴².

—A mí me apasiona Ucrania, lástima que no pude aprender el idioma. Hoy por hoy a la gente no le importa, a los descendientes. Las generaciones cuarta y quinta, no les importa, no les importa de dónde son sus ancestros, qué hacían, qué comían, qué decían.

Julia lo logró. Su familia lleva en sus venas, en su alma, en su corazón y en sus acciones esa pasión y energía por todo lo que esté relacionado a las tradiciones de su natal y anhelada Ucrania.

⁴¹ En ucraniano significa “tridente”. Así se le conoce comúnmente al escudo de Ucrania.

⁴² “Azul-amarillo” en ucraniano, colores de la bandera de Ucrania.



Foto actual del grupo. Marzo de 2011

Julia, como otros tantos inmigrantes ucranianos que llegaron a tierras caribeñas, no permitió que sus costumbres se desvanecieran en el tiempo, llenando de nuevas cosas la cultura venezolana, por lo cual ésta siempre estará en deuda con aquellos extranjeros.

Y de una bailarina, el relato se traslada hacia un zapatero, quien en plena Segunda Guerra Mundial huyó con su esposa y sus hijos en busca de una vida mejor. Lejos del ambiente de folklor y danza que rodeaba a Julia, Nicolás Dmytrejchuk vivió las dos guerras mundiales conocidas por la humanidad. Su vida, llena de huídas y pérdidas, es otro lente por el cual se puede observar la historia de los inmigrantes ucranianos en Venezuela.

Dos relatos diferentes, pero con algo en común: ambos conforman un cuadro enmarcado en una historia de éxodo.

Las ideas, como las pulgas, saltan de un hombre a otro.

Pero no pican a todo el mundo.

Stanislaw Lem

(1921- 2006)

Nicolás Dmytrejchuk

“En Venezuela no cae nieve”

Una casa de madera, ubicada en la loma de una montaña. Árboles alrededor. El cielo despejado permite ver las construcciones situadas en un valle; un paisaje de ensueño. Animalitos corriendo por el pasto que se mezcla con el concreto, símbolo éste de la modernidad. Imágenes como ésta se pueden observar constantemente en muchas regiones y poblados ucranianos.

Pero en el estado Miranda, específicamente en su ciudad capital, Los Teques, reside una familia cuya vivienda es capaz de trasladar mentalmente a cualquiera e instalarlo en una pequeña aldea de Ucrania.

Y es que una parte de la familia Dmytrejchuk habita en una confortable y acogedora casa de madera, la cual invita a olvidar el frío que caracteriza a los Altos Mirandinos, ofreciendo calor y aroma de hogar.

—Pasa, siéntate —comenta Ana Dmytrejchuk, una de las nietas de Nicolás Dmytrejchuk— mi papá ya viene. Es domingo y la familia está reunida. Segunda, tercera y hasta cuarta generación se hacen presentes.

Hay alegría, juventud, risas. Igor Ricardo —nieto de Nicolás— y uno de sus hijos juegan beisbol en el patio; en la cocina, Gladys —nuera de Nicolás— prepara el almuerzo.

Esta ejemplar pintura, a pesar de parecer una típica familia venezolana, con las reuniones los domingos, el ruido, el alboroto y la fraternidad, está encuadrada en un marco de inmigración.

En la mesa de la sala, reposan amontonados en un recipiente algunos huevos de madera y cerámica pintados a mano. En una vitrina frente al comedor, descansa una botella de cerveza, con una etiqueta en la que se distingue el nombre de su marca escrito en alfabeto cirílico⁴³. Parecen detalles pequeños, que casi podrían pasar desapercibidos, pero son la evidencia tangible de la existencia de una historia familiar que se traslada más allá de las fronteras venezolanas.

Luego de unos minutos de espera, entra Igor Dmytrejchuk, el hijo menor de Nicolás.

—Mucho gusto, dígame en qué podemos ayudar —comenta Igor demostrando desde el primer instante la amabilidad que lo caracteriza—. ¿Ya viste las fotos? Son de la escuelita de Altavista.

Ante la espera de la visita, la familia Dmytrejchuk desempolvó los álbumes y dejó sobre la mesita de la sala una pequeña montaña de fotos en blanco y negro, donde cada imagen debe resignarse al desgaste ocasionado por el paso de los años.

Toda la familia se concentra en la sala para observar las reacciones de su invitada al mirar detenidamente las fotografías.

—¿Cómo es el apellido de tu abuelo? —pregunta Igor, bajando ligeramente su cabeza como símbolo de intimidad, y cerrando un poco sus ojos, como si el gesto le ayudara a expresar su memoria.

—Pawlyschyn —contesta su interlocutora.

⁴³ Alfabeto usado para la escritura de algunos idiomas, entre ellos el ucraniano.

— Pawlyschyn— repite Igor —yo recuerdo mucho ese apellido, uno de mis hermanos hablaba mucho del señor Pawlyschyn.

Hasta el momento, ese pequeño diálogo pudo ser tan solo una confusión del señor Igor, producto de los años o de la ansiedad de encontrar nombres que le hicieran recordar su infancia. Pero en ese instante, tres palabras sentencian la casualidad.

—¡Es mi abuelo! —exclama la invitada de la familia, mientras sostiene la foto de la escuelita.



La imagen de la coincidencia. A la izquierda, atrás, José Pawlyschyn. Al frente, primer niño de la segunda fila, Igor Dmytrejchuk, a su lado, Bogdán Pawlyschyn.

—¿Viste? Yo sabía que lo conocía —dice Igor, riéndose a carcajadas, feliz de poder colocarle nombre a una de las caras que estuvo siempre presente en ese retrato que ha permanecido en su familia desde hace más de cincuenta años.

Una comunidad pequeña. Así es la comunidad de ucranianos que viven en Venezuela, donde la mayoría se conocen entre ellos y tienen en común mucho más de lo que imaginan.

* * *

15 de julio de 1901. Clementina Humenna y Nicolau Dmytrejchuk ven nacer a su hijo, Nicolás— o Mykola, como se dice en ucraniano—.

—¿Sabes? Con la fecha de nacimiento de mi papá hay un problema —interrumpe Igor, aclarando la situación—, porque en muchos documentos dice que nació el 15 de julio, y otros dicen la misma fecha pero de junio. Al final nunca supimos cuándo nació, él no dijo nada.

Desde el día de su nacimiento hasta el momento de su muerte, la vida de Nicolás estuvo caracterizada por su costumbre de escuchar a los demás, de seguir los consejos y de confiar en la palabra de otras personas. El primer ejemplo de ello fue el hecho de dejar en manos de otro la responsabilidad de determinar el mes de su nacimiento. Nicolás nunca aclaró nada, ni a sus familiares ni a sus amigos.

La infancia de Nicolás transcurrió como la de la mayoría de los niños ucranianos nacidos a principios del siglo XX; entre el trabajo en los campos agrícolas, guerras, y problemas políticos y sociales. El primer gran acontecimiento que marcó su vida fue la experiencia de presenciar el conflicto bélico más importante hasta aquel momento: la Primera Guerra Mundial, iniciada en 1914.

Nicolás tenía tan solo trece años cuando se desató aquella batalla, de la cual logró sobrevivir, a pesar de que Ucrania fue uno de los territorios más afectados durante los cuatro años en los que se mantuvo el conflicto. Pero sobrevivir a la guerra implicaba vivir la primera hambruna⁴⁴ en ese país. Sin embargo, y a pesar del horror que vivió durante ese acontecimiento histórico, permaneció con vida. Nicolás superó los dos primeros obstáculos que se presentaron en su camino, y había logrado vencerlos.

Algunas personas creen que luego del sufrimiento vienen los buenos momentos. Y quizás esa suerte de filosofía de vida fue la que experimentó Nicolás, pues luego del horror de la guerra y el hambre, conoció a quien sería su otra mitad en el largo camino de la vida.

Así, conoce a Paulina Bilanyn, una ucraniana nacida en 1902, en Galitzia.

—Mira, la verdad no recuerdo la fecha exacta del nacimiento de mamá, pero sé que fue en abril de 1902 —comenta Igor con un tono de lamento, pues en su memoria no quedó registrado el día en el que podría conmemorar anualmente el natalicio de su madre.

— ¡Aquí lo dice! —interviene Gladys, emocionada por el hallazgo, al tiempo en que señala un párrafo del pasaporte de Nicolás—, nació el 12 de

⁴⁴ En 1918 (...) Ucrania y su rica agricultura quedaron devastadas, primero por la ocupación alemana del mariscal Von Eichhorn, que asoló los campos, y luego, cuando los ejércitos alemanes se retiraron en noviembre al estallar la revolución en su país, por la guerra civil entre los ejércitos blanco y rojo, mientras los nacionalistas y los anarquistas ucranianos se enfrentaban a ambos. (...) Entre 1920 y 1922, concluidas las hostilidades, el abandono de los campos provocó una hambruna que dejó cientos de miles de víctimas en Ucrania. Beevoy, A. (2006). *Un escritor en guerra*, Editorial Crítica, P.8

septiembre de 1902—. Igor baja la cabeza, hay un silencio absoluto, probablemente de reflexión o de paz al poder saber cuándo nació su madre.

Enamorado de esta paisana, y a pesar de su costumbre de delegar, a comienzos de la década de los '20 y recién culminada la Primera Guerra Mundial, Nicolás tomó una de las primeras y más importantes de su vida. Contrajo nupcias con aquella jovencita de cabello castaño.

Ya unidos bajo en el sacramento del matrimonio, Nicolás y Paulina trajeron al mundo al primer fruto de su amor: su primogénito, Bogdan.

Más adelante, se convirtieron en padres por segunda vez, al ver nacer a Luba Dmytrejchuk, la primera niña de la familia. La historia se repitió años más tarde, pues de nuevo una niña, María, iluminó con el brillo de la inocencia la oscuridad que reinaba en Europa durante la primera mitad del siglo XX. La familia creció de nuevo con la llegada de Mirón Dmytrejchuk. Años más tarde, nació Slavko, luego Román —o Ramón como lo conocen en Venezuela— y por último Adán.

Pero la historia de nacimientos y alegría tuvo su primera pausa.

—Algo que recuerdo —interrumpe Igor, emocionado al sentir que una ráfaga repentina de recuerdos invade su mente— es que mis papás decían que por donde el ejército pasaba se llevaban lo que tenía la gente, vacas, gallinas, todo, para alimentar a los soldados.

Paulina y Nicolás padecieron una de las mayores tragedias que vivió el pueblo ucraniano, la segunda hambruna⁴⁵, esta vez llevada a cabo por órdenes de Stalin, jefe de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Nicolás ya comenzaba a considerar la idea de huir de aquel horror. Lo que probablemente fue una sorpresa para Nicolás y Paulina, fue el inicio de la Segunda Guerra Mundial, considerada como uno de los conflictos bélicos más grandes y sangrientos de la historia, en donde la potencia del Eje⁴⁶ y los aliados⁴⁷ se enfrentaron desde 1939 hasta 1945.

Un par de años después de haber comenzado la guerra, y en vista de que el caos se apoderaba de Ucrania, Nicolás y Paulina decidieron huir con sus hijos, creyendo que así podrían escapar de la tragedia que le tocaría vivir a la población de su tierra natal. Sus hijos no recuerdan exactamente en qué año huyeron, pues los que aún viven tenían pocos años de vida en aquel entonces.

—A ellos no se los llevaron a la fuerza, fue voluntario. Nunca escuché que hayan dicho que se los llevaron —cuenta Igor—, porque mucha gente emigraba buscando refugio, mejores condiciones de vida. Así muchos ucranianos pararon en Alemania.

⁴⁵ El horror de la hambruna terrorista en Ucrania (1928- 1932) se levanta por encima de los crímenes cometidos por Stalin. Aquella región era como un granero, y destacaba la cantidad de granjeros independientes que habitaban en ella y que tenían buenos motivos para resistirse con vigor a la colectivización; pero tal resistencia no iba a ser tolerada. Si un millón de niños fueron asesinados por los nazis en el Holocausto, tres veces más murieron en la asesina campaña patrocinada desde el gobierno en Ucrania. La era del reinado de Stalin vino a conocerse, de manera informal, tanto en la Unión Soviética como en cualquier otra parte, como la época de los “Veinte Millones”: la cifra estimada de personas que murieron asesinadas por el Estado. Carroll, J. (2007). *La casa de guerra: el pentágono es quien manda*, Editorial Crítica. (P. 250)

⁴⁶ Uno de los dos grupos enfrentados en la Segunda Guerra Mundial, conformado por

⁴⁷ Contraparte de la Potencia del eje, conformada por

Pero al llegar a la nación gobernada por Hitler, no lograron escapar de la guerra, como pretendían. Se situaron directamente en el ojo del huracán. Un huracán de trabajo forzado, explosiones, muertes y dominación.

Así, tanto a Nicolás y a Paulina como a sus hijos mayores, se les asignó un cuaderno de trabajo, en el cual los superiores alemanes les anotaban las horas diarias cumplidas al servicio del Estado, y las irregularidades o malos comportamientos, en caso de que existieran.

Pero, ¿en qué trabajaban Nicolás y su familia?

—Ellos trabajaban en una fábrica de bloques, creo. Eso es lo que recuerdo —explica Igor, quien no tiene la certeza de la labor que desempeñaron sus padres y hermanos en Alemania, y considera que habría sido interesante preguntárselo en su momento.

Si Nicolás, Paulina y sus hijos mayores nunca hablaron de lo que hicieron en Alemania, es posible deducir que dicha actitud simboliza el rechazo hacia esa etapa de sus vidas.

—Lo que sí escuchaba yo siempre —explica Igor, en uno de esos instantes en los que un recuerdo llega a la mente, y si no se dice se escapa— era que si por ejemplo a los militares alemanes les daban papa, los trabajadores tenían que comerse las conchas. Para ellos lo mejor, y para los otros la sobra.

En aquel lugar estaba muy bien delimitado quién tenía privilegios y quién no; quién comía alimentos y quién se conformaba con lo que quedaba; quién tenía el fusil y quién tenía el pecho para recibir la bala.

Pero en medio de la guerra y el trabajo, ocurrió algo inesperado. En 1940, recién iniciada la Segunda Guerra Mundial y no mucho después de haber llegado a Alemania, Bogdan —el hijo mayor de los Dmytrejchuk— eligió un camino que cambió su vida para siempre. Paulina y Nicolás no pudieron hacer nada: Bogdan se había convertido en un rebelde, un opositor del régimen comunista, un guerrillero —como lo define Igor—, un valiente que luchó para defender sus ideales. Durante esa lucha, Bogdan fue víctima de agresiones y maltratos. Fue perseguido, amenazado.

—A mi hermano le pegaban mucho —comenta Igor—, por eso se cambió el nombre y se fue a Polonia—. Así, mientras la familia Dmytrejchuk aún permanecía en Ucrania, Bogdan se dirigió a Polonia, huyendo del futuro amargo que le esperaba, y tuvo una idea para poder escabullirse entre los comunistas.

—En vez de llamarse Dmytrejchuk, se puso Dmytrievsky, para que pareciera polaco —explica Igor, dejando escapar una sonrisa como gesto de reconocimiento al ingenio y a la inteligencia de su hermano al arriesgarse con una jugada tan acertada. Acertada porque Bogdan logró sobrevivir, a pesar de que la familia Dmytrejchuk no lo supo sino más de veinte años después. En conclusión, tomó la decisión que algunos podrían considerar correcta. Salvó su vida y defendió su ideología.

Al desconocer el paradero de su hijo, Nicolás se dedicó a buscarlo por todos los lugares donde considerara que podría estar. Fue a parar a la Cruz Roja, pero nada, ningún rastro de Bogdan. Pasaron los años. Bogdan nunca apareció y la familia siguió trabajando para el régimen nazi.

Pero además de este acontecimiento de gran trascendencia en la historia de los Dmytrejchuk, ocurrió algo que marcó de nuevo sus vidas. Nicolás y Paulina vieron morir a uno de sus hijos, Igor, quien había nacido en 1944, casi al término de la guerra. En realidad, era la cuarta vez que estos ucranianos vivieron una experiencia similar. Pero esta historia, la de Igor, era la más relatada en casa.

—Mi mamá tuvo doce hijos —explica Igor— pero cuatro se murieron: uno de ellos, que tenía mi nombre, murió porque ya había comenzado la guerra y comenzaron a bombardear, y mi hermana como le tenía miedo a las bombas... —hace una pequeña pausa, sonríe insinuando un acto de torpeza propia y pregunta— ¿quién no le tiene miedo a las bombas, verdad? —sonríe y continúa con el relato—, agarró al bebé que estaba calentito, y salió corriendo hacia una montaña. Pero era invierno, así que el niño se resfrió y no pudieron curarlo, y así murió. Ése nació justo antes que yo. Murió y luego me tuvieron a mí, por eso me pusieron su nombre.

Ese fatal acontecimiento es uno de los ejemplos más evidentes de las amarguras que vivió la familia Dmytrejchuk. La muerte de un bebé, por no disponer de los medicamentos ni las condiciones necesarias para curar lo que ahora sería un simple resfriado, refleja el horror que vivieron muchas familias ucranianas cuando las bombas y los militares tocaron las puertas de sus casas y de sus vidas.

A pesar de que la familia no tiene conocimiento de cómo murieron los otros tres hijos de Nicolás, asumen que probablemente las causas fueron similares, pues millones de niños ucranianos fallecieron entre la década de los '20 y los '40

como consecuencia del hambre, de las condiciones paupérrimas de vida o como víctimas directas de la guerra.

Pero en 1945 la historia tomó otro rumbo. Alemania había perdido la guerra y un pequeño destello de libertad se dejaba ver entre las grietas del techo de la fábrica de bloques. Cesaron las detonaciones, las persecuciones, las muertes.

Nicolás debía hacer algo para mantener a su familia, así que permaneció en Alemania trabajando, esta vez de forma independiente.

—Ellos sé que trabajaron en Alemania después de la guerra —comenta Gladys—, ya sin el librito ni nada. No sé en qué, pero sé que trabajaron hasta que se vinieron.

No obstante, en medio de la posguerra y aún sin saber cuál sería su destino, la alegría llegó de nuevo a la familia. Un año después del fin de la guerra, específicamente el 15 de julio de 1946, nació el último de los hijos de Nicolás y Paulina: Igor Dmytrejchuk, el único de los ocho hermanos vivos que nació fuera del territorio ucraniano.

Vivieron los siguientes dos años en Alemania los Dmytrejchuk, hasta que los norteamericanos tomaron algunos territorios europeos y se hicieron cargo de los refugiados, gracias a la Organización Internacional de Refugiados.

—Yo escuchaba cuando mis papás comentaban que los norteamericanos le decían a la gente que tenían la posibilidad de ir a Argentina, a muchos países de Suramérica, Brasil, Perú, Bolivia, Venezuela. Incluso Estados Unidos —comenta Igor, comenzando a narrar el punto de máxima emoción y trascendencia de la historia—, pero ellos eligieron Venezuela.

Así, a pesar de que Bogdan seguía desaparecido y aunque pudiera parecer un acto cruel o egoísta, los integrantes de la familia no detuvieron sus vidas. Decidieron embarcar rumbo a Suramérica.

— ¿Tú sabes por qué se vinieron mis papás a Venezuela, por qué eligieron Venezuela? —interrumpe Igor, levantando un dedo indicando que hará una declaración importante, y su familia responde ante tal gesto con un silencio absoluto—. Bueno, uno se podía ir a Canadá, o a América del Sur, pero en la casa decían que nos vinimos para Venezuela porque el padre de nosotros, el cura, les dijo a mis papás “mira, vámonos pa’ Venezuela porque ahí no cae nieve”. Así les dijeron, y decidieron venirse para acá, y me imagino que como les dijo a ellos, les habrá dicho lo mismo a otros.

—Sí, pero yo te voy a echar la historia completa de por qué nos vinimos pa’ Venezuela —interrumpe Ramón Dmytrejchuk, uno de los hijos de Nicolás—. Resulta ser que en el lugar donde estábamos en Alemania, como un edificio, al final de un pasillo había un lavandero, y ahí se juntaban las mujeres a conversar. Entonces una le pregunta a mi mamá: “mira, Paulina, y ¿para dónde se inscribió tu esposo?” y mi mamá le contestó: “bueno, para Venezuela”. En eso salió una señora y dijo: “¡uy, no, Venezuela no!”, y mi mamá le preguntó que por qué y la mujer le dijo: “no, es que un día hablábamos mi esposo, un vecino y yo, y dicen que Venezuela es un país tropical, caliente, tan caliente que el sol está a cincuenta metros de altura” —las carcajadas invaden el salón de estar de la familia Dmytrejchuk–Gil, pues aquella demostración de inocencia e ignorancia casi les cambia el destino a Nicolás y su familia.

—Ajá, ¿y entonces qué hicieron? —le pregunta Igor a su hermano Ramón.

—Bueno, mi mamá llegó llorando a donde mi papá —contesta Ramón— y me acuerdo que eso fue una lloradera. Mi mamá le pedía a mi papá que cambiara, que se anotara en otro país. Y bueno, al final mi papá le dijo que sí, que se iban a cambiar a Estados Unidos. Al día siguiente volvió mi mamá al lavandero y volvió a contar que ahora se iba a Estados Unidos. Y salió otra señora: “¡uy, no, Estados Unidos no!”, y mi mamá le preguntó por qué, y la señora dijo: “es que ese país siempre está en guerra. Ustedes peor, que tienen cinco varones, cuando sean todos hombrechitos se los van a llevar a pelear porque a los extranjeros son los primeros que agarran”. Mi mamá no sabía qué hacer, y fue y le pidió a mi papá que no se anotara para Estados Unidos. Ahí fue donde mi papá buscó al cura, y como los curas tienen mayor nivel de instrucción, éste le dijo que él mismo se había inscrito en Venezuela, porque era un país joven con mucho futuro.

El clima, el sol, el trópico. Los Dmytrejchuk subieron a un avión con la esperanza de huir de la nieve. Pero también del frío penetrante que dejó la guerra. Partieron de Alemania rumbo a Venezuela el 27 de julio de 1948.

—Yo recuerdo que en la casa decían que el avión se paraba mucho —explica Igor—, aterrizaba en todos lados por fallas.

Como consecuencia de aquellas paradas, y después de un viaje poco tranquilo, Nicolás, Paulina y sus siete hijos pisaron tierras venezolanas el 29 de julio de 1948.

—Mira, aquí lo dice en la planilla de entrada —interrumpe Gladys, esposa de Igor, quien atentamente escucha los comentarios de su marido, asintiendo constantemente, y yendo de un lado para el otro buscando viejos documentos que

puedan revelar algún dato. Por la cara de asombro de Igor, la fecha exacta de la llegada de su familia a Venezuela era, hasta ese instante, todo un enigma.

En conclusión, fueron dos largos días volando. Dos días que alejaron a Nicolás de su tierra, de su patria, del suelo que lo vio nacer. Dos días que lo condujeron a un lugar libre de explosiones, de campos de concentración, de invasiones militares, de conflictos armados.

* * *

Un librito color beige, desgastado. El pasaporte de Nicolás se encuentra casi perfecto. Aún se puede leer con claridad, y no se desvanece entre las manos al contacto con los dedos. Allí quedó claramente plasmado el lugar a donde debían llegar los Dmytrejchuk. “Para realizar la entrada por Maracay”, es la frase que se observa en una de las páginas del documento.



Pasaporte de Nicolás

La lectura de esa línea conduce a un *flash back*. 29 de julio de 1948. El avión aterrizó en Maiquetía. Los Dmytrejchuk fueron conducidos a un vehículo que sirvió para transportarlos hasta El Trompillo, estado Carabobo. Allí estaba instalado uno de los primeros albergues de inmigrantes de Venezuela creado para recibir a la oleada de extranjeros que llegaron al país luego de finalizar la Segunda Guerra Mundial, generado todo esto luego de que Isaías Medina Angarita iniciara la conocida “política de puertas abiertas” en 1945.

Las tranquilas aguas del Caribe les inspiraron a Nicolás y a su familia la calma que buscaron al salir de Ucrania y que aún pretendían conseguir. Sin embargo, un golpe de Estado rompió con la armonía. Rómulo Gallegos, el primer presidente electo mediante el voto universal, directo y secreto, fue derrocado el 24 de noviembre de 1948. Pero a pesar de que una Junta de Gobierno se hizo cargo del poder, los asuntos referidos a los inmigrantes permanecieron iguales.

El Trompillo seguía recibiendo extranjeros. No obstante, los que ya estaban allí debían salir al cabo de un corto tiempo, pues el lugar debía ser preparado para recibir a los siguientes inmigrantes. Así, Nicolás junto con su esposa y sus hijos se mudaron a Barbacoa, en el estado Guárico, donde trabajaron un par de años.

En aquella población, surgió una de las primeras anécdotas de la familia. Paulina veía por primera vez a una persona con un color de piel más oscuro que el suyo.

—La abuela contaba sobre la primera vez que vio a un negro —habla Gladys con gestos de risa y sorpresa—. ¡Ellos nunca habían visto a un negro! La

primera vez fue aquí, en Barbacoa. Y aquel negro que pasó todo el mundo lo miraba; todos salieron a mirar al negro.

El color de piel negro no era común en Ucrania en aquel entonces. Probablemente en la actualidad, y gracias a la globalización, se puedan encontrar personas de cualquier raza en cualquier parte del mundo.

Pero la sensación de novedad era recíproca. Paulina, quien desempeñaba el cargo de cocinera en el campo donde laboraba su marido, generó miradas y comentarios entre las venezolanas que trabajaban con ella.

—Yo recuerdo que la abuela contaba —dice Gladys, con una sonrisa en sus labios, símbolo de la gracia que puede llegar a causar el comentario— que las muchachas de aquí les decían que les gustaba mucho su pelo, su color de piel. Porque ellas —las extranjeras— eran blanquitas y catiritas.

—Otra cosa que recuerdo —interviene Ramón— fue una vez en la que un ucraniano, muy ingenioso y cansado ya de cargar la cosecha con burros y sacos, como era carpintero agarró su cepillo y su serrucho y construyó como un carro, una cosa llevada por caballos. Mira, aquellos venezolanos quedaron sorprendidos y decían: “mira estos *musiús*⁴⁸ lo que inventaron”.

A pesar de la diversidad racial que siempre ha existido en Venezuela, para muchas personas esa oleada de inmigrantes que llegó al país a finales de los ‘40 y la década de los ‘50 representó un nuevo choque cultural, en el que diferentes razas, idiomas y costumbres se adaptaron para lograr convivir en un mismo territorio.

⁴⁸ Apodo con el que los venezolanos se referían a los extranjeros, principalmente de ascendencia europea.

Pero las historias siguen. En Barbacoa, Paulina no solo tuvo su primer encuentro con el color negro, sino con el color rojo, esta vez no en una persona, sino en la tierra que pisaba.

—Cuando mi mamá llegó aquí y vio que la tierra era roja, se quedó sorprendida —interviene Igor, explicando la percepción de su madre, aunque no la comprenda—. No sé donde la vería ella así.

Y no solo fueron éstas las únicas sorpresas que se llevaron los Dmytrejchuk al llegar a Venezuela.

Luego de su primer encuentro con el país caribeño, su gente y su tierra, un hecho logró que la paz que buscaban los Dmytrejchuk pareciera de nuevo inalcanzable. El 13 de noviembre de 1950, el auto donde viajaba el entonces presidente de la Junta de Gobierno, teniente coronel Carlos Delgado Chalbaud, fue interceptado. Luego de ser llevado a una casa abandonada en Las Mercedes, en Caracas, uno de sus captores le propina siete disparos. Los titulares de los diarios venezolanos se referían al mismo tema: Delgado Chalbaud fue asesinado.

El revuelo causado por este acontecimiento repercutió en muchos sectores. Uno de ellos fue la agricultura, pues en el campo donde trabajó Nicolás, así como en otros tantos, el desorden provocó que la cosecha se perdiera. La consecuencia: escasez de alimentos. Huyeron del hambre, y el hambre los persiguió. Fueron momentos duros, de fortaleza y, nuevamente, decisiones.

Nicolás decidió sacar de allí a su familia, mudarse a un lugar mejor.

—Hasta el año ‘50 vivimos en Barbacoa, luego nos vinimos a Caracas, porque las condiciones de vida eran mejores, y como mucho se vinieron a Caracas, la comunidad era más grande, era mejor, más posibilidades de muchas

cosas... optaron por venirse a caracas, como siempre— explica Igor entre risas, tomando conciencia de que su padre fue un señor que siempre estuvo muy abierto a recibir consejos de otros al momento de tomar decisiones.

* * *

Caracas, dividida por el río Guaire; Kiev, dividida por el Dniéper. Casualidad o intención. Lo cierto es que Caracas, con sus techos rojos, su agradable clima y gente amable en cualquier esquina, fue la cuna donde se arrullaron los sueños de muchos inmigrantes que vinieron a Venezuela con la esperanza de una vida mejor, sin guerras, sin conflictos. Sin frío.

En Catia, un popular sector caraqueño, específicamente en Los Frailes, los Dmytrejchuk adquirieron lo que fue su primer hogar.

—Fuimos directamente a Los Frailes —comenta Igor, recordando aquel gran logro familiar—; ahí papá compró un ranchito, el cual modificaron después. Lo ampliaron un poco más, porque la familia era muy grande.

Efectivamente, un matrimonio con siete hijos, viviendo todos bajo el mismo techo, implicaba cierta pérdida de privacidad. Sobre todo para Luba, la hija mayor de Nicolás, quien fue la primera de sus hermanos en contraer matrimonio.



Julia y sus hijos varones. El Calvario.

—Mi hermana mayor estaba casada con un ucraniano que conoció en Alemania; ella se casó aquí, pero lo conoció allá —explica Igor—. Papá lo aceptó, y la condición era que se casaran cuando llegáramos a Venezuela.

Entonces el ranchito de Los Frailes se transformó en una casa de madera con techo de cinc, dividida en dos, para que Luba y su marido tuvieran su propio espacio.

La comunidad de ucranianos que habitaba en varias zonas de Catia, como Los Frailes y Altavista, era una de las más grandes que existía en Venezuela en aquel momento, cuyo número de integrantes solo podía compararse con el grupo que se había radicado en Valencia, estado Carabobo.

En Altavista, los primeros inmigrantes formaron un pequeño club, el gobierno les ofreció una iglesia exclusivamente para ortodoxos, y fundaron una

escuelita donde les enseñaban español a los niños y se organizaban actos culturales.

Estas tres instituciones tenían como finalidad permitir que los extranjeros continuaran expresando sus manifestaciones culturales e ir integrando a las nuevas generaciones en la sociedad del país en el cual vivirían.

—En Altavista había una escolita —explica Igor—, nos daban el idioma ucraniano, historia.

—Hay una foto de esa escolita —contesta Gladys, buscando entre aquellas viejas imágenes aquella en donde se logró retratar el colegio.

Así, al hablar de la escolita, otro recuerdo llega sorpresivamente a la mente de Igor.

—A mi me pusieron en el colegio bien tarde: ocho años en primer grado, y me rasparon —su esposa, hijos y nietos no pueden contener las risas, pues Igor relata con gracia esta anécdota familiar y se ríe de sí mismo—. Era un animalito del monte, me la pasaba por todos esos cerros, esa era mi vida, iba pa' arriba done había un sembradío; todo el día en la calle.

Pero un día, Nicolás decidió que había llegado el momento de ir al colegio.

—Me acuerdo que un día mi papá dijo: “a ese niño hay que ponerlo en la escuela”, y mi mamá le contestó: “no, déjalo, ta' muy chiquito”. ¡Yo tenía 8 años! —las risas vuelven, pues Igor no puede evitar burlarse de este episodio de su vida—. No sabía leer, escribir... nada. Tuve que repetir primer grado. Pero cuando agarré vuelo, le di pa' arriba.

Ir del campo a la ciudad representa cambios. Y no solo cambios del panorama o del clima, sino del estilo de vida. Para Nicolás, un ucraniano dedicado

a su familia, criado en un pequeño pueblo ucraniano, adecuar sus costumbres de campo a las de la ciudad no fue una tarea fácil. Desde el conflicto sobre cuándo enviar a sus hijos al colegio, hasta la comida que se servía en la mesa todos los días. Esa etapa de su vida estuvo marcada por una palabra: adaptación.

A pesar de que Venezuela y sus habitantes fueron reconocidos siempre por su capacidad de apertura y recepción de nuevas culturas, para estos inmigrantes ucranianos, así como para muchos otros, el día a día estaba cargado de acontecimientos, que años más tarde son anecdóticos.

Precisamente, como una anécdota Gladys recuerda aquella historia que Paulina le contó, cuando, por error, insultó a un vendedor.

—La abuela no sabía qué significaba *marico* —explica Gladys entre risas—, ella pensaba que era algo así como tonto, bobo. Entonces no estaba de acuerdo con algo que le decía el vendedor y le dijo: “yo no marico, señor, tú marico”.

El idioma. Uno de los principales obstáculos con los que tuvieron que lidiar Nicolás y su familia al llegar al país. Desde confundir palabras hasta no saber cómo expresarse.

Pero en ese sentido, la escuelita de Altavista jugó un papel importante en el proceso de adaptación de Nicolás y Paulina. Sus hijos menores, quienes asistían a aquella pequeña institución, aprendieron rápidamente el idioma y se lo pasaron poco a poco a sus padres. Aunque los hijos mayores ya habían estado incluso en escuelas en Ucrania, también precisaron de ayuda para incorporar en sus vidas las costumbres y el idioma del país que los recibió.

Otro elemento que ayudó a Nicolás con el tema del idioma fue el trabajo. La necesidad obligó a Nicolás a conseguir una forma de obtener ingresos para mantener a su familia. Sus descendientes no están muy seguros de qué hizo en Venezuela, pero comentan que Nicolás trabajó por muchos años en una fábrica de cañuelas. El hecho de salir a la calle diariamente a cumplir con su labor en aquella industria, hizo que Nicolás aprendiera y hablara con fluidez el español.

Para Paulina, quien estaba en casa diariamente atendiendo a su familia, la historia fue diferente. En el hogar de los Dmytrejchuk siempre se habló ucraniano, por lo que nunca abandonaron su idioma natal.

Y aunque estos inmigrantes debieron adaptar sus gargantas al idioma de la tierra que pisaban, hubo un elemento que siempre mantuvieron consigo: la comida. Desde el pan hasta los embutidos. Todo era tal cual como en Ucrania. Pero, ¿de dónde podían obtener estos alimentos?

“La Polaca”, así era conocida la señora dueña de un establecimiento comercial donde tanto los rusos como los polacos, yugoslavos, ucranianos y demás extranjeros provenientes de Europa, podían encontrar todos aquellos víveres que necesitaran, con la particularidad de que todos ellos provenían directamente de Polonia.

—Esa señora era bien chévere —comenta Igor, recordando con cariño a aquella dama que le despachaba detrás de la barra—. Era un negocio completamente diferente a un negocio de un nativo, por decirlo así. Uno esperaba su turno. Siempre me decían tráete un pan negro, mantequilla, embutidos polacos... todos importados de Polonia. Hasta los huevos decían “Poland”.

En este sentido, la adaptación no fue tan complicada como con el idioma. Nicolás y su familia pudieron conseguir los mismos alimentos que consumían en Ucrania, a los que estaban acostumbrados.

Además, no solo los productos polacos los hacían sentir como en casa. Paulina se encargaba de hacer pan, pasta y dulces caseros, tal y como los hacían la mayoría de las familias ucranianas de la primera mitad del siglo XX.

—Me acuerdo que mi mamá amasaba la pasta: tendía la masa en la mesa, cortaba unas tiritas, y las colocaba en los espaldares de las sillas, para que se secaran. Luego la guardaba para después cocinarla —así recuerda Igor el proceso que se desarrollaba en su casa de manera frecuente—. Luego, nos la comíamos con leche.

Pero además de la pasta, el pan también tenía su proceso.

—Me acuerdo que mamá compraba la harina por sacos, no por bolsas, por sacos, porque hacía pan para toda la semana. Cuando ya se estaba terminando, hacía más, y así sucesivamente —explica Igor.

Transcurría el tiempo, y cada día era una nueva aventura para los Dmytrejchuk, de la cual surgían anécdotas, historias y aprendizajes. Desde el contacto con los venezolanos, hasta la primera torta de cumpleaños que traían a la casa. La cultura del país caribeño se metía poco a poco en la vida de Nicolás y de su familia.

—A mí nunca me celebraron un cumpleaños —dice Igor con cierto tono de tristeza—. La primera torta que me dieron me la trajo mi hermana María, yo tenía como siete u ocho años. Ella entró a la casa con la torta y me dijo: “mira,

estás cumpliendo años, y esta torta es para ti”. A mí no se me olvidó eso más nunca.

Festejar los cumpleaños no era la costumbre de Nicolás ni de Paulina. He allí el por qué de que Igor no recuerde con exactitud la fecha de nacimiento de sus padres, pues no había fiesta, ni celebración. Fueron los hijos de Nicolás, quienes ya inmersos en las costumbres venezolanas, introdujeron en la familia la tradición de cantar cumpleaños, llevar regalos y celebrar un año más de vida.

—Los cumpleaños eran como un día normal. Uno iba al colegio, a la calle, todo normal. Que yo recuerde, nunca se celebró un cumpleaños en mi casa —encogiéndose los hombros, Igor explica las costumbres de su familia con respecto al hecho de festejar el natalicio de sus padres y hermanos.

Así, en la misma casa de Los Frailes, Nicolás se encargó de que su familia mantuviera las costumbres ucranianas en cuanto a las festividades se refiere. Cada 6 de enero, un plato de *kutia* en el centro de la mesa. Alrededor, un recipiente con *varenikes*⁴⁹. Todo servido para que los Dmytrejchuk disfrutaran *Svyatvechir* —o la víspera de navidad—.

—Me acuerdo que el abuelo decía unas cosas ahí —comenta Gladys sobre su experiencia con unas costumbres diferentes a las suyas— y lanzaba un poco de trigo al techo.

Gladys, esposa de Igor desde 1973, ha sido testigo de las más famosas manifestaciones culturales de la comunidad ucraniana. Aquellas palabras que ella

⁴⁹ Pequeñas empanaditas de harina de trigo hervidas, rellenas de queso, repollo agrio o papa, típicas en la navidad ucraniana.

no entendía, eran bendiciones expresadas en idioma ucraniano. Lanzar el trigo al techo es el acto simbólico de la petición de bondades para la familia durante el año que comienza.

Y el 14 de enero, día en el que se celebra el *Novyy rik*⁵⁰ bajo las tradiciones ucranianas, contempla también algunas tradiciones.

—Yo recuerdo que mi papá agarraba una ponchera con agua, y echaba un poco de monedas —Igor ríe, quizás por miedo a que la historia resulte inverosímil y graciosa para su interlocutora—, y nos decía que nos teníamos que lavar la cara ahí para tener dinero todo el año. Yo no sé si era verdad, pero yo lo hacía.

Ni los más de nueve mil kilómetros que los separaban de su tierra natal, lograron que estos ucranianos se desprendieran de sus costumbres.

* * *

Nicolás, un ucraniano inmigrante sin nada más en Venezuela que solo su esposa, sus hijos y sus ganas de salir adelante, construyó en esa tierra los cimientos de una familia trabajadora. Cada uno de sus hijos fue incursionando en distintas áreas, dando como resultado un coctel de profesiones.

—Mirón fue fotógrafo, trabajó en el Ministerio de Fomento, en la Dirección de Turismo, con Pérez Jiménez y luego por su cuenta —relata Igor, quien habla de sus hermanos con orgullo y nostalgia al recordar a los que ya no están—. Slavco era chef. Ramón trabajaba en Últimas Noticias, armando las páginas. Antes eran linotipos que se escribían a máquina y él acomodaba las

⁵⁰ Significa “año nuevo” en ucraniano.

páginas. Trabajó mucho en eso. Trabajó también con La Esfera. Ese cuadro lo pintó él —Igor señala una pinturas que decora una de las paredes de la sala de la casa—. Este Simón Bolívar es de él, el paisaje —indicando con el dedo dos frescos más, de menor tamaño que el de Bolívar, pero igualmente conservados y colocados cada uno en una pared diferente—. Mi hermano Adán era plomero, y también trabajó mucho en los molinos, donde molían el trigo para hacer la harina. Luba, del hogar. Mi hermana María, en Chicago, sí trabajaba, en fábricas. Allá por lo general trabaja el hombre y la mujer.

En 1958, Nicolás ve partir a otro de sus hijos. Esta vez una de sus niñas, María, quien decidió mudarse a Chicago, Estados Unidos. Se fue de Venezuela porque su esposo tenía familia en esa ciudad, y porque consideró que la calidad de vida que tendría en ese lugar sería mejor que la que podría tener en Venezuela.

Quizás la inmigración se lleve en la sangre. Quizás quienes son hijos, nietos o descendientes de inmigrantes, saben que comenzar desde cero es un camino que puede resultar exitoso.

* * *

Casi llegaba la década de los '60, y con ella una increíble sorpresa para Nicolás y su familia. Un día normal, de trabajo para Nicolás, de quehaceres para Paulina, de colegio y trabajo para sus hijos.

Llegó correspondencia. La carta estaba firmada por Bogdan Dmytrievsky. Luego de al menos quince años sin conocer su paradero, el mayor de los hijos de Nicolás apareció.

—Después de tanto tiempo, mi hermano apareció. Mi mamá se escribía con él, se mandaban cartas. Incluso la hija de él vino. Gladys le dijo que se quedara, pero no le gustó, y se regresó a Polonia —explica Igor sobre la sorpresiva pero además misteriosa aparición de su hermano.

Al huir de los comunistas que lo perseguían, Bogdan no solo se quedó a vivir en Polonia, sino que se enamoró de una nativa de ese país, se casó, y tuvo una hija. Pero, a pesar del reencuentro vía correspondencia, él nunca visitó Venezuela. Todos los hijos de Nicolás conocieron a Bogdan. Todos menos Igor, quien nació cuando ya Bogdan había escapado.

La pregunta que ronda esta historia es ¿cómo encontró Bogdan a su familia? La respuesta sigue siendo un misterio, pues Paulina y Nicolás nunca hablaron detalladamente sobre el contenido de las cartas. Sin embargo, una explicación un tanto más fantasiosa rodea la aparición de Bogdan.

— Hay unas historias de cómo encontraron a mi hermano, pero yo no sé si... bueno vale, te voy a contar —dice Igor, quien entre la duda y el temor de la incredulidad de su interlocutora, se inclina hacia su deseo de contar la extraña experiencia que vivió—. Resulta ser que en una oportunidad mi mamá conoció a una señora que aparentemente hablaba con los espíritus. Ella fue a la casa, cuando vivíamos en Los Frailes, le hizo una serie de preguntas a mi mamá, y le preguntó si tenía algo de mi hermano. Mi mamá tenía un pañuelo de él y se lo dio a la señora. No pasó mucho tiempo cuando mi hermano mandó una carta para acá, parece mentira. No recuerdo lo que decía la carta, pero mira cómo fue la cosa: la señora dijo que iba a buscarlo, donde él estaba, y apareció.

Esta historia, marcada por creencias populares, fe y —para muchos— casualidad concluye años más tarde, con la muerte de Bogdan, alrededor de los años ‘60.

—A mi hermano lo maltrataron mucho —explica Igor, tratando de justificar la temprana muerte de su hermano— quizás eso le afectó y por eso murió. Supe que además tenía problemas en los pulmones.

* * *

6 de agosto de 1972. Caracas amaneció igual que todas las mañanas. Pero para la familia Dmytrejchuk, no fue un día común y corriente. Los ojos de Nicolás se cerraron. A los 71 años, Nicolás dejó una esposa, hijos y nietos. La cabeza de familia, el hombre que huyó de un lado al otro con su familia, rescatándolos del hambre y de la guerra, buscando una mejor calidad de vida.

Murió en la casa de Los Frailes. Permaneció allí hasta el último día de su vida. Paulina se quedó sola. Su pareja de hace más de cincuenta años había fallecido.

Pero a pesar de la tristeza que invadía a los Dmytrejchuk, la familia seguía creciendo. Para 1973, ya todos estaban casados. Incluso ya había llegado a la familia una tercera generación.

El 15 de julio de 1973, Igor y Gladys tuvieron su primer bebé, Igor Ricardo. El primer descendiente del hijo más pequeño de Nicolás. En 1975 nació la primera niña de la pareja, Paulina, como su abuela.

Esta pequeña permitió que el nombre de su abuela permaneciera, al menos una generación más, dentro de la familia. 19 de junio de 1978. Paulina, a los 75 años, parte al reencuentro con Nicolás. Su último hogar, la casa de Los Frailes, donde vivió veinticinco años, llenando de amor y valores a su numerosa familia.



Familia Dmytrejchuk-Gil. De izquierda a derecha: Paulina, Igor Ricardo, Ariamna, Gladys, Ana, Igor, Karen y Laura

Estos ucranianos dejaron un enorme vacío, pues muchos de sus nietos no tuvieron la oportunidad de conocerlos. Ana, Laura y Karen, las tres hijas menores de Igor, solo conocen a sus abuelos por fotos y por las historias y tradiciones que siguen transmitiéndose de generación en generación.

* * *

A pesar de que Nicolás y Paulina fallecieron, cada uno de los integrantes de la familia Dmytrejchuk tiene una o más historias, cuentos, anécdotas o hechos relacionados con su ascendencia.

—A mi hermana Paulina una vez la vistieron de ucraniana —cuenta Laura.

—Yo lo hice —explica Gladys— porque me traje de Chicago las chaquetitas, entonces le puse esa chaquetita bordada, una camisa blanca abajo y una falda floreada. También llevaba la corona, con muchas flores arriba, y le colgaban las cintas. No era muy difícil de hacer.

Así que Gladys, a pesar de ser venezolana, se adaptó a las costumbres de la familia de su esposo. Y no solo esto, sino que también “aprendió” el idioma.

—La abuela me decía algo, y yo le adivinaba —comenta Gladys, sobre su experiencia al tratar de conversar con Paulina—, entonces le contestaba en español y ella me decía: “¡Ay, Gladys, pero tú sabes!”. Eso sí, cuando el agua estaba hirviendo yo le decía: “Babo, *voda kypyt*”⁵¹.

Si Para Nicolás y Paulina aprender el español fue un asunto de necesidad, para sus nietos y bisnietos es toda una experiencia cultural, y se sienten orgullosos de conocer el idioma de sus antepasados.

— Mi tía Luba lo único que me enseñó fue a decir *Trokhy*⁵² —dice Laura entre risas, pues a pesar de que la hermana de su padre habla perfectamente el idioma, ella solo aprendió esa palabra— *trokhy* agua, *trokhy* comida.

Pero entre la comida y el idioma, escapa un detalle que está unido de forma absoluta a los descendientes de Nicolás. Todos sus hijos, algunos de sus

⁵¹ En ucraniano, “Abuela, el agua está hirviendo”.

⁵² “Poquita” en ucraniano.

nietos y de sus bisnietos, han tenido que lidiar con llevar al lado de sus nombres un apellido poco común.

—Cuando daba a luz y estaba en el hospital las enfermeras me decían: “¿por qué no te escribes un cartelito?”—las risas invaden a Gladys, pues a pesar de tener un apellido de soltera un poco más sencillo —Gil—, ha tenido que vivir en carne propia las consecuencias de estar casada con un extranjero.

—Una vez me pasó con Arianita —explica Gladys refiriéndose a Ariamna, su nieta— que estábamos en una tienda y cuando fue a pagar dijo: “Ariamna Morantes”. ¡Yo no sé por qué hiciste eso Arianita!

—Es que yo veía que Ana lo hacía —dice Ariamna, tratando de aclarar por qué ocultó su apellido paterno, pues Morantes es el apellido de su madre—, entonces cuando ella iba a pagar decía: “Ana Gil”, y yo me copié, así no tendría que deletrear.

—Ah no, yo a veces entrego la cédula —comenta Laura, inmersa en sus propias carcajadas, producto de la original estrategia de su hermana y su sobrina para evitar las confusiones en establecimientos comerciales—. Lo que pasa es que a veces si estoy apurada y también digo “Gil” —confiesa, dando a entender que su risa era de complicidad.

Y las anécdotas siguen.

—En la universidad siempre me pasa —dice Ariamna, quien estudia primer año de derecho en la Universidad Católica Andrés Bello—, los profesores van pasando la lista, de repente se detienen y dicen: “¡Ay, no, esto es impronunciable!” Ahí ya sé y les digo: “Soy yo, profesor”. Y automáticamente me

preguntan: “¿Ese apellido es ruso?”. Porque para todos aquí —en Venezuela— todos los que tienen un apellido raro son rusos.

—Eso me hace acordarme de algo —interrumpe Igor, con uno de esos recuerdos fugaces que le llegan a la cabeza y casi no puede retener— cuando llegamos a Caracas, todo el mundo nos decía portugués. “Mira, portugués”, me decían y yo me enojaba y les contestaba: “no chico, yo no soy portugués”— las risas vuelven, pues Igor recuerda con gracia aquellos momentos en los que los venezolanos generalizaban con un solo gentilicio a todos los extranjeros europeos—. Es que no podían ver a alguien catire ojos claros, porque le decían portugués.

Todas las generaciones de Dmytrejchuk tienen sus propias historias, anécdotas familiares. Quizás el relato más adecuado al siglo XXI es el de otro Igor Dmytrejchuk. Pero éste vive en Ucrania, específicamente en Kiev.

Un día, Ana recibió un mensaje privado en su perfil de la red social Facebook.

—Mira, yo creo que tú y yo somos familia —rezaba la primera frase del correo que Igor le envió a Ana.

—Yo le di los nombres de mis abuelos, y él me mandó una foto que decía: “en esta casa vivió tu papá” —explica Ana, quien asegura que al principio existía cierta incredulidad de su parte, pero luego las coincidencias le demostraron que efectivamente se trataba de un sobrino nieto de Nicolás.

Ariamna está sentada en el sofá de la sala. Ella es la hija mayor de Igor Ricardo. Tiene diecisiete años, y conoce perfectamente el sabor del *borsch* ⁵³, de los *varenikes* y de la *kutia*. Ariamna Dmytrejchuk, bisnieta de Nicolás, vive todos los 6 de enero la experiencia de realizar todas aquellas tradiciones que sus antepasados mantuvieron de generación en generación.

Ella es venezolana, nació en la tierra de Bolívar, pero sabe que su apellido es exclusivo de su familia en este país. Sabe que su abuelo nació en un angustiante clima de posguerra, que sus bisabuelos sufrieron los horrores en la Europa de mediados del siglo XX, y que sus ancestros nacieron en otro país, en otro continente. Sabe que “*ya ne znayu*” significa “yo no sé”, y que “*ya ne rozumiyu*” quiere decir “yo no entiendo”. Y lo sabe porque sus tíos abuelos, sus abuelos, tías y primos se encargaron de no dejar que con Nicolás y Paulina muriera un legado de tradiciones.

Cuatro generaciones de Dmytrejchuk han pisado suelo venezolano. Todas siguen construyendo en esa tierra bases sólidas para que las costumbres ucranianas sigan presentes en el país que les abrió las puertas a tantos inmigrantes hace más de sesenta años.

No muy lejos de los Dmytrejchuk —justamente la casa contigua— se encuentra una ucraniana quien, aunque no considera interesante su vida, tiene tantas anécdotas y relatos de inmigración que es casi imposible recopilarlos. Nina Prokofiew es un libro abierto, dispuesto no solo a ser leído sino reproducido.

⁵³ Conocida también como “sopa roja”, es una sopa de remolachas, típica en la gastronomía ucraniana.

Esta mujer de pelo blanco y ojos azules lleva consigo una rica historia de vida basada en éxodos, guerra y persecuciones y que merece ser contada.

*Nada hay más terrible que un poder ilimitado
en manos de un ser limitado*

Vasyl Symonenko
(1935-1963)

Nina Prokofiew

“Caracas, una eterna primavera”

Existen muchas personas que tienen historias que merecen ser contadas. Muchas de ellas nunca tomaron conciencia de que sus experiencias podrían quedar plasmadas en las páginas de un libro o en los párrafos de un reportaje. Nina Prokofiew es una de ellas.

—Ven, quiero que primero entres al taller de mi esposo —dice Nina mientras conduce a su invitada a un pequeño apartamento tipo estudio, oculto entre las ramas que se escapan del jardín de la casa.

Nina es la viuda de Mirón Dmytrejchuk, un fotógrafo ucraniano que dedicó cincuenta años de su vida a una pasión: retratar Venezuela. Y bajo la premisa de aquel refrán popular que reza “detrás de un gran hombre siempre hay una gran mujer”, Nina sirvió de bastón para que su esposo se apoyara en ella y lograra vivir haciendo lo que amaba.

A pesar de que la historia de Mirón es atractiva y llena de matices, la vida de Nina es toda una novela, llena de amor, sufrimiento, huida y momentos inolvidables. Y es que por las venas de esta mujer de 72 años corre la sangre ucraniana, y con ella todos aquellos recuerdos de momentos históricos que marcaron a la humanidad.

Nina comienza a buscar algo desesperadamente en las gavetas de un escritorio ubicado dentro del taller. Revisa papeles, documentos; pero no encuentra lo que busca: el currículum de su marido. Entretanto, encuentra unas de las fotos tomadas por Mirón, y se las muestra a su invitada.



Foto de Nina en su cumpleaños número 72

Pero, y de forma sorpresiva, comienza una conversación cuyo tema principal no son las fotografías, sino su vida, mucho antes de conocer al hombre que sería su esposo. Nina comienza a recordar su niñez, su infancia. Esta mujer abre una enorme caja de Pandora, que quizás ella misma más adelante no sepa cómo cerrar. Nina lleva sobre sus hombros y en su memoria los horrores de la Segunda Guerra Mundial, la persecución a los judíos. Fue protagonista de un éxodo.

* * *

Járkov, Ucrania. 20 de agosto de 1938. Tan solo un año antes de que la Segunda Guerra Mundial se diera por iniciada. Toda Europa estaba dominada por un ambiente de conflicto. Pero en ese mismo ambiente, bajo una inminente sensación de que pronto explotarían las tensiones, una pareja se llenaba de alegría al ver nacer a su primera y única hija.

Víctor Prokofiew y Eugenia Schneidmüler. Un ucraniano de Járkov, y una muchacha rusa del Cáucaso, específicamente de la ciudad de Pjatigorsk, localizada a 840 kilómetros de la capital del país, Moscú. Ellos se convirtieron en padres gracias al nacimiento de su pequeña, Nina. La historia comenzó en el Cáucaso cuando Víctor, un ingeniero cuyo trabajo lo hacía recorrer una gran cantidad de lugares, conoció a Eugenia Schneidmüler, una joven supervisora de la conocida fábrica de agua mineral del Cáucaso, *Narzán* —Нарзан, en ruso—.

Desde ese instante, nunca más se separaron. Se mudaron juntos a Járkov, lugar que eligieron para formar su hogar. Así nace Nina, consentida al ser hija única y orgullosa de ser descendiente de personalidades reconocidas.

—Yo soy Prokofiew, como el compositor y pianista Sergéi Prokofiew—explica Nina, entrecerrando sus ojos y levantando las cejas, haciendo alarde de la relevancia de su apellido—. Él era primo segundo de mi papá.

Pero no solo el ser Prokofiew hace que su pecho se infle. Nina asegura que, por parte de su madre, desciende la mismísima realeza rusa del siglo XXVIII.

—Mi abuela era descendiente de alemanes— dice Nina, refiriéndose a otro personaje trascendente de sus antepasados—, de colonias alemanas grandísimas, de Catalina la Grande —o Catalina II—.

En aquella familia rusa descendiente de alemanes, Víctor fue el primer ucraniano en ingresar. De hecho, el primer no-alemán en casarse con una Schneidmüller.

Sin embargo, y a pesar de provenir de célebres personalidades, la vida de la recién formada familia Prokofiew sufrió un cambio inesperado. El 1 de septiembre de 1939, un año después del nacimiento de Nina, tropas alemanas invadieron Polonia, comenzando así la Segunda Guerra Mundial.

La situación de guerra no era desconocida ni para la familia de Víctor Prokofiew ni para la de su esposa. El padre de Eugenia y sus dos hermanos varones murieron en el campo de batalla luchando en la Primera Guerra Mundial, y tanto ella como Víctor, sufrieron en carne propia lo que fue la primera hambruna en Ucrania, alrededor de 1920.

Comienza la Segunda Guerra Mundial y ya en Ucrania se perciben sus efectos. Sin embargo, no es sino hasta 1941 cuando las tropas alemanas llegan a Ucrania, específicamente a Járkov. Así, Víctor es llamado por la fuerza militar ucraniana para combatir contra los alemanes, dejando en casa a su hija, su esposa, y a la familia de ésta —su madre, Willhelmine, una tía, Paulina, y una prima, Ana, junto con su esposo Wassil—.

Pero el destino de los Prokofiew dio un cambio totalmente inesperado. Un día de 1941, los padres de Nina tomaron una dura decisión: abandonar Ucrania, a cualquier lugar, pues la meta era escapar de las bombas, los ataques. Así, la madre de Nina, junto con su Willhelmine, Paulina, Ana y Wassil, sin pensarlo demasiado salieron de Járkov, huyendo de los horrores y las miserias que instaló aquella batalla en Ucrania. El destino, Polonia.

—Salimos en un camión, era un camión de alemanes, porque mi abuela era alemana —recuerda Nina, quien a pesar de contar con tan solo tres años, y aunque para muchos resulte casi imposible, recuerda perfectamente y con detalles muchas de las experiencias vividas en ese viaje.

Aquel camión alemán los condujo hasta Varsovia, Polonia. Inicialmente, llegaron a un refugio donde se encontraban otros ucranianos. Víctor no estaba presente, pues tuvieron que salir de Járkov sin él, o perderían la oportunidad de escapar. Fue poco el tiempo que estuvieron allí, y mucho menos estando sin Víctor.

El señor Prokofiew, al encontrarse sin su familia, tomó la determinación de encomendarse a Dios sobre los rieles de la estación de trenes cercana a Járkov. Su decisión no fue quitarse la vida, sino seguir la ruta de los rieles.

—Mi papá era muy creyente, así que le pidió a Dios, se quitó el uniforme y comenzó a caminar. Caminó, caminó, caminó, hasta que llegó a Varsovia —cuenta Nina aquella historia ubicada en el fino borde que divide la realidad del deseo de creer.

Así, y aunque parezca extraído de una película de ficción, Víctor llegó a Varsovia. Su primera acción fue tratar de ubicar a su familia, preguntándole a algún oficial alemán o a cualquier otra persona dónde se encontraban los refugiados.

—A mi papá alguien le dijo que ahí había un lugar lleno de ucranianos. Llegó, y ahí estábamos nosotros —cuenta Nina, con un brillo en sus ojos que se torna repetitivo cada vez que alguna historia le causa una increíble emoción—. Cuando llegó, aquella alegría fue de *marca mayor*.

Luego de aquel reencuentro, lograron que el gobierno alemán les asignara un departamento que, según Nina, probablemente era de algún judío asesinado. En aquel lugar vivió con su Víctor, Eugenia, Willhelmine y Paulina. A su tía junto con su esposo— en realidad, prima de su madre pero tía de corazón—, le asignaron otro apartamento.

En aquella edificación polaca, viviría lo que ahora describe como una de las experiencias más “dantescas” de su vida, pues más allá de los crueles escenarios que muestra cualquier guerra, presenció una de las matanzas de seres humanos más grande de la historia: el Holocausto. Siendo apenas una niña, fue testigo de la caza a judíos más cruel y sistemática de la que dicho pueblo haya sido víctima.

El gobierno nazi, liderado por Adolfo Hitler, se encargó de elaborar y poner en marcha un plan de persecución y posterior exterminio de judíos, considerados por el régimen como una raza inferior a la *aria*⁵⁴, por lo que debía desaparecer.

—Recuerdo mucho cómo sacaban a los judíos de su casa, de sus apartamentos —relata Nina, al tiempo en que su rostro es invadido por gestos que denotan temor, horror, y rechazo a aquellas escenas que se reproducen en su memoria—. Los alemanes, la SS⁵⁵, los sacaban de noche y los llevaban por la calle, las calles desiertas; entonces los sacaba: ancianos, niños, embarazadas, todo, todo lo que venga.

⁵⁴ Para los Hitler y todos los nazis, era una raza pura, biológica y genéticamente superior a las demás.

⁵⁵ Siglas de la “Schutz staffel”, que en alemán significa “Equipo de protección”, y fue el cuerpo oficial de seguridad del régimen nazi.

La vida de Nina comenzaba así, marcada por las imágenes —y los sonidos— de personas huyendo, corriendo desesperadamente, gritando, tratando de escapar del implacable manto de sangre que el régimen nazi había tendido sobre los judíos y otros pueblos⁵⁶.

—Me quedó grabado ese zumbido de llanto, rezos, cantos, todo mezclado. Cuando los llevaban para fusilarlos, todo eso quedaba en el aire, y aquel silencio espantoso, en el que no se oía una mosca, pero quedaba eso: llanto impregnado en rezos; llanto de niños, de ancianos, de todo; cantos. Eso sí queda grabado —comenta Nina con voz triste y angustiada, dejando en evidencia que aquel recuerdo auditivo sigue perturbándola como si fuera un día, y no más de sesenta años, el que separara el presente de aquel instante que ella desearía borrar de su mente.

En aquel departamento en Varsovia, Nina y su familia permanecieron tratando de esconder a la única niña que viajaba con ellos. No la dejaban salir del lugar, no permitía que viera lo que ocurría afuera. A Nina, solo unas paredes la separaban de ser testigo de una enorme masacre. Pero si las paredes eran la venda de sus ojos ante la realidad, su sangre alemana fue el escudo que la protegió de ser víctima de los nazis.

Los alemanes, al ver los documentos de la abuela materna de Nina, los cuales la identificaban como alemana aria, tuvieron cierto tipo de consideraciones con esta pequeña familia ucraniana. No demasiadas, pero sí las necesarias como

⁵⁶ No solo los judíos fueron víctimas de los nazis, también los gitanos, ancianos mayores de 65 años, discapacitados mentales e incluso alemanes que estuvieran en contra del régimen.

para que los Prokofiew- Schneidmüller no engrosaran la lista de víctimas de la Segunda Guerra Mundial y del régimen nazi.

—Nos hicieron daño por un lado —cuenta Nina, refiriéndose en primer lugar a las secuelas psicológicas y emocionales que dejaron en ella las acciones de los alemanes contra el pueblo judío—, pero por hablar alemán y por tener muchos apellidos alemanes no nos hicieron daño por otro lado; los soldados nos ayudaban.

Tenían un lugar para vivir, pero no el sustento diario. Por ello, Víctor tomó la determinación de buscar algún trabajo y oficio que le permitiera mantener a su familia.

—Mi papá y mi tío consiguieron unos uniformes militares, y trabajaban de noche —cuenta Nina, sin explicar qué hacían.

Ahora sí. Tenían cómo y dónde vivir, aunque Nina y su familia no permanecerían durante mucho tiempo en aquel departamento polaco. Víctor y Wassil salían a trabajar por las noches, dejando solas a Nina, a Eugenia y a Willhelmine. Y una de aquellas noches, sucedió uno de los hechos más aterradores que flotan entre el mar de recuerdos que Nina conserva en su memoria.

—El cuarto de mi abuela, que estaba contiguo al mío, tenía una puerta al sótano donde se guardaba papa, carbón, alimentos, todas esas cosas, porque no había nevera. Mi abuela a veces sentía como el ruido de papas, que alguien agarraba las papas, el carbón o las cosas y pensaba: “bueno, serán las ratas o qué sé yo”. Pero una noche, mi abuela ha pegado un grito tan espantoso, pero tan espantoso, y hasta ahí llegamos —dice Nina, guardando para el final el por qué

del grito de su abuela y el fin de su estadía en aquel lugar—. Ella decía, cuando nos fuimos, que un tipo barbudo, negro, negro de sucio, pelos largos oscuros, la estaba ahorcando con una cobija. Hasta ese momento nos quedamos ahí. Luego nos fuimos donde mi tía que estaba en otro apartamento, y bueno, ahí nos íbamos a quedar así durmiéramos en el suelo, donde sea, pero para allá no regresábamos más.

Nunca supieron quién era aquel hombre y tampoco tuvieron intención de averiguarlo, pero ese episodio ocasionó que aquel grupo de ucranianos huyera de ese lugar.

Tal y como Nina lo explica, huyeron de allí y se refugiaron en el apartamento de Ana. Para esta niña de solo tres años de edad, cualquier horror, cualquier realidad, podía solucionarse con una almohada.

—Yo me acuerdo que me quedaba en mi cuarto, en mi cama, me tapaba la cabeza con una almohada y listo, no pasaba nada.

No obstante, hubo cosas que Nina no pudo ocultar con una almohada. Ella conoció, desde adentro, una cámara de gas. Pero su historia, a diferencia de la que puede contar cualquier judío, no está relacionada directamente con asesinatos masivos.

—Mira, nosotros ahí estábamos todos como hacinados, y era muy fácil contagiarnos los piojos y esas cosas. Entonces los alemanes agarraban y nos desnudaban a todas las mujeres, y nos metían a esas cámaras de gas. Pero todo era para echarnos un fumigador y matarnos los piojos y otras cosas que tuviéramos. Luego fue que nos enteramos de que también así mataron judíos.

Luego de algún tiempo en Varsovia, se mudaron a otro estado polaco, el cual Nina desconoce, pues no pasaron demasiado tiempo allí. La estadía de Nina y su familia en Polonia se resume en gritos, muertes y guerra, repartidos en cuatro largos años en los que la familia Prokofiew se mantuvo en dicho territorio europeo, hasta que un nuevo acontecimiento los obligara a cambiar sus vidas.

* * *

No había culminado la guerra, pero las tropas del ejército soviético se acercaban a Polonia en 1944. Nina tenía ya seis años de edad y, por consiguiente, una mayor capacidad de percibir lo que ocurría a su alrededor. Pero no solo físicos eran los cambios en Nina.

Su vida dio nuevamente un giro rotundo cuando, frente a una Polonia devastada por la persecución de los judíos y la guerra que aún no llegaba a su fin, la familia Prokofiew- Schneidmüller se ve obligada a salir de aquel país. No solo por el deseo y la necesidad de encontrar mejores condiciones de vida, sino además porque los alemanes buscaron la forma de enviar a sus refugiados a sitios seguros. O al menos este fue el caso de Nina y su familia.

Así comienza una nueva travesía en la historia de esta pequeña ucraniana.

—Salimos de ese estado de Polonia hacia Austria, y los alemanes se encargaron de organizarnos —explica— porque eso sí tenían los alemanes, eran muy organizados. Entonces yo recuerdo que nos fuimos otra vez en un camión. Mi abuela, como hablaba alemán, les dijo unas cosas en alemán y un soldado le

dijo: “súbanse a ese camión que está ahí”, y nos subimos. Todo era para traspasar el río.

El río Óder, uno de los principales de Polonia, servía para separar una parte de aquel país donde todavía se encontraban las tropas alemanas, de aquella donde ya el ejército soviético había llegado.

—Nos dijeron: “ustedes tienen que salir rápido porque los comunistas llegan hasta aquí, por eso tienen que pasar el río”.

De su experiencia sobre aquel camión, la pequeña ucraniana recuerda dos acontecimientos: un dulce banquete y la pérdida de una amiga muy querida: su muñeca *halla*⁵⁷.

—En el otro lado nos bajaron —Nina inicia su narración anecdótica, agudizando su voz y logrando simular casi perfectamente a una pequeña de seis años— entonces estaba un superior, un militar, y le dice a mi mamá: “y, ¿esta niña?”, “es mi hija”, dice mi mamá. Levantó la lona y estábamos sentados sobre puro chocolate, chocolate así redondo en cajitas, viajamos sobre los chocolates, entonces agarró y me dio un chocolate a mí —entre risas escandalosas, Nina recuerda cómo viajó sentada en una montaña de chocolates, pero su mirada comienza a entristecerse, el relato continúa y, por su cabeza ligeramente inclinada, no será nada alegre—. Pero ahí me “escachaparon” mi única muñeca *halla*... ¡me le escachaparon la cabeza! , porque era de plástico. Bueno eso fue una lloradera horrible, pero finalmente nos pusieron del otro lado.

⁵⁷ Puesto que Nina no recordaba el nombre exacto de la muñeca, le atribuyó esa pronunciación.

La historia de un éxodo, vista desde la inocencia y la ternura de una niña. Los chocolates y su muñeca, eso era lo que importaba. Años más tarde, toma conciencia de que lograr cruzar el río fue el hecho de verdadera trascendencia.

Estando del otro lado del río, Víctor, Eugenia, Nina, Willhelmine, Paulina, Ana y Wassill, se dirigen hacia República Checa, última escala antes de llegar al destino final: Austria. Ya en territorio checo, Nina fue testigo de dos acontecimientos en uno: el desprecio de muchos hacia los refugiados de guerra, y lo que podría considerarse como justicia divina.

—En República Checa, recuerdo yo que una señora oriunda de allá se nos acercó y le dijo a mi tía: “Uy, ese *gepäck*⁵⁸, ese bagaje fastidioso”, y mi tía le contestó: “señora, no diga eso muy duro porque usted no sabe si mañana va a estar en las condiciones de nosotros”. Y dicho y hecho, luego tuvo que huir como nosotros.

. Así que en República Checa tomaron el tren que los conduciría a Austria. Pero en una Europa donde el escenario bélico no estaba desmontado todavía, el viaje en tren no fue precisamente un paseo.

—Cuando íbamos en el tren, vimos como una bomba cayó enfrente de nosotros, en el vagón de adelante —inicia lo que promete ser un relato cargado de tragedia—. Entonces había una malla que separaba los vagones, y ahí quedaron colgadas las extremidades, los miembros de las personas que estaban ahí y a quienes les cayó la bomba. Era dantesco.

Luego de aquel escenario deprimente y poco esperanzador, los Prokofiew-Schneidmüller llegaron a Salzburgo, de donde partirían en tren directo a la ciudad

⁵⁸ Significa “bagaje” en alemán.

de Montsee, con el dato poco casual de que Austria permanecía invadida por los alemanes, así que fueron ellos quienes se encargaron de todo el traslado de Nina y su familia. Sin embargo, hubo inconvenientes antes de comenzar el viaje. El equipaje de la familia viajaría en un tren, que salió primero, y Nina y sus familiares en otro.

Pero un bombardeo detuvo los planes. El tren donde iba el equipaje fue atacado y los Prokofiew- Schneidmüller se vieron obligados a huir hacia un refugio.

—En Austria había una cosa muy buena: que tienen los refugios dentro de los Alpes, en las montañas. Y allá adentro hay primeros auxilios, agua, cubitos *knorr, maggi*. Eso era calentar la nieve y echarle el cubito adentro, porque esos cubitos eran de aquel entonces, estaban hechos para los soldados, no para ellos —corrige— pero sí era con lo que se alimentaban. La famosa sopa *knorr* en polvo, de arveja. ¡Ésa me quedó metida en la nariz!

Al salir del refugio, conducidos por los alemanes, fueron trasladados finalmente hasta Montsee —ciudad de Austria localizada a 230 kilómetros de Viena—, pero solo con la ropa que vestían en aquel momento, pues aparentemente su equipaje se había perdido tras aquel bombardeo.

—Cuando salimos del refugio, resulta que no sabíamos ni donde estábamos —continúa— porque era puro edificio por la mitad, humo, incendios, polvo, y esas cosas. Entones, ¿qué hacíamos? Los alemanes nos organizaron y nos llevaron a un colegio, una escuela, o lo que sea que estaba disponible. Al mes, nuestro equipaje llegó intacto.

La historia de Nina, además de ser el relato de un éxodo contado desde uno de sus protagonistas, es un cuento lleno de hechos inexplicables, casi fantasiosos, cargados de elementos poco congruentes y en los cuales Nina deposita toda su fe y su creencia en Dios y en el poder de sus obras.

Finalmente, Nina y su familia fueron conducidos a Mondsee, una pintoresca y conocida ciudad de Austria, donde viviría lo que ella recuerda como varios de los mejores años de su vida.

—Llegamos a Mondsee, y eso era hermosísimo. Estaba el Lago de la Luna, y se llama así porque de noche el reflejo de la luna se ve hermosísimo, es precioso.



Nina a los nueve años en Mondsee, Austria.

Nina estaba encantada con el lugar donde ella y su familia se instalarían. Pero toda esta travesía no ocurrió en poco tiempo. Un año pasó desde que los

Prokofiew salieron de Alemania rumbo a Austria. Muchas cosas cambiaron no solo para esta familia sino también en el resto del mundo. La Segunda Guerra Mundial había terminado.

—Me acuerdo que estábamos en un colegio, todavía no teníamos casa, cuando llegaron los aliados —a pesar de tener tan solo siete años, veía cómo a su alrededor las cosas comenzaban a ser diferentes—. Todo el mundo salió a recibir a los Aliados, mujeres, ancianos, niños, todo el mundo, eso era una emoción increíble y todos decían: “¡gracias a Dios que terminó la guerra!”.

Nina recuerda las condiciones no muy confortables en las que tuvieron que permanecer durante un tiempo. Cargar baldes de agua hasta detrás de la chimenea del colegio para bañarse, era la rutina diaria de Nina. Y es lógico, pues en toda Europa se podían ver y percibir las carencias que había originado la guerra.

Además, la llegada de los aliados, representados principalmente por oficiales estadounidenses, ocasionó que mucha gente desbordara su desesperación y cometiera los actos más impulsivos e irracionales.

—Cerca de donde estábamos había muchos castillos, en ellos había arsenales. Cuando terminó la guerra y llegaron los Aliados, la gente se metió ahí y comenzó a sacar armas, alimentos, y se comían esa sopa de arvejas en polvo, cruda, y se iban muriendo en la calle. Los tuvieron que sacar a tiros para que ellos mismos dejaran de matarse.

Pero, en conclusión, el ambiente era de felicidad. La gente agradecía la culminación de aquella batalla y se sentía segura tras la llegada de los aliados. Para Nina, los americanos —como ella misma los llama— trajeron a Austria mucho más que paz y alegría.

—Estuvimos siempre en el refugio y ahí a mi papá hasta le dieron trabajo. Mi papá, como ingeniero, diseñaba los tigres, el logo de los Aliados, para colocarlos en los camiones. Él nos traía comida de la cocina de los americanos. Esa comida era riquísima: las panquecas doraditas con mantequilla, el chocolate, todo riquísimo.

Aunque no salga de la propia boca de Nina, los aliados fueron sus héroes. Así ella misma lo demuestra, asegurando que desde aquel instante y durante su estadía en Mondsee, vivió momentos hermosos y felices de su infancia.

* * *

Mondsee. Ciudad austríaca engalanada por un imponente y hermoso lago, por su arquitectura y sus bellos paisajes. “Un cuento de hadas”, como la describe Nina. Y es que para esta ucraniana, Mondsee fue justamente el escenario donde su historia de horror y guerra se transformó en lindas praderas, campos verdes, flores, frutos y una familia feliz y unida.

—Eso es hermosísimo, hay una laguna, todo alrededor son rosas, enredaderas de rosas, y las villas arriba, y los barquitos. También un ferry, que trasladaba a la gente al otro lado de la laguna. El día que ellos celebran —26 de octubre, Día Nacional de Austria—, el día de ellos, adornaban todos los árboles, y de noche, cuando la luna iluminaba, aquello era... hermosísimo. Uno caminaba hacia el lago en un boulevard sembrado de acacias, ¡eso era un aroma!— así recuerda Nina los mejores momentos que vivió en aquella pintoresca ciudad,

describiendo esos instantes con la misma voz y sentimiento de quien anhela volver.

Mientras su papá trabajaba para los americanos, y Eugenia, Willhelmine, Paulina, Ana y Wassill permanecían en casa realizando algunos trabajos circunstanciales, Nina asistía a un colegio alemán. En Austria, el idioma oficial es el alemán, así que Nina, conociéndolo perfectamente, no tuvo problemas para adaptarse a su nuevo ambiente académico. Allí estudió toda la primaria, descubriendo que tenía capacidades de llegar incluso a la universidad.

—En Austria la primaria es así: si ven que eres capaz de estudiar en la universidad, vas a una escuela secundaria que te prepare para eso. Si no, vas a otra secundaria donde tienes algún tipo de estudios medios, técnicos, para que sepas un oficio. Yo iba a ir a la que te preparaba para la universidad, así que ¡tan bruta no era! —Nina ríe a carcajadas, pues entre el orgullo que siente al hablar de sus capacidades, recuerda que perdió aquel documento que certificaba sus estudios, y lo encontró hace poco tiempo.

Pero no solo asistió al colegio, Nina también fue enviada por sus padres a campamentos estadounidenses y canadienses.

—Eran muy buenos campamentos, no como los ingleses, esos sí eran fuertes. Los ingleses eran sanguinarios; por cualquier cosita te mandaban de regreso a casa, y en el camino te fusilaban, porque muchos se quedaban dormidos en el tren y llegaban hasta el lado de los comunistas, y ahí te mataban.

Austria estaba partida a la mitad.

—Eso era lo malo de Austria, que había una parte libre y otra era comunista. Quien viajaba en tren y pasaba a donde los comunistas, porque eso no

era Berlín donde había un muro, no. Si se pasaba, sabíamos que no iba a regresar —cuenta esta ucraniana, quien no olvida que a pesar del fin de la guerra, aún prevalecían muchas situaciones que continuaban representando serias amenazas para la población.

Pero Nina, con tan solo siete años y con esa inocencia de niña, veía la grandeza de las pequeñas cosas. Gracias a su padre, aprendió a conocer decenas de clases de hongos, a pescar con la mano y a subir montañas, explorando, tratando de conseguir cosas sorprendentes.

—Mi papá me enseñó a recolectar hongos —entusiasmada al recordar aquellas épocas que vivió junto a su padre en Austria—, había unos que salían en la corteza de los árboles caídos. Otros, estaban debajo del musgo, y encontrabas al padre, un hongo grandísimo, y luego otros más pequeños, que eran como cien, en orden de tamaño. Los grandes los agarrábamos, y los pequeños los dejábamos para conservar la naturaleza. Luego se los llevábamos a mi mamá, y ella los preparaba guisados, con tomatito, cebollita. Era un banquete.

Pero no solo de hongos se alimentaban los Prokofiew, sino también de peces, pescados por Nina y Víctor.

—¿Sabes? Mi papá también me mostró como pescar truchas con la mano. Primero, metes despacito la mano y la mueves lento, como si fuese un pez —explica Nina con gestos, bajando el tono de su voz simulando la quietud que debe simularse en esa actividad—. Entonces de un solo golpe lo agarras por acá —señalando imaginariamente las branquias del animal— y lo sacas de una vez.

A pesar de las experiencias de Nina durante sus primeros años de vida, el balance no resulta tan negativo. Ella recuerda con cariño aquellos días en Mondsee, pues fueron los más tranquilos y alegres luego de la guerra.

Sin embargo, no permanecería allí para siempre.

* * *

En 1948, Ana y Wassil fueron los primeros de la familia en salir de Austria. Nina no recuerda claramente el recorrido, pero sabe que el destino fue América, específicamente Venezuela. Los tíos de Nina fueron los primeros de la familia en pisar suelo caribeño.

No obstante, Víctor, Eugenia, Nina y Willhelmine permanecieron en Austria, realizando las actividades cotidianas, llevando una vida normal.

Pero tres años más tarde, en 1951, las cosas volverían a cambiar para esta familia. Víctor había conseguido un cargo importante en la fábrica de carros Ford, ubicada en Illinois, Estados Unidos. El contrato incluía una vivienda amueblada, un muy buen pago y los documentos necesarios para ingresar a Norteamérica.

Ante tan importante y oportuna oferta, Víctor Prokofiew accedió sin titubeos. Todo estaba listo para salir, cuando ocurrió algo totalmente inesperado.

—Mi papá tenía trabajo, teníamos todo, pero a mi abuela le encontraron los papeles de aria pura, en Berlín —lamenta Nina, descubriendo ante su invitada y su familia que por sus venas corre la sangre de raza aria—. Los papeles de mi mamá se habían quemado, pero tuvieron que encontrar los de mi abuela.

Si bien los americanos no consideraron esto como un inconveniente para que Víctor trabajara en Illinois, Willhelmine debía quedarse en Austria por seis meses hasta que su familia, desde Estados Unidos, le enviara los documentos necesarios para poder formalizar su ingreso al país.

—Pero mi abuela no se iba a quedar sola, además comenzó a enfermarse y no la podíamos dejar así.

Así, los planes de Víctor se vinieron abajo y el futuro de él y su familia era incierto. Al mismo tiempo, la tía de Nina, estando ya en Venezuela, les enviaba correspondencia tratando de convencerlos de que eligieran al país caribeño como su destino.

Y así fue.

—Mi papá estaba indeciso, nos decía que nos fuéramos a Chile, pero bueno, al final dijo: “bueno, será, vámonos para Venezuela”.

* * *

El año, 1951. El mes, Nina no lo recuerda con exactitud. Lo que sí recuerda es que desde Mondsee los llevaron a Salzburgo, con la finalidad de formalizar sus documentos y enlistarlos como inmigrantes con destino a Venezuela.

Una vez registrados, los condujeron hacia Génova. Ese sería el último viaje en tren en toda esta bitácora iniciada hace diez años en Járkov. Pero antes, el ferrocarril se detuvo en Venecia, lugar del cual Nina guarda hermosos recuerdos.

—Venecia es hermosa, lindísima. Además, la ruta para llegar allí era por los Alpes, así que el paisaje era hermosísimo —comenta Nina, quien ya tenía doce años de edad y una gran capacidad de fijarse en los pequeños detalles.

En Venecia solo se detuvieron a conocer. De allí, continuaron hasta su destino final, Génova.

—Génova también es hermoso. Callecitas angostitas, y allí todo el mundo tiene una costumbre: los que bajan van por la derecha, y los que suben a la izquierda. Porque allí llueve mucho, entonces la gente al ir con paraguas tuvo que organizarse así para no tropezarse.

De Génova mantiene recuerdos gastronómicos, pues la comida italiana entró a su vida durante su estadía en Génova y posteriormente en el barco.

—En Génova y en Venecia comíamos pasta, mucha pasta. Yo creo que nunca comí tanta pasta en mi vida. Después de eso, pasé meses sin volver a comer pasta —bromea, mientras van llegando rápidamente a su cabeza más y más historias—. Yo recuerdo que comíamos pasta acompañada con *chianti*⁵⁹.

Luego de una semana en Génova, comenzó el viaje hacia América. Nina y su familia embarcaron en el *Urania II*, un barco carguero transformado y capacitado para transportar pasajeros. Aquella navegación, reseñada en la prensa venezolana como uno de los barcos donde viajaron siete polizones canarios, fue el encargado de trasladar a Nina, a sus padres, a su abuela y a su tía abuela hacia tierras caribeñas.

⁵⁹ Famosa bebida italiana, actualmente conocida como vino, pero hace algunas décadas era una especie de gaseosa sin alcohol.



Foto del Urania II. 1951.

Partieron de Génova, en octubre de 1951, en un viaje que estuvo lleno de incidencias. Primero, el Urania II se vio inmerso en una tormenta en la región de Azores. Luego, el asesinato de Carlos Delgado Chalbaud retrasó el desembarque.

—Mira, resulta que nosotros teníamos que pasar por Azores, una zona que para octubre era muy tormentosa. Ahí recuerdo que todos nos amarramos a las camas, porque no era como ahora esos barcos modernos, uno se tenía que amarrar, y por la ventana yo veía las olas que eran más grandes que el Ávila —analogía propia de una mujer cuyo subconsciente es tan venezolano como su corazón—. Entonces se echaron a perder unos motores y el barco se quedó navegando así.

Durante la tormenta, las personas mareadas y con náuseas fueron el escenario que invadió aquella embarcación. Pero Nina escapó de aquel desagradable momento.

—Un muchachito ahí en el barco me dio un potecito con *piccole*⁶⁰, y me dijo que me lo comiera porque era bueno para evitar los vómitos, de verdad me

⁶⁰ Conjunto de embutidos italianos, muy comunes en esa región europea.

ayudó mucho— dice la mujer, recordando cierta incomodidad aquellos días de malestares en el barco.

Y es que no fueron dos, tres o cuatro días. Veintidós días pasaron Nina y su familia en aquella embarcación, cruzando el océano hasta llegar al Caribe. Allí, el asesinato de Delgado Chalbaud complicaría las cosas.

—Cuando íbamos llegando a Venezuela, pasamos por Trinidad. Ahí nos dijeron que no podíamos desembarcar en La Guaira porque habían matado a Chalbaud —cuenta Nina con rabia y desesperación, pues pisar tierra firme era el mayor deseo de todos los viajeros del Urania II. Al día siguiente, llegó la orden de que podíamos entrar a Venezuela, y así llegamos.

* * *

El viaje de Trinidad a Venezuela fue rápido gracias a la corta distancia entre ambas regiones. Y entonces, el gran momento llegó. Nina y su familia pudieron pisar suelo venezolano veintidós días después de haber salido de Génova, y luego de diez años de incertidumbre provocados por la Segunda Guerra Mundial, e incluso la posguerra.

Desembarcaron en el puerto de la Guaira que, según Nina, era una “cosita pequeña” de madera. Allí, un autobús los estaba esperando para trasladarlos al centro de recepción de inmigrantes El Trompillo.

—Cuando llegamos era de día, pero no podíamos ni caminar, porque teníamos que pasar por esa pasarela para bajar del barco. Todo el mundo se bailaba de un lado a otro porque veintidós días en barco y en esas posiciones,

imagínate —cuenta Nina entre risas, pues luego de situaciones tan dramáticas como presenciar asesinatos y ser protagonistas de un conflicto bélico, el malestar causado por el vaivén del barco era un asunto de poca importancia—. Ahí nos metieron en unos autobusitos del año “pun”, que apenas tenían ventanitas, y no nos dejaron en Caracas, sino que nos llevaron al Trompillo, a esas barracas.

En El Trompillo, Nina y su familia vivieron de una forma poco convencional el impacto que puede generar el choque entre dos culturas.

—Cuando llegamos para allá, estábamos con una familia alemana, un matrimonio, y al alemán le encantaban las excursiones. Un día, el alemán llegó a donde estábamos y nos dijo: “no me lo van a creer, pero aquí las naranjas son verdes y así de grandes —simula Nina con sus manos una esfera, de aproximadamente veinte centímetros—, los bananos, son verdes y grandotes”. Yo, como era más curiosa que el “carrizo”, me fui un día con él a ver eso, ¡y era verdad!

La impresión de aquellos extranjeros al ver una naranja gigante —en realidad, vieron un aguacate— y bananos verdes y gigantes —plátanos—, hizo que, en un principio, sintieran miedo por la enorme diferencia entre las cosas a las que estaban acostumbrados y las que encontraron en tierras venezolanas. Aquel miedo fue creciendo como consecuencia de lo que ahora Nina relata como anécdotas e historias.

—Un día, en una de esas excursiones, vimos a un militar de la Guardia Nacional agarrando a una iguana. ¡Ese animal era gigante!, no como las lagartijitas que uno veía allá —en Europa—, sino una bicha enorme, porque aquí todo era grande. Y de repente, agarró un machete, le abrió el estómago y le sacó

los huevos. Luego la cosió con un pabito, y la soltaron. Todos nos quedamos impresionados, y al siguiente día dijimos: “¡aquí nadie va a comer huevos, no vamos a comer huevos de lagarto!

“Aquí todo era grande”, dice Nina. Para ella y el grupo de inmigrantes que la acompañaron, el proceso inmigratorio estuvo cargado de estas historias que, aunque produzcan risas, para ellos representaron un enorme cambio en su día a día, en sus hábitos, en sus costumbres y, en muchos casos, en su forma de percibir el mundo.

Entre estos episodios y el día a día, Nina y su familia solo estuvieron un par de semanas en El Trompillo. De allí, los condujeron a Valencia, donde les tramitaron sus documentos de identidad y, finalmente, desde esa región, los trasladaron a Caracas, donde Ana y Wassil de Nina los esperaban.

En Caracas, pararon primero en Sarría, otro centro de recepción de inmigrantes. En aquel lugar, se reencontraron con el Ana y Wassil, quienes los llevaron a la casa quinta que habían alquilado cerca del Panteón Nacional, justo en frente de donde actualmente se encuentra la Torre Capriles.

Los tíos de Nina vivían allí con dos familias rusas, unos ucranianos, y un joven ruso. La casa era muy grande, y así entre todos podían pagar los gastos. Los padres de Nina al llegar a Caracas e instalarse, inmediatamente buscaron trabajo. Eugenia fue la primera en conseguirlo, como costurera en una fábrica de corbatas, propiedad de un cosaco ruso.

Tiempo después, Víctor fue contratado por un ingeniero polaco para realizar los planos y las maquetas de algunas obras que hoy en día se mantienen en pie.

—Mi papá fue uno de los ingenieros que hicieron los planos y cálculos del hospital El Algodonal —explica Nina, orgullosa de la labor de su padre—. Hicieron también los planos de la Avenida Fuerzas Armadas, de una de las plazas Venezuela, y de la Urbanización Miranda.

Al caer Pérez Jiménez, las cosas se comenzaron a complicar para Víctor, pues el trabajo escaseaba. Pero precisamente por esta razón, fue contratado por la empresa de salchichas Oscar Mayer, con la finalidad de que diseñara congeladores para preservar la carne que llegaba importada del extranjero. En aquella compañía pasó sus últimos años de vida, pues incluso sus ochenta años fueron celebrados en la empresa que le brindó la posibilidad de un trabajo estable.

Entretanto, Nina asistía a un colegio donde recibió su educación secundaria. Sus padres la inscribieron en el Colegio Santa Teresita, ubicado cerca de la Avenida Panteón.

—Ahí fue horrible —relata Nina—, porque yo les tenía terror a las monjas y me vinieron a meter en un colegio de monjas. Es que en Varsovia las monjas andaban como en esa serie “la novicia voladora”, o algo así, con aquellas capas negras. Un día íbamos caminando por Varsovia y vimos unas monjas, y yo me asusté, comencé a gritar y agarré a mi mamá y a mi abuela de la mano. Cuando me meten en este colegio aquí yo dije: “no, yo aquí no me quedo, a ver si tienen un sótano o algo”.

Pudo más su temor por las religiosas, así que Nina no volvió más a esa institución, pero más adelante logró concluir sus estudios para trabajar como secretaria. Luego de eso, su vida cambiaría nuevamente.

* * *

Mientras Víctor realizaba planos y ofrecía sus conocimientos de ingeniería, Nina conocía a un muchacho ucraniano que vivía en Los Frailes.



Retrato de Nina. Ella no recuerda la fecha en la que fue tomada la fotografía

—Resulta que había una muchacha oriental que vivía al frente de nosotros y era novia de un polaco que vivía en Altavista —cuenta Nina la historia de cómo conoció a quien años más tarde se convertiría en su esposo—. Un día ella me dijo: “mira, te voy a presentar a unos alemanes”, y yo le dije: “¡no, yo no quiero nada con alemanes!, yo estoy muy tranquila con mis amigos ucranianos y rusos”. Pero ella insistió, y así conocí a Mirón.

Mirón Dmytrejchuk es el nombre de aquel muchacho que robó el corazón de Nina, a fuerza de perseverancia y grandes dotes de conquistador.

Así, en 1959 Mirón Dmytrejchuk y Nina Prokofiew se casaron, e iniciaron una relación que solo la muerte separaría años más tarde. Desde ese instante, Nina comenzó a experimentar lo que significa ser la mujer de un fotógrafo.

—Mirón era el fotógrafo de Pérez Jiménez —explica orgullosa de la labor de su esposo—, trabajaba para el ministerio de turismo y tenía credencial para asistir a los actos públicos y privados. Pero no era tan lindo como parece, era muy duro. Yo tenía que aguantar que se fuera de viaje, que estuviera en lugares peligrosos. Desde que estuve con él, jamás volví a sacar fotos.



Boda de Nina y Mirón.

Nina, a pesar de estar increíblemente orgullosa de la labor de su esposo, reconoce que la profesión que él eligió implica muchos sacrificios, sobre todo cuando la familia comienza a crecer.

Al unirse en matrimonio, la pareja alquiló un apartamento en la Avenida Andrés Bello, justo al frente de donde años atrás se habían mudado los padres de Nina. Luego, se mudaron a un pent-house, cerca del primer departamento. En

aquellos lugares solo vivieron nueve años, pues el fuerte terremoto que sacudió Caracas en 1967 los hizo buscar otra vivienda.

—Nosotros estábamos en el pent-house cuando el terremoto —relata Nina sobre su experiencia en aquella tragedia que cubrió de tristeza a la capital venezolana—. Gracias a Dios al edificio no le pasó nada porque el arquitecto que lo construyó era muy bueno y el edificio era súper resistente, pero como el susto fue horrible decidimos mudarnos a un lugar, tú sabes, más plano, más “tierra firme”.

Aquel desastre natural los motivó a tomar la decisión de buscar una casa, y no un apartamento como estaban acostumbrados. Así, los Prokofiew se mudaron a una modesta vivienda en Los Teques, específicamente en el sector Los Lagos, un poco más arriba de una de las estaciones del tren del Encanto. Ubicado en una montaña, de donde se logra ver el Pico Naiguatá, del cerro El Ávila.

— ¿A qué altura estamos, Víctor? —le pregunta Nina a su hijo.

—A la misma altura de la Plaza Bolívar de Mérida —le contesta—, más o menos a 2.100 metros.

—No puede ser —replica la mujer— aunque quizás sí, en línea recta. Bueno, el asunto es que aquí el aire es otro, el clima es divino y, como toda mi vida, sigo viendo El Ávila. Porque ¿sabes?, cuando viví en la Avenida Panteón, en la Andrés Bello, siempre vi El Ávila, es una de las cosas que más me gusta de Caracas.

En aquella nueva casa, Mirón construyó sus talleres, uno de carpintería y otro de fotografía. Nina siempre actuó como la esposa que apoya incondicionalmente a su marido.

—Yo me acuerdo que a las tres de la mañana bajaba —al taller— a llevarle consomé, jugos, y se los dejaba en el escritorio porque él estaba en el cuarto de revelado. Fueron momentos duros, pero yo siempre lo apoyé.

Lo que vendría sería el crecimiento de la familia. El 1 de julio de 1961 nace Víctor Dmytrejchuk Prokofiew, el primer hijo de esta pareja de inmigrantes. Años más tarde, el 14 de febrero de 1964 nace su segunda y última hija, Catherina Dmytrejchuk Prokofiew. La familia estaba completa. Los niños asistieron a colegios católicos, a pesar de la religión ortodoxa de su madre y grecocatólica de su padre.

—Mis hijos hicieron la primaria en el Colegio María Auxiliadora, en Altamira, y la secundaria en el Gran Liceo San José, aquí en los Teques.

Sus hijos estudiaron en instituciones católicas, y eso para ella no representó ningún inconveniente. Cree en Dios, pero no es fanática ni seguidora de ninguna religión.

—Creo en Dios, en los ángeles, en los santos, no todos porque son demasiados. Recuerdo que cuando me casé en la iglesia greco-católica —Nina se desvía del tema, pues los recuerdos van llegando poco a poco a su cabeza, y cuando llegan deben salir de inmediato antes de que vuelvan a la nada—. No me querían casar sino en la puerta de la iglesia, y yo les dije: “no, yo no soy ningún perro, o me casan adentro o me voy a mi iglesia ortodoxa, ahí sí me van a casar con todas las pompas”. Bueno, al final me casaron ahí.

Este caso no fue un asunto particular. Los católicos ortodoxos y los greco-católicos siempre se mantuvieron separados, oficiando las misas en iglesias distintas, aunque las tradiciones son prácticamente las mismas. En Venezuela,

específicamente en Altavista, existía tanto la iglesia ortodoxa como la greco-católica. La primera fue fundada por rusos, y la segunda por ucranianos.

A pesar de esto, existen tanto ucranianos ortodoxos como rusos greco-católicos. Nina, al practicar la religión ortodoxa, durante su adolescencia se mantuvo siempre alrededor de la Juventud Rusa Cristiana, como ellos mismos se hacían llamar. Esta agrupación estaba integrada por jóvenes mayoritariamente rusos, pues no había ningún tipo de exclusión si algún muchacho de otra nacionalidad manifestaba el deseo de ingresar.

—Nosotros no tenemos esas *tirrias* que tienen los viejos —aclarar, pues si algo quedó en la memoria de su generación fue la constante pelea entre ucranianos y rusos.

Nina simplemente cree en El Padre, el creador de todo. Dios, Mahoma, Jehová. “Como sea que se llame”, dice.

* * *

Nina continúa revisando el escritorio de su esposo. No encuentra lo que quiere, así que decide mostrarle a su invitada el cuarto de revelado. Todo está intacto, tal y como si su dueño hubiese estado allí el día anterior. Y es que detrás de aquellas ampliadoras y cámaras fotográficas, hay una historia familiar.

Nina intenta hablar solo de su esposo, explicar su obra, su maravillosa habilidad para la fotografía. Pero es imposible, su vida, su historia, salen siempre a flote. Mirón se encargó de fotografiar cada rincón de Venezuela. Nina se

encargó de disfrutar Caracas a plenitud. Mirón se maravillaba con los paisajes venezolanos. Nina estaba extasiada entre tantas fiestas y celebraciones.

Pero esto fue antes de conocer a Mirón, y recuerda con nostalgia lo que fue su juventud, en Venezuela.

—¿Que si disfruté Caracas? Disfruté de todo. El picoteo, como se decía antes, La Billos Caracas Boys, las fiestas en el Club Catalán, por ahí cerca de la Iglesia de la Chiquinquirá —cuenta Nina, hablando de una Caracas que sus descendientes quizás no podrán ver.

Otra Caracas, dice Nina. Ella está segura de que eran otros tiempos, otros momentos. Afirma que vivió la mejor época de Caracas, los mejores años de la ciudad capitalina. Sus ojos brillan cuando habla de aquellas épocas en las que podía darse el gusto de salir a determinadas horas y lugares, a los que hoy ni siquiera de día se podrían visitar.

—Recuerdo las fiestas de carnavales, las patinatas en diciembre por la Cota 905, y la gente de por ahí que nos ofrecía arepitas dulces, de todo. Las fiestas en el Hotel Waldorf, por ahí en San Bernardino, a donde íbamos todas emperifolladas, con aquellos vestidos de tul, aquellos armadores, aquellas joyas. De ahí nos íbamos a San Agustín del Sur, a comer parrillitas en la madrugada, ¿sabes? De esas de platito. Bueno, y con todas esas joyas, no nos pasaba nada.

Una ucraniana, recién llegada a América disfrutó los años dorados de Caracas como una ciudadana más. Habla de aquellas celebraciones como si hubiese nacido con esa típica costumbre venezolana de festejarlo todo.

Pero no todo eran fiestas, también había viajes y momentos familiares. ¿Cómo viajaban los Prokofiew? En tren. ¿Cuál tren? El Tren del Encanto. Nina y

su familia tuvieron la oportunidad de transportarse en aquel famoso ferrocarril pues, como todo europeo, estaban acostumbrados a viajar de esa forma.

—Mi abuela no podía viajar en carro ni nada porque se mareaba, entonces íbamos en tren. Nos subíamos en la estación de Caño Amarillo, y de ahí hasta Valencia. Así como lo escuchas, hasta Valencia. Ahí teníamos unos amigos, que eran del Cáucaso, y siempre íbamos a visitarlos. Nos recibían allá, como en cualquier estación de trenes de Europa —dice mientras ríe pues sabe que pocas personas de las generaciones siguientes a la suya pudieron disfrutar de la posibilidad de hacer aquel recorrido.

Si hasta aquel entonces había vivido como una típica venezolana, años más tarde sería su esposo quien la introdujera aún más en la nacionalidad que había adquirido al llegar al país tropical.

Mirón viajó por toda Venezuela, a veces solo y a veces con su esposa. La hizo conocer lugares hermosos, paradisíacos, pero también la condujo a vivir experiencias extremas.

—Una vez con Mirón fuimos a la Cueva Alfredo Jahn. Eso fue diez años después de que la inauguraran, y yo era la segunda mujer en entrar ahí. Es vez me asusté demasiado, porque para entrar teníamos que pasar por un barro movedizo, y teníamos que pasar rápido o nos hundíamos. Cuando llegamos al otro lado de la cueva, todos enlodados, le pedí al Padre que de regreso me ayudara a no tener que pasar por ahí. Y así fue, porque cuando regresamos, no tuvimos que pasar por el barro ese, no estaba. Igual cuando salimos fue otro susto, porque el agua toda fría, y nosotros sin los equipos necesarios, hizo que se nos coagulara la sangre debajo de las uñas de los pies y teníamos todos los dedos morados. Fue horrible.

Una ucraniana fue la segunda mujer en entrar a aquel monumento natural. Quizás por azar, quizás como muestra de que Venezuela fue cubierta por aquel manto de inmigrantes que quedaron esparcidos por diversas áreas y cumpliendo infinidad de funciones.

Aquella vida de viajes y fotografías terminó en 1997, cuando los ojos de Mirón vieron el mundo por última vez. Aunque ésta no fue la primera pérdida de Nina. Primero fue Paulina, su tía abuela, aunque Nina no recuerda la fecha de su muerte. Luego su abuela, diez años más tarde y con 95 años de edad. A los meses su tía, pronto después su tío, a causa de un infarto, y luego su madre, por un infarto también.

La muerte de su padre conserva una historia.

—Mi mamá murió, no recuerdo el año, pero cuando se cumplían dos años de su muerte, días antes, fui a visitar a mi papá y me dijo: “Nina, que no se te olvide venir para ir juntos a visitar a tu mamá al cementerio”, y yo: “sí, papá”, y pasó días diciéndome lo mismo. Nosotros teníamos la costumbre de llamarnos todos los días a las ocho de la noche. Un día no me llamó. Al día siguiente, la vecina llamó a los bomberos porque no escuchaba nada en la casa de mi papá, ellos se metieron en el balcón y lo encontraron muerto en el baño. Le había dado un infarto.

Nina quedó sola. Las personas que la vieron crecer, que le dieron de comer mientras había hambre, que la protegieron de la guerra, ya no estaban con ella. Recuerda aquella época como la más dura de su vida, pues tuvo que afrontar todas esas pérdidas con poco tiempo de diferencia. Una tras otra. Solo quedaron con ella su esposo y sus hijos.

* * *

Nina no se apega a nada. Ella se considera “de la nueva era”. Su filosofía de vida habla también de que si algo llegó a tu vida y te fue arrebatado arbitrariamente, lo tendrás de nuevo. Nina no quiere regresar a Ucrania.

—Si salimos de allá como salimos, ¿por qué regresar?. Llegamos aquí sin nada, y ahora tenemos casa, tenemos lo necesario. Yo no quiero saber nada de Ucrania, nada. Ni que me ofrezcan el paraíso voy para allá. Tengo un primo allá, Víctor se llama, que me invita siempre, pero yo le digo que no.

Nina se siente venezolana. Más que ucraniana, que alemana, que rusa. Ella es venezolana y no lo pone en discusión.

—Claro, yo soy venezolana. Luego de sesenta años aquí, ¿no lo voy a ser?.

Es venezolana no solo porque su documento de identidad lo dice, sino porque lleva el gentilicio en el corazón y en el alma. El gancho que la dejó atrapada en este país fue su clima, el clima tropical.

—Caracas es una eterna primavera, es hermoso el clima. Por ejemplo, en Austria llueve cuarenta días seguidos, es horrible. Aquí siempre hay sol, bueno, así era cuando yo llegué. Pero sí, el clima de acá es lo más hermoso que hay, lo que más me gustó de Venezuela.

* * *

Nina tiene una nieta de dieciséis años, Paola, que quiere ser veterinaria. Recoge animalitos, los hospeda en la casa de su abuela, donde vive con su madre, y tiene otros tantos en su habitación. Paola no habla ucraniano, ni alemán, pero lleva el apellido Prokofiew en el nombre y la sangre ucraniana en las venas.



Nina y su nieta, Paola

Como su abuela no quiere saber nada de Ucrania, poco conoce del lugar, pero sabe que su familia tiene una particular historia que contar. Una historia que quizás no se haya interesado en escuchar con detalles, pero que al menos conoce. La historia de una familia mitad ucraniana y mitad rusa, que salió de Járkov hace setenta años y se instaló desde hace seis décadas en Venezuela.

Conclusiones

Integración, pasión, esperanza y amor. Cuatro palabras que reúnen y definen las cuatro historias presentadas. Porque inmigrar va más allá de moverse de un lugar a otro, implica emociones, sentimientos, elementos imperceptibles e imposibles de medir, pero susceptibles a una pluma y un papel que sirva para plasmar las vivencias, anécdotas y experiencias de los extranjeros que llegaron a Venezuela desde Europa a mediados del siglo XX y que realizaron valiosos aportes en diversos sectores del país.

No se puede describir ni presentar, como si de una ciencia exacta se tratara, las causas, consecuencias y factores involucrados en procesos inmigratorios. Por ello, esta semblanza muestra cuatro matices, cuatro ventanas diferentes que permiten observar más de cerca aquella época en la que Venezuela abrió sus puertas a los extranjeros y ellos, cargando con historias de guerra y tragedias, supieron aprovechar la oportunidad que se les ofrecía.

Venezuela está repleta de inmigrantes, y ellos a su vez están llenos de historias, relatos, vivencias que definen una parte de la identidad del venezolano, ésa que tiende la mano cuando otro necesita ayuda, o que se adapta sin inconvenientes a nuevos elementos culturales.

Ucrania y la nación caribeña quedaron unidas por un lazo indestructible. Ambas naciones están conectadas por aquellos personajes que huyeron del horror que traía consigo la guerra. Un pedacito de Ucrania siempre permanecerá en Venezuela, haciéndose notar en cosas como la calle Ucrania de Altavista, las casitas con idéntica arquitectura en Santa Rosa, los apellidos extraños en los

registros de colegios y universidades. Los musiús llegaron para quedarse y, aunque el tiempo juegue en contra y físicamente ya no estén, dejaron marcada su huella en el país, huella a veces imperceptible pero presente.

Una Miss Venezuela con ascendencia ucraniana⁶¹; médicos, ingenieros, arquitectos, docentes, pintores, fotógrafos. Estos personajes lograron adaptarse al país que los recibió, y éste también se adaptó a sus costumbres. Venezolanos que comen vareneikes, kutia, eso es integración.

La pasión y la esperanza fueron siempre unidas, pues la fuerza que movió a estos inmigrantes los hizo encontrar la luz, aquella esperanza perdida entre la guerra.

El amor. Amor por la familia, por sí mismos, por la patria. El amor por sus hijos y el amor propio fue el mejor trampolín para que muchos de estos extranjeros dieran un salto que cruzaría el océano y los conduciría a tierras venezolanas. Pero el amor a la patria dejó en sus corazones la nostalgia, sentimiento que canalizaron a través de dejar en Venezuela pequeños detalles que dejen en claro que los ucranianos vivieron allí.

⁶¹ Miss Venezuela 2008 y Miss Universo 2009, Stefanía Fernández

Referencias

Список літератури

- Albite, P. et al. (2005). *La condición del inmigrante: exploraciones e investigaciones desde la región de Murcia*. Murcia: Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones.
- Aly, G. (2008). *La utopía nazi: cómo Hitler compró a los alemanes*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Álvarez, R. (2006). Evolución histórica de las migraciones en Venezuela. Breve recuento. *Revista sobre fronteras e integración*. 11, 89- 93.
- Arango, J. (2004). Inmigración, cambio demográfico y cambio social. *Revista de Economía*. 815, 31- 44.
- Beevoy, A. (2006). *Un escritor en guerra*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Beller, S. (2009). *Historia de Austria*. Madrid: Ediciones Akal.
- Bethel, L. (2000). *Historia de América Latina: Economía y sociedad desde 1930*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Benavides, J.L. y Quintero, C. (1997) *Escribir en prensa*. México: Alambra Mexicana Ediciones.
- Bourrillon, A. y Graterol, J. (2008). *José Ignacio Cabrujas: Entre las tablas y el papel*. Trabajo de grado para optar al título de Licenciado en Comunicación Social Mención Periodismo. Universidad Católica Andrés Bello, Caracas, Venezuela.

- Breindembach, H. (2006). *El proceso de configuración sociocultural como proyecto y como realidad. Caso: Colonia Tovar*. Memoria de grado presentada para optar al título de Licenciado en Historia. Universidad de Los Andes. Mérida, Venezuela.
- Cantavella, J. (1996). *Manual de la entrevista periodística*. Barcelona: Ariel comunicaciones.
- Carroll, J. (2007). *La casa de guerra: el pentágono es quien manda*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Centro de Investigación y Documentación Educativa. *La noticia y el reportaje*. España: Publicaciones Mediascopio.
- Colección Archivo del diario El Nacional. *Eleazar López Contretas*. Recuperado el 21 de octubre de 2010 desde <http://www.fundacionempresaspolarg.org/nosotros/educacional/instituc/lopcongob.html>.
- Cook, T. y Reichardt, Ch. (2005). *Métodos cualitativos y cuantitativos en investigación evaluativa*. Madrid: Ediciones Morata.
- Cuerpo de Leyes de Venezuela*. (1851). Caracas: Imprenta de Valentín Espinal.
- Del Río, B. (2004). *20.000 días en la U.R.S.S*. Madrid: Entrelíneas Editores.
- Department of Economic and Social Affairs Population Division. (2006). *"Trends in Total Migrant Stock: The 2005 Revision"*. Nueva York: Naciones Unidas.
- Díaz, E. (1990). *Miraflores fuera de juego*. Caracas: Alfadil Ediciones.

- Dragnic, O. (1993). *La entrevista de personalidad*. Caracas: Fondo Editorial de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela.
- El Nacional. (2005). *1806- 2002 Grandes hechos históricos de Venezuela*. Caracas: C.A. Editora El Nacional.
- Fernández, J. (2004). *Periodismo especializado*. Barcelona: Editorial Ariel.
- Forni, F.; Mallimaci, F. y Cárdenas, L. (2008). *Guía de la diversidad religiosa de Buenos Aires*. Tomo 2. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Grijelmo, A. (1997). *El estilo del periodista*. España: Taurus.
- Guiraldos, J. (2006). *Manual para los seminarios de investigación en psicología: profundización conceptual y textual*. Bogotá: Universidad Cooperativa de Colombia.
- Hernández, J. (2006). *Breve historia de la Segunda Guerra Mundial*. Madrid: Ediciones Nowtilus.
- Holzer, J. (2000). *El comunismo en Europa. Movimiento político y sistema de poder*. Madrid: Siglo XXI de España Editores.
- Ilovaca, D. (2008). *Cinco mujeres, cinco retratos de pobreza en la Gran Caracas*. Trabajo de grado para optar al título de Licenciado en Comunicación Social Mención Periodismo. Universidad Católica Andrés Bello, Caracas, Venezuela.
- Koralsky, V. (2005). *El sobreviviente de la Alemania en llamas y el terror soviético*. Buenos Aires: Editorial Dunker

Malhotra, N. (1997). *Investigación de mercados un enfoque práctico*. México: Prentice Hall.

Malhotra, N. (2004). *Investigación de mercados un enfoque aplicado*. México: Pearson Educación.

Marín, C. (2005). *Manual del periodismo*. México: Editorial Grijalbo.

Marqués, S. y Martín J. (2002). *La labor educativa de los exiliados españoles en Venezuela*. Fondo Editorial de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela.

Martínez, U. (1997). La inmigración, algunos elementos para su análisis. *Revista de Relaciones Laborales*. 10, 17-47.

Mazower, M. (2008). *El Imperio de Hitler*. Barcelona: Editorial Crítica.

Michell, H. (1990). *La segunda guerra mundial. Tomo I: los éxitos del Eje*. Madrid: Ediciones Akal.

Mille, N. (1965). *20 años de "Musius"*. Aspectos sociológicos y jurídicos de la inmigración en Venezuela. Venezuela: Editorial Sucre.

Morales, E. y Navarro, S. (2008) *Venezuela: de receptor de inmigrantes a emisor de emigrantes*. Trabajo de grado para optar al título de Licenciado en Comunicación Social Mención Artes Audiovisuales. Universidad Católica Andrés Bello, Caracas, Venezuela.

Padrón, J. (2004). *Los géneros literarios y periodísticos*. Universidad Autónoma de Nayarit.

Parratt, S. (2003). *Introducción al reportaje: antecedentes, actualidad y perspectivas*. Universidad de Santiago de Compostela.

- Rivas, R. (1995). *Venezuela, petróleo y la Segunda Guerra Mundial (1939-1945): un ejemplo histórico para las nuevas generaciones*. *Revista Economía*. 10, 205- 224.
- Rodríguez, A. (1991). *La revolución rusa y el desarrollo de la URSS*. Madrid: Ediciones Akal.
- Rodríguez, E. (2005). *Metodología de la investigación: la creatividad, el rigor del estudio y la integridad son factores que transforman al estudiante en un profesionalista de éxito*. México: Universidad Juárez Autónoma de Tabasco.
- Sabino, C. (1992). *El proceso de la investigación*. Caracas: Editorial Panapo.
- Salkind, N. (1999). *Métodos de investigación*. México: Prentice Hall.
- Santamarín, R. (2003). *Observar, escuchar, comparar, escribir*. Barcelona: Editorial Ariel.
- Schaffer, R. (2000). *Desarrollo Social*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- Sebag, S. (2004). *La corte del zar rojo*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Service, R. (2006). *Stalin: una biografía*. Madrid: Siglo XXI de España Editores.
- Taylor, S. y Bogdan, R. (1996). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. España: Paidós Ibérica.
- Tolstoi, L. (1979). *Los cosacos*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.
- Trotsky, L. (2009). *Terrorismo y comunismo*. Madrid: Ediciones Akal.

Velásquez, C. (2005). *Manual de géneros periodísticos*. Bogotá: Ecoe Ediciones, Universidad de la Sabana.

Wasserstein, B. (2010). *Barbarie y civilización*. Barcelona: Editorial Ariel.